R.C. SPROUL

CÓMO ESTUDIAR E INTERPRETAR LA BIBLIA

UN TEXTO EFICAZ PARA PONER EN PRÁCTICA EL MANDATO DE JESUCRISTO: «ESCUDRIÑAD LAS ESCRITURAS...»

CONTIENE UN ESTUDIO PROGRAMADO POR LA FACULTAD LATINOAMERICANA DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS

FLET UNIVERSIDAD

EDITORIAL UNILIT

Revisión 2004

Segunda Edición
Revisada y aumentada
Copyright 1996 por LOGOI, Inc.

Primera Edición
Copyright 1981 por LOGOI, Inc.,
Miami, Florida, EE. UU.

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción, total o parcial,
de esta obra, por cualquier medio, visual o auditivo,
sin autorización escrita de los editores.

Título del original en inglés: *Knowing Scripture*.
Copyright 1977 por Inter-Varsity Christian Fellowship
of United States of America,
PO Box 1400, Downers Grove, IL 60515, EE. UU.

Impreso en Colombia

Contenido

Prefacio 7

1 / ¿Por qué estudiar la Biblia? *9*

Dos mitos 9
La claridad de la Escritura 11
El problema de la motivación 14
Los fundamentos bíblicos para el estudio de la Biblia 16
La Biblia como revelación 20
Teoría y práctica 22
El cristiano sensual 24
Una cuestión de deber 29

2 / Estudio personal de la Biblia e interpretación privada *31*

Martín Lutero y la interpretación privada 31
Objetividad y subjetividad 35
El papel del maestro 39

3 / Hermenéutica: La ciencia de la interpretación *43*

La analogía de la fe 44
Interpretando la Biblia literalmente 46
La interpretación literal y el análisis literario 47
El problema de la metáfora 52
La cuadriga medieval 53
El método gramático-histórico 55
Crítica del origen 57
Paternidad literaria y fechado 58
Errores gramaticales 60

4 / Reglas prácticas para la interpretación de la Biblia *63*

Regla 1. Como cualquier libro 63
Regla 2. Leer la Biblia existencialmente 65
Regla 3. Lo histórico y lo didáctico 69
Regla 4. Lo implícito y lo explícito 76
Regla 5. El significado de las palabras 81
Regla 6. El paralelismo 88
Regla 7. El proverbio y la ley 92
Regla 8. El espíritu y la letra 94
Regla 9. Las parábolas 98
Regla 10. Profecía vatídica 101

5 / La cultura y la Biblia *105*

El condicionamiento cultural y la Biblia 105
El condicionamiento cultural y el lector 108
El principio y la costumbre 110
Guías prácticas 112

6 / Pasos a seguir en el estudio bíblico *119*

La importancia de leer un libro completo 120
La ayuda que prestan las preguntas 122
Las preguntas interpretativas 125
Recursos adicionales 126
Conclusión 131

Prefacio

Estos últimos veinte años han visto reverdecer el interés en las Escrituras. Desde que la teología neoortodoxa llamó a la iglesia a volver a un estudio serio del contenido de la Biblia, se ha despertado más interés en su vida por entender y aplicar su mensaje a nuestra generación. Sin embargo, junto con este nuevo interés llegó también confusión: ha habido muy poco acuerdo entre eruditos cristianos en cuanto a los principios rudimentarios de la interpretación de la Biblia Esta confusión en el mundo docto ha tenido un impacto en la vida de toda la iglesia. Nuestros días parecen ser la era de la "renovación del laico". Gran parte de esta renovación está asociada con estudios bíblicos en hogares y pequeños grupos de hermanos. Muchas personas hoy en día se reúnen para discutir, debatir, y comentar las Escrituras. Con frecuencia caen en diferencias acerca de lo que la Biblia quiere decir o cómo debe aplicarse. Esto ha tenido consecuencias desafortunadas.

Para muchos la Biblia sigue siendo un enigma susceptible de muy diferentes interpretaciones. Algunos incluso se han entregado a la desesperación respecto a su propia habilidad para encontrarle sentido. Para otros la Biblia tiene una faz de cera capaz de amoldarse a los intereses particulares del lector. Con demasiada frecuencia la conclusión parece ser que "se puede citar a la Biblia para probar lo que sea".

¿Existe alguna salida a esta confusión? ¿Pueden los lectores serios encontrar algunos principios que los orienten a través de los puntos de vista conflictivos que escuchan de todas partes?

Estas son algunas de las preguntas que este libro se propone contestar.

Aunque muchos de los problemas tienen una dimensión docta, no he sido llevado por el deseo de involucrarme en el debate académico en lo referente a la ciencia de la hermenéutica. Mi motivación principal es más bien la de ofrecer una orientación básica con "sentido común" capaz de ayudar a los lectores sinceros a estudiar las Sagradas Escrituras de una manera provechosa. De acuerdo con el punto de vista de la Biblia acerca de sí misma, este libro trata de enfatizar el origen y la autoridad divina de la Escritura. Por ello he intentado proporcionar reglas de interpretación que sirvan de contra peso a nuestra acostumbrada tendencia a interpretar la Biblia según nuestros propios prejuicios. El libro concluye con un examen de varios medios disponibles para ayudar a los estudiantes de la Biblia, ya sean principiantes o avanzados.

Ante todo, me gustaría que este fuese un libro práctico para uso de los laicos. En verdad, me anima la esperanza de que los cristianos continúen su estudio de la Escritura y sigan contribuyendo a la iglesia. Que este libro les sea un estímulo a perseverar con gozo y a la vez con conocimiento.

Debo gratitud a un número de personas que me ayudaron en este proyecto. Mi agradecimiento especial a Mary Semach por mecanografiar el manuscrito. Y también deseo mencionar la ayuda de Stuart Boehmig, quien ayudó en las revisiones necesarias, y al Prof. David Wells, cuyos consejos fueron muy útiles en la corrección del manuscrito.

R.C. Sproul

1

¿Por qué estudiar la Biblia?

Puede parecer raro y absurdo formular esta pregunta, ya que probablemente no estaría usted leyendo este libro a no ser que ya estuviera convencido de que el estudio de la Biblia es necesario. Sin embargo, nuestras mejores intenciones con frecuencia se debilitan por estados de ánimo y caprichos. El estudio de la Biblia muchas veces queda a un lado. Por tanto, antes de examinar las guías prácticas para el mismo, revisemos algunas de las más sólidas razones para estudiar la Biblia.

Dos mitos

Primero veremos algunas de las razones que da la gente para no estudiar la Biblia. Estas "razones" con frecuencia contienen mitos que llegan a convertirse en aforismos a fuerza de mucha repetición. El mito que ocupa el primer lugar en nuestra galería de excusas es la idea de que la Biblia es demasiado difícil de entender para una persona normal.

Mito l: La Biblia es tan difícil de entender que sólo los teólogos con muchos conocimientos y preparación técnica pueden manejar las Escrituras.

Este mito es repetido a menudo por personas sinceras.

La gente dice: "Sé que no puedo estudiar la Biblia, porque cada vez que trato de leerla no la entiendo". Cuando alguien dice eso, quizás espera escuchar: "Está bien, te entiendo. Realmente es un libro muy difícil, y, a menos que te hayas preparado en un seminario, quizás no deberías acercarte a él." O tal vez desea oír decir: "Lo sé, es muy sombrío, muy profundo. Te admiro por tus incansables esfuerzos, tu trabajo tenaz por tratar de resolver el enigma místico de la Palabra de Dios. Es triste que Dios haya escogido hablarnos en un lenguaje tan obscuro y esotérico que sólo los sabios lo pueden captar". Esto, temo, es lo que muchos desearíamos oír. Nos sentimos culpables y queremos acallar nuestras conciencias por descuidar nuestro deber como cristianos.

Cuando expresamos este mito, lo hacemos con una facilidad asombrosa. Este mito se repite tan frecuentemente que no esperamos que sea puesto en tela de juicio. Sin embargo, sabemos que como adultos maduros en la civilización occidental podemos entender el mensaje básico de la Biblia.

Si podemos leer el periódico, podemos leer la Biblia. De hecho, me atrevería a decir que hay palabras y conceptos más difíciles que se expresan en la primera plana de un periódico que en la mayoría de las páginas de la Biblia

Mito 2: La Biblia es aburrida.

Si presionamos a las personas a que nos expliquen lo que quieren decir cuando expresan el primer mito, por lo general responden: "Bueno, supongo que puedo entenderlo, pero francamente ese libro me mata de aburrimiento". Esta declaración refleja, no tanto una falta de habilidad para entender lo que se lee sino un gusto y preferencia por lo que se considera interesante y emocionante.

La preponderancia del aburrimiento que la gente experimenta con la Biblia la advertí hace varios años al ser contratado para enseñar las Escrituras en una universidad cristiana. El presidente de la institución me llamó por teléfono y dijo: "Necesitamos alguien joven y estimulante, alguien con un método dinámico que pueda `darle vida a la

Biblia'". Tuve que forzarme a comerme mis palabras. Quería decir: "¿Usted quiere que le dé vida a la Biblia? No sabía que estuviera enferma. ¿Qué doctor la atendió antes de su fallecimiento?" No, no puedo darle vida a la Biblia para nadie. La Biblia está viva. A mí me hace cobrar vida.

Cuando las personas dicen que la Biblia es aburrida me hacen preguntarme por qué. Los personajes bíblicos están llenos de vida. Existe una pasión especial en cuanto a ellos. Sus vidas revelan drama, aflicción, lascivia, crimen, devoción, y todo aspecto concebible de la existencia humana. Hay reprimenda, remordimiento, contrición, consuelo, sabiduría práctica, reflexión, psicología, y, ante todo, verdad. Quizás el desinterés que algunos experimentan, se deba a lo anticuado del material que puede parecernos ajeno. ¿Cómo se relaciona la vida de Abraham -que vivió hace tanto tiempo y tan lejos- con nosotros? Aunque su ambiente fuese diferente al nuestro, sus luchas e intereses son muy semejantes.

La claridad de la Escritura

En el siglo XVI, los reformadores declararon su entera confianza en lo que denominaron la "perspicuidad" de la Escritura. A lo que se referían con ese término técnico era a la *claridad* de las Escrituras. Afirmaban que la Biblia era clara y lúcida. Es lo suficientemente sencilla para que cualquier persona letrada pueda entender su *mensaje básico*. Esto no significa que todas las partes de la Biblia sean igualmente claras o que no haya en ella pasajes o secciones difíciles. Los laicos sin preparación en cuanto a lenguas antiguas y los aspectos críticos de la exégesis pueden tener dificultad con algunas partes de la Escritura, pero el contenido esencial es lo suficientemente claro para ser entendido con facilidad. Lutero, por ejemplo, estaba convencido de que lo que era oscuro y difícil en una parte de la Escritura, se afirmaba con mayor claridad y sencillez en otras partes de la Escritura .

Algunas partes de la Biblia son tan claras y sencillas que resultan ofensivas a aquellos que sufren de arrogancia intelectual. Hace algunos años daba yo una conferencia en cuanto a cómo la muerte de Cristo en la cruz cumplía un motivo maligno del Antiguo Testamento. A mitad de mi conferencia un hombre de entre el público me interrumpió diciendo en alta voz: "Eso es primitivo y obsceno". Le pedí que repitiera su observación para que todos los presentes tuvieran la oportunidad de oír su queja. Cuando lo hubo repetido, le dije: "Tiene usted toda la razón. A mí en particular me gusta su selección de palabras, *primitivo y obsceno*".

La historia entera de la redención se comunica en términos primitivos desde el episodio del encuentro de Adán y Eva con la serpiente hasta la destrucción devastadora que Dios inflige a las carrozas de Egipto en el Éxodo y hasta el craso y brutal asesinato de Jesús de Nazaret. La Biblia revela a un Dios que oye los gemidos de toda su gente, desde el campesino hasta el filósofo, desde el lerdo al docto más refinado. Su mensaje es lo suficientemente sencillo como para que la más simple de sus criaturas caídas lo entienda. ¿Qué clase de Dios revelaría su amor y redención en términos tan técnicos y conceptos tan profundos que sólo la flor y nata de un grupo de eruditos profesionales pudiera entenderlos? Dios sí habla en términos primitivos porque se está dirigiendo a primitivos. Al mismo tiempo, hay bastante profundidad en la Escritura como para tener a los sabios más astutos y eruditos solícitamente ocupados en sus averiguaciones por el resto de sus vidas.

Si la palabra *primitivo* es la apropiada para describir el contenido de la Escritura, *obsceno* lo es aun más. Todas las obscenidades del pecado están registradas con lenguaje claro y directo en la Escritura. ¿Y qué hay más obsceno que la cruz? He aquí la obscenidad a escala cósmica. Sobre la cruz carga Cristo sobre sí los pecados más terribles de los hombres para poder redimir a esa humanidad inmerecedora.

Si usted ha sido uno de esos que se ha apegado a los mitos del aburrimiento o la dificultad, probablemente se deba a que usted le ha atribuido a la totalidad de la Escritura lo que ha encontrado en algunas de sus partes. Puede ser que algunos de los pasajes hayan sido particularmente difíciles y obscuros. Otros pasajes le podrán haber dejado con fundido y desconcertado. Tal vez esos debieran dejárseles a los eruditos para que los desenmarañen. Si usted encuentra difíciles y complicadas algunas porciones de la Escritura, ¿debe deducir que la totalidad de la Escritura es aburrida e insípida?

El cristianismo bíblico no es una religión esotérica. Su contenido no se oculta tras símbolos vagos que requieran de algún tipo de "ingenio" especial para captarse. No se requiere ninguna especial proeza intelectual ni algún don espiritual para entender el mensaje básico de la Escritura. En las religiones orientales, tal vez, el ingenio se limita a algún "gurú" remoto que habita en una choza en las alturas de las montañas. Puede ser que ese "guru" haya quedado pasmado por los dioses con algún misterio profundo del universo. Usted viaja para indagar y él le dice en un susurro leve que el significado de la vida es el "dar palmas con una sola mano". Eso es esotérico. Es tan esotérico que ni aun el "gurú" lo entiende. No lo puede entender porque es absurdo. Lo absurdo muchas veces suena profundo porque no somos capaces de entenderlo. Cuando oímos cosas que no entendemos, a veces pensamos que sencillamente son demasiado profundas para captarse cuando de hecho son meras afirmaciones ininteligibles como "dar palmas con una sola mano". La Biblia no habla así. La Biblia habla de Dios con patrones de lenguaje significativos. Algunos de esos patrones podrán ser más difíciles que otros, pero no llevan la intención de ser frases disparatadas que sólo un "gurú" pueda entender.

El problema de la motivación

Es importante observar que el tema de este libro no es cómo *leer* la Biblia sino cómo *estudiar* la Biblia. Hay mucha diferencia entre leer y estudiar. Leer es algo que puede hacerse pausadamente, estrictamente como pasatiempo, en una forma casual y desenvuelta. Pero el estudio sugiere labor, trabajo serio y diligente.

Por tanto, he aquí el verdadero problema de nuestra negligencia. Fallamos en nuestro deber de estudiar la Palabra de Dios, no tanto porque sea simple y aburrida sino porque es trabajo. Nuestro problema no es de falta de inteligencia o de pasión; nuestro problema es que somos perezosos.

Karl Barth, el famoso teólogo suizo, escribió en una ocasión que todo el pecado encuentra sus raíces en tres problemas humanos básicos. En su lista de pecados rudimentarios incluyó los pecados del orgullo *(hubris)*, la falta de honestidad, y la pereza. Ninguna de estas maldades básicas queda erradicada instantáneamente por medio de la regeneración espiritual. Como cristianos debemos luchar contra estos problemas por medio de un completo peregrinaje. Ninguno de nosotros es inmune. Si vamos a tratar con la disciplina del estudio de la Biblia, debemos reconocer desde el principio que vamos a necesitar de la gracia de Dios para perseverar.

El problema de la pereza ha estado con nosotros desde la maldición de la caída. Ahora nuestro trabajo está mezclado con sudor. Crecen con más facilidad las malas hierbas que el pasto. Es más fácil leer el periódico que estudiar la Biblia. La maldición del trabajo no desaparece mágicamente por el hecho de que nuestra tarea sea la de estudiar la Escritura.

Frecuentemente doy charlas a grupos sobre el tema del estudio de la Biblia. Suelo preguntar al grupo cuántos de ellos han sido cristianos por un año o más. Después les pregunto cuántos de ellos han leído la Biblia de cubierta a cubierta. En cada ocasión, la abrumadora mayoría contesta

negativamente. Me atrevería a decir que de aquellos que han sido cristianos por un año o más, cuando menos el ochenta por ciento nunca ha leído la Biblia entera. ¿Cómo es posible? Solamente una apelación a la caída radical de la raza humana podría empezar a contestar a esa pregunta.

Si usted ha leído toda la Biblia, usted forma parte de una minoría de cristianos. Si ha estudiado la Biblia, se encuentra usted en una minoría aún más reducida. ¿No es sorprendente que casi todas las personas estén listas para dar su opinión en cuanto a la Biblia, y sin embargo tan pocos la hayan estudiado? A veces parece que las únicas personas que dedican tiempo al estudio de la Biblia son aquellas con las hachas más afiladas para hacerla pedazos. Muchas personas la estudian con el fin de encontrar posibles escapatorias para poder esquivar el peso de su autoridad.

La ignorancia en cuanto a la Biblia de ninguna manera se limita a los laicos. Yo me he sentado en mesas de examen de algunas iglesias con la responsabilidad de preparar y examinar a seminaristas estudiando para su ministerio pastoral. El grado de ignorancia bíblica demostrado por muchos de estos estudiantes causa consternación. Los planes de estudio de los seminarios no han hecho gran cosa por aliviar el problema. Muchas iglesias ordenan hombres cada año que son virtualmente ignorantes acerca del contenido de la Escritura.

Quedé espantado cuando presenté un examen de conocimientos bíblicos para ser admitido al seminario teológico del cual me gradué. Cuando acabé el examen, me sentía avergonzado de entregar mi hoja. Había tomado varios cursos en la universidad que pensé me prepararían para este examen, pero a la hora de la verdad no estaba listo. Dejé pregunta tras pregunta en blanco y estaba seguro de que me habían suspendido. Cuando las calificaciones fueron anunciadas, descubrí que había obtenido una de las más altas puntuaciones en un grupo de setenta y cinco alumnos. Aun con las calificaciones en escala, había muchos alumnos que obtuvieron menos de diez puntos de

una calificación máxima de cien. Mi puntuación fue muy baja, pero aun así, era una de las mejores dentro de las malas. La ignorancia acerca de la Biblia entre laicos se ha generalizado tanto que con frecuencia encontramos a pastores molestos y enojados cuando sus feligreses les piden que les enseñen algo de la Biblia.

En muchos casos el pastor vive en un temor mortal de que su ignorancia se vea expuesta por el hecho de ser presionado hacia una situación en la que se espere de él que dé un estudio bíblico.

Los fundamentos bíblicos para el estudio de la Biblia

La Biblia misma tiene mucho que decir en cuanto a la importancia de estudiar la Biblia. Examinemos dos pasajes, uno de cada testamento, con el fin de avistar brevemente estos mandatos.

Antiguo Testamento. Sus palabras se usaban para convocar a la congregación a adorar. Leemos: "Oye, Israel: JEHOVÁ nuestro Dios, JEHOVÁ uno es. Y amarás a JEHOVÁ tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma y con todas tus fuerzas". (vv. 4-5) Casi todos nosotros conocemos estas palabras. Pero ¿qué viene inmediatamente después de ellas? Siga leyendo:

> *Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las exhibirás en los postes de tu casa y en tus puertas.* (vv. 6-9)

Aquí, Dios soberanamente ordena que su Palabra sea enseñada tan diligentemente que penetre al corazón. El contenido de esa Palabra no deberá ser mencionado en forma casual y ocasional. La orden del día, de cada día, es la exposición repetida. La orden de atarla a la mano, la frente, los postes y la puerta, deja claro que Dios está diciendo que

la labor debe llevarse a cabo por cualquier método que se requiera.

En el Nuevo Testamento, leemos acerca de la amonestación de Pablo a Timoteo:

> *Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.* (II Tm. 3 :14-17)

Esta exhortación es tan básica para que comprendamos la importancia del estudio bíblico que nos ordena un cuidadoso escudriñamiento.

Persiste en lo que has aprendido. Esta parte de la amonestación pone énfasis en la continuidad. Nuestro estudio de la Escritura no deberá ser asunto de una-vez-por-todas. No hay lugar para aquello de un recorrido general a la ligera. Es necesaria la perseverancia para llegar a un fundamento sólido en el estudio bíblico.

Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación. Pablo se refiere a la capacidad de las Escrituras para dar sabiduría. Cuando la Biblia habla de "sabiduría" se refiere a una clase especial de sabiduría. El término no se emplea para connotar la habilidad de ser avezado en las cosas del mundo, o de poseer el ingenio necesario para escribir un almanaque popular de anécdotas. En términos bíblicos, la sabiduría está relacionada con la cuestión práctica de aprender a vivir una vida agradable a Dios. Una mirada superficial a la literatura sapiencial del Antiguo Testamento permitirá observar que existe un énfasis abundantemente claro. Los Proverbios, por ejemplo, nos dicen que la sabiduría comienza con el "temor de Dios" (Pr. 1:7; 9:10). Ese temor no es un temor servil sino una

actitud de respeto y reverencia, la cual es necesaria para una auténtica santidad. El Antiguo Testamento distingue entre la sabiduría y el conocimiento. Se nos manda que busquemos el conocimiento pero sobre todo que obtengamos sabiduría. Los conocimientos son necesarios si se va a adquirir sabiduría, pero no son lo mismo que la sabiduría. Se pueden tener conocimientos sin tener sabiduría, pero no puede tenerse sabiduría si no se tienen conocimientos. Una persona sin conocimientos es ignorante. Una persona sin sabiduría es considerada necia. En términos bíblicos, la necedad es un asunto moral y recibe el juicio de Dios. La sabiduría en su sentido más elevado es estar al tanto respecto a la salvación. Por tanto, la sabiduría es un asunto teológico. Pablo está diciendo que por medio de las Escrituras podemos obtener esa clase de sabiduría que concierne a nuestra máxima realización como seres humanos.

Sabiendo de quién has aprendido. ¿Quién es este "quién" al cual Pablo se refiere? ¿Se refiere a la abuela de Timoteo?, ¿o a Pablo mismo? Estas dos posibilidades son dudosas. El "quién" se refiere a la máxima fuente de los conocimientos que Timoteo ha adquirido, es decir, Dios. Esto se ve con mayor claridad en la frase: "Toda Escritura es inspirada por Dios".

Escritura inspirada por Dios. Este pasaje ha sido el punto de enfoque de volúmenes de literatura teológica que describen y analizan teorías de inspiración bíblica. La palabra crucial en el pasaje es el término griego *theopneust*, que suele ser traducido a la frase "inspirado por Dios". El término más exacto es "respirado por Dios", el cual se refiere no tanto al acto de Dios "inspirando" como "espirando". En ese caso veríamos el significado del pasaje, no para proveernos de una teoría de la inspiración -una teoría de cómo Dios transmitió su Palabra a través de autores humanos- sino más bien, una manifestación del origen o la fuente de la Escritura. Lo que Pablo le dice a Timoteo es que la Biblia viene de Dios. Él es su máximo autor. Es su

Palabra; viene de Él; lleva el sello de todo lo que Él es. Por tanto, el mandato que se ha de recordar es "de quién has aprendido [estas cosas]".

La Escritura es útil para enseñar. Una de las prioridades más importantes que Pablo menciona es la forma destacada en que la Biblia nos es útil. La primera, y ciertamente la más útil, es la de la enseñanza o instrucción. Podremos tomar la Biblia y sentirnos "inspirados" o conmovidos o experimentar otras emociones intensas. Pero nuestro mayor provecho está en ser *instruidos*. Añádase que nuestra instrucción no está en cómo construir una casa o cómo multiplicar o dividir o en cómo emplear la ciencia de ecuaciones diferenciales, sino que somos instruidos en las cosas de Dios. Esta instrucción se denomina "útil" porque Dios mismo le da un valor incalculable. A la instrucción se le asigna valor y significado.

Un sinnúmero de veces he oído a cristianos decir: "¿Por qué necesito estudiar doctrina o teología cuando solamente necesito conocer a Jesús?" Mi respuesta inmediata es esta: "¿Quién es Jesús?" Tan pronto como empezamos a contestar esta pregunta nos estamos adentrando en la doctrina y la teología. Ningún cristiano puede evitar la teología. Todo cristiano es teólogo. Quizás no un teólogo en el sentido técnico o profesional, pero es un teólogo. La cuestión para los cristianos no es si somos buenos o malos teólogos. Un buen teólogo es aquel que es *instruido* por Dios.

Escritura útil para redargüir, corregir, y para instruir en justicia. En estas palabras Pablo articula el valor práctico del estudio de la Biblia. Como criaturas caídas pecamos, erramos, y estamos inherentemente en mala posición con respecto a la justicia. Cuando pecamos, necesitamos ser reprobados. Cuando erramos, necesitamos ser corregidos. Cuando nos hallamos en mal estado, necesitamos ser instruidos. La función de las Escrituras es la de reprobador principal, nuestro sumo corrector, y nuestro máximo instructor. Las librerías de este mundo están llenas de libros de

métodos de instrucción para adquirir excelencia en deportes, para bajar de peso y estar en buen estado físico, y para alcanzar habilidad en otras áreas. Las bibliotecas poseen pilas de libros escritos para enseñarnos administración financiera y los matices de planes sabios de inversión. Podemos encontrar muchos libros que nos enseñan a convertir nuestras pérdidas en ganancias, nuestras deudas en posesiones. ¿Pero dónde están los libros que nos instruyen en justicia? La pregunta aún sigue siendo: "¿De qué aprovechará el hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?"

A fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra. El cristiano que no esté diligentemente dedicado a un estudio serio de la Escritura simplemente es deficiente como discípulo de Cristo. Para ser un cristiano adecuado y competente en las cosas de Dios debe uno hacer más que asistir a las "sesiones de participación" y las "fiestas de bendición". No podemos obtener esa capacidad por ósmosis. El cristiano bíblicamente iletrado no sólo es deficiente sino que tampoco está preparado. En verdad, es inadecuado porque no está equipado. Lee Treviño podrá dar exhibiciones de su prodigiosa habilidad para pegarle a las pelotas de golf con botellas de refresco envueltas en cinta adhesiva. Pero él no usa una botella de refresco para tomar parte en un campeonato.

La Biblia como revelación

Uno de los más importantes beneficios que nos da la Biblia es el de proporcionarnos información que no se encuentra en ninguna otra parte. Nuestras universidades nos ofrecen riqueza de conocimientos adquiridos por investigación humana del mundo natural. Aprendemos por observación, análisis, y especulación abstracta. Comparamos y contrastamos variedad de opiniones de doctos notables. Pero con todas las habilidades del conocimiento que tenemos a nuestra disposición en este

mundo, no hay quien nos pueda hablar por medio de una perspectiva trascendental, nadie que pueda razonar con nosotros, como dicen los filósofos, *sub specie aeternitatis*.

Sólo Dios puede proporcionarnos una perspectiva eterna y hablar con nosotros con autoridad absoluta y terminante. Las ventajas que ofrece la Escritura consisten en proveernos de conocimientos no accesibles por ninguna otra fuente. Claro que la Escritura nos habla de asuntos que pueden aprenderse por otros medios. No dependemos enteramente del Nuevo Testamento para saber quién fue Augusto César o la distancia que hay entre Jerusalén y Betania. Pero el mejor geógrafo del mundo no nos puede enseñar el camino a Dios ni el mejor psiquiatra del mundo nos podrá dar una respuesta concluyente al problema de nuestra culpabilidad. Hay asuntos en la Sagrada Escritura que descubren lo que no está expuesto al curso natural de la investigación humana.

Aunque se puede aprender mucho de Dios por medio de un estudio de la naturaleza, es la revelación de él mismo en la Escritura la más completa y valiosa para nosotros. Existe una analogía entre cómo llegamos a conocer a las personas en este mundo y cómo nos relacionamos con Dios. Si queremos saber algo acerca de una persona hay muchas maneras de conseguirlo. Podríamos escribir a agencias oficiales indagando si tienen alguna ficha suya. Podríamos solicitar una copia de sus calificaciones en la escuela o la Universidad. Con estos documentos podríamos descubrir su biografía básica, registro médico, logros académicos y atléticos. Luego podríamos entrevistar a sus amigos para obtener una evaluación más personal. Pero todos estos métodos son indirectos y muchas de las cualidades intangibles de la persona quedarán fuera de nuestro escrutinio. Todos estos métodos no son más que fuentes secundarias de información.

Si deseamos obtener un conocimiento más exacto del individuo necesitamos conocerlo personalmente, observar su aspecto exterior, ver cómo se desenvuelve, qué modos

emplea. Hasta quizás podríamos colegir cómo siente, cómo piensa, lo que valora y lo que le disgusta. Pero si deseamos llegar a conocerlo íntimamente tendremos que entrar en algún tipo de comunicación verbal con él. Nadie puede expresar con mayor claridad o exactitud lo que cree, siente, o piensa que la persona misma. A menos que el sujeto en cuestión escoja revelar esas cosas verbalmente, nuestro conocimiento estará limitado a la adivinación y la especulación. Sólo las palabras nos iluminarán.

Asimismo, cuando hablamos acerca del concepto de la revelación nos estamos refiriendo al principio básico de la autorrevelación. Las Escrituras nos llegan como autorrevelación divina. Aquí la mente de Dios se muestra descubierta en muchas cuestiones. Con un conocimiento de la Escritura no necesitamos depender de información de segunda mano o mera especulación para aprender quién es Dios y lo que Él valora. En la Biblia Dios se revela a sí mismo.

Teoría y práctica

Como el cristiano que rehúye la teología, hay aquellos que desdeñan cualquier tipo de búsqueda de conocimiento teórico de Dios, insistiendo más bien en ser "prácticos". El espíritu de los EE.UU. ha sido definido como el espíritu del pragmatismo. Este espíritu en ningún lugar se manifiesta tan claramente como en el campo de la política o en el sistema de escuelas públicas. Este último ha sido informado por los principios y métodos de educación establecidos por John Dewey.

El pragmatismo puede ser definido simplemente como la aproximación a la realidad que toma la verdad como "lo que da resultado". El pragmatismo se preocupa por los resultados, y los resultados determinan la verdad. El problema con este tipo de pensamiento, si se priva de ser informado acerca de la perspectiva eterna, es que los resultados tienden a ser juzgados en términos de metas a corto plazo.

Este dilema lo experimenté al matricular a mi hija en el sistema de escuela pública en el kindergarten. La niña asistió a una escuela muy progresiva fuera de Boston. Después de unas semanas recibimos una notificación de la escuela anunciando que el director sostendría una reunión abierta con los padres con el fin de explicar el programa y los procedimientos empleados. En la reunión el director explicó cuidadosamente el programa diario. Dijo: "No se alarmen si su hijo llega a casa y les dice que estuvo armando rompecabezas o jugando con arcilla plástica. Puedo asegurarles que todo en la rutina diaria se hace con un propósito. De 9:00 a 9:17 A.M. los niños juegan con rompecabezas que han sido cuidadosamente diseñados por expertos ortopedistas para desarrollar los músculos motores de los últimos tres dedos de la mano izquierda". Siguió explicando cómo cada minuto del niño estaba planeado con hábil precisión para asegurar que cada cosa fuese hecha con un propósito. Quedé muy impresionado.

Al final de su presentación, el director nos invitó a hacer preguntas. Yo alcé mi mano y dije: "Estoy profundamente impresionado por la cuidadosa planificación que se ha llevado a cabo en este programa. Puedo ver que cada cosa se efectúa con un propósito en mente. Mi pregunta es: ¿Cómo decide usted qué "propósito" emplear? ¿Qué tipo de propósito final se usa para decidir los propósitos individuales? ¿Cuál es el propósito general de sus propósitos? En otras palabras, ¿qué clase de niño está usted tratando de producir?"

El hombre se puso blanco y después rojo y en términos vacilantes contestó: "No lo sé; nadie me había hecho esa pregunta". Le agradecí el candor de su respuesta y la humildad genuina que demostró, pero al mismo tiempo, su respuesta me aterró. ¿Cómo podemos tener propósitos sin un propósito? ¿Dónde podemos acudir para descubrir la prueba máxima de nuestro pragmatismo? Aquí es donde la revelación trascendental es más crítica a nuestras vidas. Aquí es donde el contenido de la Escritura es más relevante

para nuestra práctica. Sólo Dios nos puede dar la evaluación final de la sabiduría y valorar nuestras prácticas.

La persona que desdeña la teoría y se llama práctica no es sabia. Quien se preocupe por sí mismo solamente con metas a corto plazo puede tener serios problemas cuando se trate de metas a largo plazo o la eternidad. Debo añadir también que no puede haber práctica sin alguna teoría en el fondo. Hacemos lo que hacemos porque tenemos una teoría en cuanto al mérito de hacerlo. Nada revela más elocuentemente nuestras más profundas teorías que nuestra práctica. Puede que nunca pensemos seriamente acerca de nuestras teorías ni las pongamos en tela de juicio, pero todos las tenemos. Como en el caso del cristiano que quiere a Cristo sin la teología, la persona que quiere la práctica sin la teoría generalmente termina con malas teorías que llevan a una mala práctica.

Como que las teorías que se hallan en la Escritura proceden de Dios, la Biblia es eminentemente práctica. Nada podría ser más práctico que la Palabra de Dios pues procede de una teoría que se establece de la perspectiva eterna. La debilidad fatal del pragmatismo sucumbe ante la revelación.

El cristiano sensual

Frecuentemente me he visto tentado a escribir un libro *titulado El cristiano sensual. La mujer sensual, El hombre sensual, La pareja sensual. La divorciada sensual...* al punto de saturación, todos han sido éxitos de librería. ¿Por qué *no El cristiano sensual*?

¿Qué es un cristiano sensual? Un diccionario define sensual como "perteneciente a los sentidos u objetos sensibles: altamente susceptible por los sentidos". El cristiano sensual es el que vive por los sentimientos más que por su entendimiento de la Palabra de Dios. El cristiano sensual no puede ser movido al servicio, la oración, o el estudio a no ser que él "tenga ganas". Su vida cristiana es solamente tan efectiva como la intensidad de los sentimientos en ese

momento. Cuando experimenta la euforia espiritual, es un remolino de actividad divina; cuando está deprimido, es un incompetente espiritual. Constantemente busca experiencias nuevas y frescas y las utiliza para determinar la Palabra de Dios. Sus "sentimientos internos" se convierten en la máxima prueba de la verdad.

El cristiano sensual no necesita estudiar la Palabra de Dios porque él ya conoce la voluntad de Dios a través de sus sentimientos. Él no quiere conocer a Dios: quiere experimentarlo. El cristiano sensual iguala "la fe de un niño" con la ignorancia. Él piensa que cuando la Biblia nos llama a tener la fe de un niño se refiere a una fe sin contenido, una fe sin entendimiento. Él no sabe que la Biblia dice: "Sed niños en la malicia, pero maduros en el modo de pensar" (I Co. 14:20). No se da cuenta de que Pablo nos dice una y otra vez: "No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio" (*véase*, por ejemplo, Ro. 11:25).

El cristiano sensual va alegre por su camino hasta que se encuentra con el dolor de la vida, que no es tan alegre, y se desploma. Por lo general termina por abrazarse a un tipo de "teología relacional" (la más terrible maldición de la cristiandad moderna) donde las relaciones personales y la experiencia toman precedencia sobre la Palabra de Dios. Si la Escritura nos demanda una acción que pueda poner en peligro una relación personal, entonces la Escritura debe ponerse en tela de juicio. La ley más elevada del cristiano sensual es la de que los sentimientos malos deben ser evitados a toda costa.

La Biblia está dirigida *primordialmente*, aunque no *exclusivamente*, a nuestro entendimiento. Eso, en cuanto a la mente. Esto resulta difícil de comunicar a los cristianos modernos que están viviendo en lo que podría ser el período más antiintelectual de la civilización occidental. Nótese, no dije antiacadémico ni antitecnológico ni antidocto. Dije antiintelectual. Hay una fuerte corriente de antipatía hacia la función de la mente en la vida cristiana.

En punto de hecho, existen razones históricas para esta clase de reacción. Muchos laicos han sufrido el resultado de lo que un teólogo ha definido como "la traición del intelectual". Tanto escepticismo, cinismo, y crítica negativa han salido del mundo intelectual de los teólogos que los laicos han perdido su *confianza* en los proyectos intelectuales. En muchos casos se teme que la fe no pueda sostenerse bajo el escrutinio intelectual, por lo que la defensa se convierte en la denigración de la mente humana. Nos volvemos a los sentimientos en lugar de volvernos a nuestras mentes para establecer y preservar nuestra fe. Este es un problema muy serio al que nos enfrentamos en la iglesia del siglo xx.

El cristianismo es supremamente intelectual, aunque no intelectualista. O sea, la Escritura está dirigida al intelecto sin al mismo tiempo abrazar un espíritu de intelectualismo. La vida cristiana no debe ser una vida de meras conjeturas o racionalismo frío; debe ser una vida de pasión vibrante. Fuertes sentimientos de gozo, amor, y exaltación se manifiestan una y otra vez. Pero esos sentimientos pasionales son una *respuesta* a lo que con nuestras mentes entendemos que es verdad. Cuando leemos en la Escritura: "Confiad, yo he vencido al mundo" (Jn. 16:33), el bostezo no es una respuesta apropiada. Podemos sentirnos animados porque entendemos que Cristo ciertamente ha vencido al mundo. Eso estremece nuestras almas y nos hace bailar de contento. ¿Qué es más maravilloso que experimentar la dulzura de la presencia de Cristo o la cercanía del Espíritu Santo?

Dios no permitió que perdiésemos nuestra pasión o que pasáramos por el peregrinaje cristiano sin una experiencia de Cristo. ¿Qué sucede cuando hay un conflicto entre lo que Dios dice y lo que yo pienso? Debemos hacer lo que Dios dice, nos guste o no. Eso es de lo que trata el cristianismo.

Reflexione un momento. ¿Qué sucede en su propia vida cuando usted actúa según lo que tiene ganas de hacer y no

según lo que sabe y comprende que se le está pidiendo que haga? Aquí nos enfrentamos a la cruel realidad de la diferencia entre la felicidad y el placer. ¡Cuán fácil es confundir las dos cosas! La búsqueda de la felicidad se considera nuestro "derecho inalienable". Pero la felicidad y el placer no son la misma cosa. Los dos son agradables, pero sólo uno es duradero. El pecado puede traer placer, pero no la felicidad. Si el pecado no fuese tan placentero, apenas representaría una tentación. Pero, mientras que el pecado frecuentemente "es agradable", no produce felicidad. Si no conocemos la diferencia o, peor aun, no nos importa la diferencia, habremos avanzado a grandes pasos para convertirnos en el máximo cristiano sensual.

Es precisamente en el punto de discernir la diferencia entre el placer y la felicidad en el que el conocimiento de la Escritura es tan vital. Existe una relación maravillosa entre la voluntad de Dios y la felicidad humana. El engaño fatal de Satanás es la mentira de que la obediencia jamás nos podrá proporcionar felicidad. Desde la tentación primordial de Adán y Eva a la seducción satánica de anoche, la mentira ha sido la misma. "Si haces lo que Dios ordena, no serás feliz. Si haces lo que yo digo, serás `liberado' y conocerás la felicidad".

¿Qué tendría que ser verdad para que el argumento de Satanás fuese cierto? Parecería que para que el argumento de Satanás fuese cierto, Dios tendría que ser una de estas tres cosas: ignorante, malévolo, o engañoso. Podría ser que la Palabra de Dios no funcione para nosotros porque procede de sus divinas equivocaciones.

Simplemente, Dios no sabe lo suficiente para decirnos lo que necesitamos hacer para obtener la felicidad. Probablemente desea nuestro bienestar, pero simplemente no sabe lo suficiente como para instruirnos adecuadamente. A Él le gustaría ayudarnos a salir adelante, pero las complejidades de la vida y las situaciones humanas sobrecogen su mente.

Tal vez Dios es infinitamente sabio y sabe lo que es bueno para nosotros mejor que nosotros mismos. Tal vez Él entiende las complejidades del hombre mejor que los filósofos, moralistas, políticos, maestros de escuela, pastores, y la Sociedad Psiquiátrica. Pero nos odia. Él conoce la verdad pero nos lleva por mal camino para Él seguir siendo el único ser feliz en el cosmos. Probablemente su ley es una expresión de su deseo de deleitarse alegremente en nuestra miseria. Por tanto, su malevolencia hacia nosotros lo lleva a adoptar el papel del Gran Impostor. ¡Disparates! Si eso fuese cierto, entonces la única conclusión a la que podríamos llegar es que Dios es el diablo y el diablo es Dios, y las Sagradas Escrituras son en realidad el manual de Satanás.

¿Absurdo? ¿Inconcebible? Yo desearía que lo fuese. Literalmente en miles de estudios de pastores, la gente está siendo aconsejada a actuar en contra de la Escritura porque el pastor quiere que sean felices. "Sí, Sra. Pérez, vaya y divórciese de su esposo a pesar de que no tiene usted la orden bíblica, ya que estoy seguro de que usted nunca encontrará la felicidad casada con un hombre como ese".

Si hubiera algún secreto -un secreto cuidadosamente velado- para alcanzar la felicidad humana, sería aquel expresado en un catecismo del siglo que dice: El fin primordial del hombre es el de glorificar a Dios y disfrutar de Él para siempre". El secreto de la felicidad se encuentra en la obediencia a Dios. ¿Cómo podemos ser felices si no somos obedientes? ¿Cómo podemos ser obedientes si no sabemos a qué obedecer? En resumen, la felicidad no puede ser completamente descubierta mientras permanezcamos ignorantes de la Palabra de Dios.

Dicho sea de paso, el conocimiento de la Palabra de Dios no garantiza que haremos lo que dice, pero cuando menos sabremos lo que deberíamos estar haciendo en nuestra búsqueda de realización como humanos. La cuestión de la fe no es tanto si debemos creer en Dios, como si realmente creemos al Dios en quien creemos.

Una cuestión de deber

¿Por qué debemos estudiar la Biblia? Hemos mencionado brevemente el valor práctico, la importancia ética, y el camino de la felicidad. Hemos visto algunos de los mitos que proponen las personas que no estudian la Biblia. Hemos discurrido algo acerca del espíritu de pragmatismo y el clima antiintelectual de nuestros días. Hay muchas facetas en la pregunta e innumerables razones por las que debemos estudiar la Biblia.

Yo podría tratar de convencerlos de estudiar la Biblia para su edificación personal. Podría tratar, mediante el arte de la persuasión, de estimular su búsqueda de la felicidad. Podría decir que el estudio de la Biblia probablemente sería la experiencia educacional más satisfactoria y ventajosa de toda su vida. Podría citar numerosas razones por las que saldría beneficiado de un estudio serio de la Escritura. Pero, en última instancia, la razón principal por la que debemos estudiar la Biblia es porque es nuestro deber.

Si la Biblia fuese el libro más aburrido, insípido, y menos interesante del mundo, y aparentemente irrelevante, aun así sería nuestro deber estudiarla. Si su estilo literario fuese torpe y confuso, el deber seguiría existiendo. Vivimos como seres humanos bajo una obligación por mandato divino de estudiar diligentemente la Palabra de Dios. Él es nuestro Soberano; es su Palabra y Él nos ordena que la estudiemos. Un deber no es una opción. Si aún no ha empezado a responder a esa orden, entonces necesita usted pedirle a Dios que lo perdone y tomar la resolución de llevar a cabo su deber desde este día en adelante.

2

Estudio personal de la Biblia e interpretación privada

Se da por sentado, tácitamente, que en cada hogar de los Estados Unidos hay una Biblia. La Biblia sigue siendo el éxito de librería perenne del país. Puede que muchas de ellas sirvan meramente como decoración o como un lugar conveniente para guardar fotos y disecar flores, y también para exhibirse en un lugar prominente cuando el pastor nos viene a visitar. Debido a la facilidad de acceso a la Biblia, nos resulta fácil olvidar el precio pavoroso que fue pagado por el privilegio de poseer una escrita en nuestra propia lengua, la cual podemos interpretar por nosotros mismos.

Martín Lutero y la interpretación privada

Dos de los grandes legados de la Reforma fueron el principio de la interpretación privada y la traducción de la Biblia a la lengua vernácula. Los dos principios van de la mano y fueron logrados solamente tras mucha controversia y persecución. Infinidad de personas pagaron con su vida quemados en hoguera (principalmente en Inglaterra) por atreverse a traducir la Biblia al idioma vernáculo. Uno de los

mayores logros de Lutero fue la traducción de la Biblia al alemán con el fin de que cualquier persona letrada pudiera leerla por sí misma.

Fue el mismo Lutero quien en el siglo XVI enfocó nítidamente la cuestión de la interpretación privada de la Biblia. Oculto bajo la famosa respuesta del reformador a las autoridades eclesiásticas e imperiales en la Dieta de Worms se hallaba el principio implícito de la interpretación privada.

Cuando se le pidió que se retractara de sus escritos, Lutero contestó: "A no ser que yo este convencido por la Sagrada Escritura o por razón evidente, no puedo retractarme, pues mi conciencia es cautiva de la Palabra de Dios, y el actuar contra la conciencia no es ni correcto ni seguro. Esta es mi posición, no puedo tomar ninguna otra, así Dios me ayude". Note que Lutero dijo: "A no ser que yo esté convencido..." En debates anteriores en Leipzig y Augsburgo, Lutero se había atrevido a interpretar la Escritura en forma contraria a las interpretaciones rendidas por los papas y por los concilios de iglesia. El hecho de que fuese tan atrevido le ganó la repetida acusación de arrogante por los miembros del clero. Lutero no tomó esos cargos a la ligera sino que agonizaba sobre ellos. El creía que podía estar equivocado pero insistía en que el papa y los concilios también podían errar. Para él solamente una fuente de verdad estaba libre de error. Dijo: "Las Escrituras jamás se equivocan". Por tanto, a menos que las figuras de la iglesia pudieran convencerlo de su error, él se sentía moralmente obligado a seguir adelante con lo que su conciencia sabía que la Escritura enseñaba. Con esta controversia nació, bautizado con fuego, el principio de la interpretación privada.

Tras la valiente declaración de Lutero y su subsiguiente trabajo de traducir la Biblia al alemán en Wartburg, la Iglesia Católica Romana no permaneció inactiva. Movilizó sus fuerzas en una contraofensiva de tres puntas conocida como la Contrarreforma. Una de las púas más afiladas del contraataque fueron las acusaciones contra el

protestantismo formuladas por el Concilio de Trento. El concilio discutió muchas de las cuestiones suscitadas por Lutero y otros reformadores. Entre ellas se encontraba la de la interpretación privada. Dijo el concilio:

> *Para controlar los espíritus desenfrenados [el concilio] decreta que nadie, basándose en su propio juicio, podrá en asuntos de fe y moral referentes a la edificación de la doctrina cristiana, trastornando las Sagradas Escrituras de acuerdo con sus propios conceptos, presumir de interpretarlas contrariamente al sentido que la santa madre iglesia, a quien pertenece el derecho de juzgar por su sentido e interpretación verdaderos, ha mantenido o mantiene, o incluso en contra de la enseñanza unánime de los padres, a pesar de que tales interpretaciones en ningún momento deberán ser publicadas.*

¿Capta usted el sabor de esta proclama? La declaración dice, entre otras cosas, que es la responsabilidad del departamento de enseñanza de la Iglesia Católica Romana el interpretar las Escrituras y declarar su significado. Este no deberá ser un asunto de juicio u opinión privada. Esta declaración de Trento fue claramente concebida para responder al principio de la Reforma de la interpretación privada.

Sin embargo, si examinamos detenidamente esta declaración, podemos ver que contiene un malentendido muy serio en cuanto al principio reformador. ¿Promovieron los reformadores la noción de desenfreno? ¿Significa la interpretación privada de la Biblia que un individuo tiene el derecho de interpretar la Escritura en una forma antojadiza, caprichosa, sin ninguna restricción? ¿Debe el individuo tomar en serio las interpretaciones de otros, tales como los que se especializan en enseñar las Escrituras? Las respuestas a estos interrogantes son obvias. Los reformadores también se preocupaban por las formas y los medios de controlar la anarquía mental. (Esta es una de las

razones por las que trabajaron tan arduamente para delinear los principios sólidos de la interpretación bíblica como un dique a la interpretación extravagante.) Pero la forma en que ellos buscaban el control del pensamiento anárquico no era la de declarar que las enseñanzas de los maestros de la iglesia eran infalibles.

Quizás el término más crucial que aparece en la declaración de Trento sea la palabra trastornar. Trento dice que nadie tiene el derecho particular de trastornar las Escrituras. Con ello los reformadores estaban completamente de acuerdo. La interpretación privada jamás significó que los individuos tenían derecho a trastornar las Escrituras. Con el derecho a la interpretación privada viene la sobria responsabilidad de la interpretación exacta. La interpretación privada da licencia para interpretar, pero no para trastornar.

Cuando volvemos la vista al período de la Reforma y vemos la respuesta brutal de la Inquisición y la persecución de aquellos que tradujeron las Escrituras a la lengua vernácula para hacerlas accesibles a los laicos, nos horrorizamos. Nos preguntamos cómo los príncipes de la Iglesia Católica Romana podían ser tan corruptos como para torturar a las personas por leer la Biblia. Nos deja perplejos inclusive el hecho de leer tales cosas. Sin embargo, lo que con frecuencia pasamos por alto en este reflejo histórico es que había muchas personas bien intencionadas que se hallaban involucradas en aquello. Roma estaba convencida de que, si se ponía la Biblia en las manos de un laico sin preparación y se le permitía interpretar el Libro, surgirían distorsiones grotescas que llevarían a las ovejas a la deriva, probablemente al tormento eterno. Por tanto, para proteger a las ovejas de embarcarse en un curso de autodestrucción segura, la iglesia recurrió al castigo corporal, aun al punto de la ejecución.

Lutero estaba enterado de los peligros de tal movimiento, pero estaba convencido de la claridad de la Escritura. Por lo tanto, aunque los peligros de la distorsión

fuesen grandes, él pensó que el beneficio de exponer a las multitudes a un mensaje básicamente claro del evangelio podría aportar más a la salvación eterna que a la ruina eterna. Él estaba inclinado a asumir el riesgo de girar la válvula que podría abrir la "compuerta de iniquidad".

La interpretación privada dio acceso a la Biblia a los laicos, pero no terminó con el principio del clero educado. Retrocediendo a los días bíblicos, los reformadores reconocieron que en la práctica y las enseñanzas del Antiguo y del Nuevo Testamento había un lugar significativo para el rabí, el escriba, y el ministerio de la enseñanza. El hecho de que los maestros deberían ser conocedores de lenguas, costumbres, historia, y análisis literario antiguos, es aún un factor importante en la iglesia cristiana. La doctrina famosa de Lutero acerca del "sacerdocio de todos los creyentes" ha sido con frecuencia mal interpretada. No significa que no haya distinción entre el clero y el laicado. La doctrina simplemente afirma que cada individuo cristiano tiene un papel que desempeñar y una función que mantener en el ministerio total de la iglesia. Todos, en cierto sentido, somos llamados a ser "Cristo para nuestro prójimo". Pero esto no significa que la iglesia no tenga supervisores o maestros.

Mucha gente ha llegado a desencantarse con la iglesia organizada en nuestra cultura actual. Algunos se han ido en dirección a la anarquía eclesiástica. De la revolución cultural de los años 1960 con el advenimiento del movimiento de Jesús y la iglesia subterránea vino el clamor de la juventud: "No necesito acudir a ningún pastor; no creo en una iglesia organizada o un gobierno estructurado del cuerpo de Cristo". En manos de estas personas el principio de la interpretación privada podría ser una licencia para el subjetivismo radical.

Objetividad y subjetividad

El gran peligro de la interpretación privada es el peligro claro y presente del subjetivismo en la interpretación bíblica. El peligro está más extendido de lo que aparenta a

primera vista. Yo lo veo manifestado muy sutilmente en el curso de la discusión y debate teológico.

Recientemente participé en un jurado con eruditos de la Biblia. Discutimos los pros y contras de cierto pasaje en el Nuevo Testamento cuyo significado y aplicación eran debatibles. Uno de los eruditos del Nuevo Testamento, en su declaración de apertura dijo: "Yo pienso que deberíamos ser abiertos y honestos en cuanto a la manera de abordar el Nuevo Testamento. En el análisis final leemos lo que queremos leer, y eso está bien". Yo no podía creer lo que oía. Quedé tan aturdido, que no lo contradije. Mi estado de shock se mezclaba con una sensación de inutilidad ante la posibilidad de un intercambio significativo de ideas. Es raro que un erudito exponga sus prejuicios tan abiertamente y en público. Todos podemos luchar contra la tendencia pecaminosa de leer en la Escritura lo que quisiéramos encontrar, pero espero que no lo hagamos siempre. Confío en que haya medios disponibles para que controlemos esa tendencia.

Esta fácil aceptación del espíritu subjetivista en la interpretación bíblica prevalece igualmente a nivel popular. En muchas ocasiones, después de discutir el significado de cierto pasaje, la gente contradice mis declaraciones simplemente diciéndome: " Esa es su opinión". ¿Qué puede significar tal comentario? Primero, es perfectamente obvio a todos los presentes que una interpretación que yo ofrezca como mía propia es mi opinión. Yo soy el que acaba de dar la opinión. Pero no creo que eso sea lo que la persona tiene en mente.

Un segundo significado es el de un rechazo implícito, que señala culpa por falacia de asociación. Señalando que la opinión ofrecida es mía, la persona siente quizás que eso es todo lo necesario para refutarla, ya que todos conocen la conjetura tácita: cualquier opinión que salga de la boca de R. C. Sproul debe ser errónea porque él jamás ha tenido, y nunca podría tener, la razón. Por hostiles que sean las personas en cuanto a mis opiniones, dudo que eso sea lo que intentan decir cuando afirman: "Esa es su opinión".

Creo que una tercera alternativa es la que casi todos intentan decir: "Esa es tu interpretación y está bien para ti. No estoy de acuerdo, pero mi interpretación es igualmente válida. Aunque nuestras interpretaciones se contradigan, las dos pueden ser verdad. Lo que tú quieras es verdad para ti y lo que yo quiera es verdad para mí". Esto es subjetivismo.

Subjetivismo y subjetividad no son la misma cosa. Decir que la verdad contiene un elemento subjetivo es una cosa; decir que es totalmente subjetiva es otra cosa bastante diferente. Para que la verdad o la mentira tengan algún significado en mi vida me deben implicar en alguna forma. El comentario "Está lloviendo en Georgia" puede ser verdad objetivamente, pero no me afecta. Se me podía convencer de que sí me afecta si, por ejemplo, se pudiera demostrar que junto con la lluvia hubiera un granizo severo que destruyera las cosechas de melocotones en las que invertí mi dinero. Entonces es cuando el comentario adquiere una importancia subjetiva para mí. Cuando la verdad de un asunto me toca, ese es un asunto subjetivo. La aplicación de un texto bíblico a mi vida puede traer consigo fuertes alusiones subjetivas. Pero eso no es a lo que nos referimos con subjetivismo. El subjetivismo ocurre cuando trastornamos el significado objetivo de los términos para adaptarlo a nuestros propios intereses. El decir "Está lloviendo en Georgia" puede no tener ninguna importancia en mi vida si estoy en Pennsylvania, pero las palabras siguen siendo significativas. Es importante para las personas que viven en Georgia, así como para las plantas y los animales.

El subjetivismo ocurre cuando la verdad de una declaración no se extiende meramente ni se aplica al sujeto sino cuando se determina absolutamente por dicho sujeto. Si debemos evitar la distorsión de la Escritura, deberemos evitar el subjetivismo desde el principio.

Al buscar un entendimiento objetivo de la Escritura no estamos reduciendo esta a algo frío, abstracto, y sin vida. Lo que estamos haciendo es tratar de entender lo que la Palabra dice en su contexto antes de llegar a la tarea igualmente

necesaria de aplicárnosla. Un comentario en particular puede tener numerosas y posibles aplicaciones personales, pero solamente puede tener un significado correcto. Las interpretaciones opcionales que se contradigan y sean obviamente exclusivas no pueden ser verdad a no ser que Dios esté mintiendo. Más adelante trataremos detenidamente este asunto de la contradicción y el significado singular de algunas declaraciones bíblicas. Por ahora, sin embargo, nos interesa fijarnos metas de sólida interpretación bíblica. La primera de estas metas es llegar al significado objetivo de la Escritura y evitar las trampas de la distorsión causadas por permitir que las interpretaciones sean gobernadas por el subjetivismo.

Los eruditos de la Biblia hacen una diferencia necesaria entre lo que ellos llaman la *exégesis* y *eiségesis*. *Exegésis* significa explicar lo que la Escritura dice. La palabra viene del griego y significa "guiar fuera de". La clave de la exégesis se encuentra en el prefijo "ex" el cual significa "de" o "fuera de". Hacer exégesis de la Escritura es extraerle a las palabras su significado, ni más ni menos. Por otra parte, *eiségesis* tiene la misma raíz pero el prefijo es diferente. El prefijo "eis" también viene del griego y significa "adentro". Por lo tanto *eiségesis* implica leer dentro de un texto algo que no está allí. La exégesis es una empresa objetiva. La eiségesis implica un ejercicio de subjetivismo.

Todos tenemos que luchar con el problema del subjetivismo. La Biblia frecuentemente dice cosas que no queremos oír. Podemos ponernos tapones en los oídos y vendas en los ojos. Es más fácil y mucho menos doloroso criticar la Biblia que permitir que la Biblia nos critique a nosotros. Con razón Jesús frecuentemente concluía sus palabras diciendo: "El que tiene oídos para oír, oiga" (*v.g.*, Lc. 8:8; 14:35).

El subjetivismo no solamente produce error y distorsión sino que también engendra arrogancia. Creer lo que creo simplemente porque lo creo o discutir que mi opinión es la correcta meramente por ser mi opinión es el epítome de la

arrogancia. Si mis puntos de vista no pueden pasar la prueba del análisis objetivo y de la verificación, la humildad me exige que los abandone. Pero el subjetivista tiene la arrogancia de mantener su posición sin base ni corroboración objetiva. El decirle a alguien: "Si te gusta creer lo que quieres creer, está bien; yo creeré lo que quiera creer", aparenta ser humilde sólo en la superficie.

Los puntos de vista privados deben ser evaluados a la luz de la evidencia y la opinión externa, porque llegamos a la Biblia con exceso de equipaje. Nadie sobre la faz de esta tierra tiene un entendimiento puro de la Escritura. Todos tenemos algunos puntos de vista y mantenemos algunas ideas que no son de Dios. Tal vez si supiéramos exactamente cuáles de nuestros puntos de vista son contrarios a las ideas de Dios, los abandonaríamos. Pero el seleccionarlos es muy difícil. Por tanto, nuestros puntos de vista necesitan la tabla de armonía y el acero templado de la investigación y la experiencia de otras personas.

El papel del maestro

En las iglesias reformadas del siglo XVI se hizo una distinción entre dos clases de ancianos: ancianos que enseñaban y ancianos que gobernaban. Los ancianos que gobernaban eran llamados a administrar los asuntos de la congregación. Los maestros o pastores eran responsables primordialmente de la enseñanza y de equipar a los santos para el ministerio.

La última década ha sido una época extraordinaria de renovación de la iglesia en muchos lugares. Las organizaciones paraministeriales, tales como la Fe en Acción, han hecho mucho por restaurar el significado del laicado para la iglesia local. Las conferencias para la renovación de los laicos son ya comunes. El énfasis ya no recae tanto sobre los grandes predicadores sino en los grandes programas para y por laicos. Esta es la era no del gran predicador sino de la gran congregación.

Uno de los efectos más significativos del movimiento de renovación de laicos ha sido la práctica de grupos de estudio de la Biblia en los hogares. Aquí, en una atmósfera de convivio e informalidad, la gente que de otra manera no estaría interesada en la Biblia ha dado grandes pasos en su aprendizaje. La clave de la dinámica del grupo reducido recae básicamente sobre el laico. Los laicos se enseñan unos a otros o combinan sus propias ideas en estos estudios bíblicos. Estos grupos han tenido un éxito considerable en renovar la iglesia. Y será aun más así a medida que las personas adquieran más y más habilidad en el entendimiento e interpretación de la Biblia. Es formidable que las personas empiecen a abrir la Biblia y a estudiarla juntas. Pero también es algo excesivamente peligroso. El aunar los conocimientos edifica la iglesia; el aunar la ignorancia es destructivo y puede manifestar el problema del tuerto guiando a los ciegos.

Aunque los grupos reducidos y los estudios bíblicos en los hogares pueden resultar muy efectivos para promover la renovación de la iglesia y la transformación de la sociedad, tarde o temprano las personas deberán recibir una enseñanza educada. Estoy convencido de que ahora, al igual que siempre, la iglesia necesita un clero culto. El estudio privado y la interpretación deben estar en equilibrio a través de la sabiduría colectiva de los maestros. Por favor no me interpreten mal. No estoy diciendo que la iglesia deba regresar a la situación de la pre-Reforma, cuando el clero tenía la Biblia en cautiverio. Me regocijo de que las personas estén empezando a estudiar la Biblia por sí mismas y de que la sangre de los mártires protestantes no se haya derramado en vano. A lo que me refiero es a que es sabio que los laicos involucrados en el estudio de la Biblia lo hagan bajo la autoridad de sus pastores o profesores. Es Cristo mismo quien se lo ha ordenado a su iglesia para así dar a algunos el don de la enseñanza. Ese don y ese puesto deben ser respetados si Cristo va a ser honrado por los siglos.

Es importante que los maestros tengan una preparación adecuada. Es cierto que ocasionalmente aparecen algunos maestros que, aunque sin instrucción ni entrenamiento, poseen no obstante una extraña visión intuitiva acerca de la Escritura. Pero estos se encuentran muy de tarde en tarde. Más bien, el problema es de individuos que se autodenominan maestros y que simplemente no están calificados para enseñar. Un buen maestro debe tener una base de conocimiento y la preparación necesaria para desentrañar porciones difíciles de la Escritura. En esto la necesidad del dominio del lenguaje, la historia, y teología es de importancia crítica.

Si examinamos la historia del pueblo judío en el Antiguo Testamento, vemos que una de las amenazas más severas y constantes a Israel era la del falso profeta o falso maestro. Con más frecuencia que a manos de los filisteos o asirios, Israel cayó en el poder seductivo del maestro mentiroso.

El Nuevo Testamento da nota del mismo problema en la iglesia primitiva. El falso profeta era como el pastor mercenario que estaba más interesado en sus propios intereses que en el bienestar de sus ovejas. No le importaba engañar a la gente y conducirla al error o a la maldad. No todos los falsos profetas hablan falsedad con fines malévolos; muchos lo hacen por ignorancia. Debemos huir tanto de los maliciosos como de los ignorantes.

Por otra parte, una de las mayores bendiciones para Israel vino cuando Dios mandó profetas y maestros que les enseñaran su propia forma de pensar. Oíd la solemne advertencia que Dios le da a Jeremías:

> *Yo he oído lo que aquellos profetas dijeron, profetizando mentira en mi nombre, diciendo: soñé, soñé, ¿hasta cuándo estará esto en el corazón de los profetas que profetizan mentira, y que profetizan el engaño de su corazón ? ¿No piensan cómo hacen que mi pueblo se olvide de mi nombre con sus sueños que cada uno cuenta a su compañero, al modo que sus padres se*

olvidaron de mi nombre por Baal? El profeta que tuviere un sueño, cuente el sueño; y aquel a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? Dice Jehová ¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra? Por tanto, he aquí que yo estoy contra los profetas que endulzan sus lenguas y dicen: él ha dicho. He aquí, dice Jehová, yo estoy contra los que profetizan sueños mentirosos, y los cuentan, y hacen errar a mi pueblo con sus mentiras y con sus lisonjas, y yo no los envié ni les mandé; y ningún provecho hicieron a este pueblo ", dice Jehová. (Je. 23:25-32)

Con palabras de juicio como estas no es sorprendente que el Nuevo Testamento advierta: "No os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación" (Sg. 3:1). Necesitamos maestros que tengan un conocimiento sólido y corazones que no estén contra la Palabra de Dios.

El estudio privado de la Biblia es un medio importante de gracia para el cristiano. Es un privilegio y un deber para todos nosotros. En su gracia y su bondad hacia nosotros, Dios nos ha provisto no solamente de maestros dotados en su iglesia para asistirnos sino que su propio Espíritu Santo ilumina su Palabra y nos ayuda a encontrar su aplicación a nuestras vidas. A la enseñanza sólida y al estudio diligente, Dios añade bendición.

2

Estudio personal de la Biblia e interpretación privada

Se da por sentado, tácitamente, que en cada hogar de los Estados Unidos hay una Biblia. La Biblia sigue siendo el éxito de librería perenne del país. Puede que muchas de ellas sirvan meramente como decoración o como un lugar conveniente para guardar fotos y disecar flores, y también para exhibirse en un lugar prominente cuando el pastor nos viene a visitar. Debido a la facilidad de acceso a la Biblia, nos resulta fácil olvidar el precio pavoroso que fue pagado por el privilegio de poseer una escrita en nuestra propia lengua, la cual podemos interpretar por nosotros mismos.

Martín Lutero y la interpretación privada

Dos de los grandes legados de la Reforma fueron el principio de la interpretación privada y la traducción de la Biblia a la lengua vernácula. Los dos principios van de la mano y fueron logrados solamente tras mucha controversia y persecución. Infinidad de personas pagaron con su vida quemados en hoguera (principalmente en Inglaterra) por atreverse a traducir la Biblia al idioma vernáculo. Uno de los

mayores logros de Lutero fue la traducción de la Biblia al alemán con el fin de que cualquier persona letrada pudiera leerla por sí misma.

Fue el mismo Lutero quien en el siglo XVI enfocó nítidamente la cuestión de la interpretación privada de la Biblia. Oculto bajo la famosa respuesta del reformador a las autoridades eclesiásticas e imperiales en la Dieta de Worms se hallaba el principio implícito de la interpretación privada.

Cuando se le pidió que se retractara de sus escritos, Lutero contestó: "A no ser que yo este convencido por la Sagrada Escritura o por razón evidente, no puedo retractarme, pues mi conciencia es cautiva de la Palabra de Dios, y el actuar contra la conciencia no es ni correcto ni seguro. Esta es mi posición, no puedo tomar ninguna otra, así Dios me ayude". Note que Lutero dijo: "A no ser que yo esté convencido..." En debates anteriores en Leipzig y Augsburgo, Lutero se había atrevido a interpretar la Escritura en forma contraria a las interpretaciones rendidas por los papas y por los concilios de iglesia. El hecho de que fuese tan atrevido le ganó la repetida acusación de arrogante por los miembros del clero. Lutero no tomó esos cargos a la ligera sino que agonizaba sobre ellos. El creía que podía estar equivocado pero insistía en que el papa y los concilios también podían errar. Para él solamente una fuente de verdad estaba libre de error. Dijo: "Las Escrituras jamás se equivocan". Por tanto, a menos que las figuras de la iglesia pudieran convencerlo de su error, él se sentía moralmente obligado a seguir adelante con lo que su conciencia sabía que la Escritura enseñaba. Con esta controversia nació, bautizado con fuego, el principio de la interpretación privada.

Tras la valiente declaración de Lutero y su subsiguiente trabajo de traducir la Biblia al alemán en Wartburg, la Iglesia Católica Romana no permaneció inactiva. Movilizó sus fuerzas en una contraofensiva de tres puntas conocida como la Contrarreforma. Una de las púas más afiladas del contraataque fueron las acusaciones contra el

protestantismo formuladas por el Concilio de Trento. El concilio discutió muchas de las cuestiones suscitadas por Lutero y otros reformadores. Entre ellas se encontraba la de la interpretación privada. Dijo el concilio:

> *Para controlar los espíritus desenfrenados [el concilio] decreta que nadie, basándose en su propio juicio, podrá en asuntos de fe y moral referentes a la edificación de la doctrina cristiana, trastornando las Sagradas Escrituras de acuerdo con sus propios conceptos, presumir de interpretarlas contrariamente al sentido que la santa madre iglesia, a quien pertenece el derecho de juzgar por su sentido e interpretación verdaderos, ha mantenido o mantiene, o incluso en contra de la enseñanza unánime de los padres, a pesar de que tales interpretaciones en ningún momento deberán ser publicadas.*

¿Capta usted el sabor de esta proclama? La declaración dice, entre otras cosas, que es la responsabilidad del departamento de enseñanza de la Iglesia Católica Romana el interpretar las Escrituras y declarar su significado. Este no deberá ser un asunto de juicio u opinión privada. Esta declaración de Trento fue claramente concebida para responder al principio de la Reforma de la interpretación privada.

Sin embargo, si examinamos detenidamente esta declaración, podemos ver que contiene un malentendido muy serio en cuanto al principio reformador. ¿Promovieron los reformadores la noción de desenfreno? ¿Significa la interpretación privada de la Biblia que un individuo tiene el derecho de interpretar la Escritura en una forma antojadiza, caprichosa, sin ninguna restricción? ¿Debe el individuo tomar en serio las interpretaciones de otros, tales como los que se especializan en enseñar las Escrituras? Las respuestas a estos interrogantes son obvias. Los reformadores también se preocupaban por las formas y los medios de controlar la anarquía mental. (Esta es una de las

razones por las que trabajaron tan arduamente para delinear los principios sólidos de la interpretación bíblica como un dique a la interpretación extravagante.) Pero la forma en que ellos buscaban el control del pensamiento anárquico no era la de declarar que las enseñanzas de los maestros de la iglesia eran infalibles.

Quizás el término más crucial que aparece en la declaración de Trento sea la palabra trastornar. Trento dice que nadie tiene el derecho particular de trastornar las Escrituras. Con ello los reformadores estaban completamente de acuerdo. La interpretación privada jamás significó que los individuos tenían derecho a trastornar las Escrituras. Con el derecho a la interpretación privada viene la sobria responsabilidad de la interpretación exacta. La interpretación privada da licencia para interpretar, pero no para trastornar.

Cuando volvemos la vista al período de la Reforma y vemos la respuesta brutal de la Inquisición y la persecución de aquellos que tradujeron las Escrituras a la lengua vernácula para hacerlas accesibles a los laicos, nos horrorizamos. Nos preguntamos cómo los príncipes de la Iglesia Católica Romana podían ser tan corruptos como para torturar a las personas por leer la Biblia. Nos deja perplejos inclusive el hecho de leer tales cosas. Sin embargo, lo que con frecuencia pasamos por alto en este reflejo histórico es que había muchas personas bien intencionadas que se hallaban involucradas en aquello. Roma estaba convencida de que, si se ponía la Biblia en las manos de un laico sin preparación y se le permitía interpretar el Libro, surgirían distorsiones grotescas que llevarían a las ovejas a la deriva, probablemente al tormento eterno. Por tanto, para proteger a las ovejas de embarcarse en un curso de autodestrucción segura, la iglesia recurrió al castigo corporal, aun al punto de la ejecución.

Lutero estaba enterado de los peligros de tal movimiento, pero estaba convencido de la claridad de la Escritura. Por lo tanto, aunque los peligros de la distorsión

fuesen grandes, él pensó que el beneficio de exponer a las multitudes a un mensaje básicamente claro del evangelio podría aportar más a la salvación eterna que a la ruina eterna. Él estaba inclinado a asumir el riesgo de girar la válvula que podría abrir la "compuerta de iniquidad".

La interpretación privada dio acceso a la Biblia a los laicos, pero no terminó con el principio del clero educado. Retrocediendo a los días bíblicos, los reformadores reconocieron que en la práctica y las enseñanzas del Antiguo y del Nuevo Testamento había un lugar significativo para el rabí, el escriba, y el ministerio de la enseñanza. El hecho de que los maestros deberían ser conocedores de lenguas, costumbres, historia, y análisis literario antiguos, es aún un factor importante en la iglesia cristiana. La doctrina famosa de Lutero acerca del "sacerdocio de todos los creyentes" ha sido con frecuencia mal interpretada. No significa que no haya distinción entre el clero y el laicado. La doctrina simplemente afirma que cada individuo cristiano tiene un papel que desempeñar y una función que mantener en el ministerio total de la iglesia. Todos, en cierto sentido, somos llamados a ser "Cristo para nuestro prójimo". Pero esto no significa que la iglesia no tenga supervisores o maestros.

Mucha gente ha llegado a desencantarse con la iglesia organizada en nuestra cultura actual. Algunos se han ido en dirección a la anarquía eclesiástica. De la revolución cultural de los años 1960 con el advenimiento del movimiento de Jesús y la iglesia subterránea vino el clamor de la juventud: "No necesito acudir a ningún pastor; no creo en una iglesia organizada o un gobierno estructurado del cuerpo de Cristo". En manos de estas personas el principio de la interpretación privada podría ser una licencia para el subjetivismo radical.

Objetividad y subjetividad

El gran peligro de la interpretación privada es el peligro claro y presente del subjetivismo en la interpretación bíblica. El peligro está más extendido de lo que aparenta a

primera vista. Yo lo veo manifestado muy sutilmente en el curso de la discusión y debate teológico.

Recientemente participé en un jurado con eruditos de la Biblia. Discutimos los pros y contras de cierto pasaje en el Nuevo Testamento cuyo significado y aplicación eran debatibles. Uno de los eruditos del Nuevo Testamento, en su declaración de apertura dijo: "Yo pienso que deberíamos ser abiertos y honestos en cuanto a la manera de abordar el Nuevo Testamento. En el análisis final leemos lo que queremos leer, y eso está bien". Yo no podía creer lo que oía. Quedé tan aturdido, que no lo contradije. Mi estado de shock se mezclaba con una sensación de inutilidad ante la posibilidad de un intercambio significativo de ideas. Es raro que un erudito exponga sus prejuicios tan abiertamente y en público. Todos podemos luchar contra la tendencia pecaminosa de leer en la Escritura lo que quisiéramos encontrar, pero espero que no lo hagamos siempre. Confío en que haya medios disponibles para que controlemos esa tendencia.

Esta fácil aceptación del espíritu subjetivista en la interpretación bíblica prevalece igualmente a nivel popular. En muchas ocasiones, después de discutir el significado de cierto pasaje, la gente contradice mis declaraciones simplemente diciéndome: " Esa es su opinión". ¿Qué puede significar tal comentario? Primero, es perfectamente obvio a todos los presentes que una interpretación que yo ofrezca como mía propia es mi opinión. Yo soy el que acaba de dar la opinión. Pero no creo que eso sea lo que la persona tiene en mente.

Un segundo significado es el de un rechazo implícito, que señala culpa por falacia de asociación. Señalando que la opinión ofrecida es mía, la persona siente quizás que eso es todo lo necesario para refutarla, ya que todos conocen la conjetura tácita: cualquier opinión que salga de la boca de R. C. Sproul debe ser errónea porque él jamás ha tenido, y nunca podría tener, la razón. Por hostiles que sean las personas en cuanto a mis opiniones, dudo que eso sea lo que intentan decir cuando afirman: "Esa es su opinión".

Creo que una tercera alternativa es la que casi todos intentan decir: "Esa es tu interpretación y está bien para ti. No estoy de acuerdo, pero mi interpretación es igualmente válida. Aunque nuestras interpretaciones se contradigan, las dos pueden ser verdad. Lo que tú quieras es verdad para ti y lo que yo quiera es verdad para mí". Esto es subjetivismo.

Subjetivismo y subjetividad no son la misma cosa. Decir que la verdad contiene un elemento subjetivo es una cosa; decir que es totalmente subjetiva es otra cosa bastante diferente. Para que la verdad o la mentira tengan algún significado en mi vida me deben implicar en alguna forma. El comentario "Está lloviendo en Georgia" puede ser verdad objetivamente, pero no me afecta. Se me podía convencer de que sí me afecta si, por ejemplo, se pudiera demostrar que junto con la lluvia hubiera un granizo severo que destruyera las cosechas de melocotones en las que invertí mi dinero. Entonces es cuando el comentario adquiere una importancia subjetiva para mí. Cuando la verdad de un asunto me toca, ese es un asunto subjetivo. La aplicación de un texto bíblico a mi vida puede traer consigo fuertes alusiones subjetivas. Pero eso no es a lo que nos referimos con subjetivismo. El subjetivismo ocurre cuando trastornamos el significado objetivo de los términos para adaptarlo a nuestros propios intereses. El decir "Está lloviendo en Georgia" puede no tener ninguna importancia en mi vida si estoy en Pennsylvania, pero las palabras siguen siendo significativas. Es importante para las personas que viven en Georgia, así como para las plantas y los animales.

El subjetivismo ocurre cuando la verdad de una declaración no se extiende meramente ni se aplica al sujeto sino cuando se determina absolutamente por dicho sujeto. Si debemos evitar la distorsión de la Escritura, deberemos evitar el subjetivismo desde el principio.

Al buscar un entendimiento objetivo de la Escritura no estamos reduciendo esta a algo frío, abstracto, y sin vida. Lo que estamos haciendo es tratar de entender lo que la Palabra dice en su contexto antes de llegar a la tarea igualmente

necesaria de aplicárnosla. Un comentario en particular puede tener numerosas y posibles aplicaciones personales, pero solamente puede tener un significado correcto. Las interpretaciones opcionales que se contradigan y sean obviamente exclusivas no pueden ser verdad a no ser que Dios esté mintiendo. Más adelante trataremos detenidamente este asunto de la contradicción y el significado singular de algunas declaraciones bíblicas. Por ahora, sin embargo, nos interesa fijarnos metas de sólida interpretación bíblica. La primera de estas metas es llegar al significado objetivo de la Escritura y evitar las trampas de la distorsión causadas por permitir que las interpretaciones sean gobernadas por el subjetivismo.

Los eruditos de la Biblia hacen una diferencia necesaria entre lo que ellos llaman la *exégesis* y *eiségesis*. *Exegésis* significa explicar lo que la Escritura dice. La palabra viene del griego y significa "guiar fuera de". La clave de la exégesis se encuentra en el prefijo "ex" el cual significa "de" o "fuera de". Hacer exégesis de la Escritura es extraerle a las palabras su significado, ni más ni menos. Por otra parte, *eiségesis* tiene la misma raíz pero el prefijo es diferente. El prefijo "eis" también viene del griego y significa "adentro". Por lo tanto *eiségesis* implica leer dentro de un texto algo que no está allí. La exégesis es una empresa objetiva. La eiségesis implica un ejercicio de subjetivismo.

Todos tenemos que luchar con el problema del subjetivismo. La Biblia frecuentemente dice cosas que no queremos oír. Podemos ponernos tapones en los oídos y vendas en los ojos. Es más fácil y mucho menos doloroso criticar la Biblia que permitir que la Biblia nos critique a nosotros. Con razón Jesús frecuentemente concluía sus palabras diciendo: "El que tiene oídos para oír, oiga" (*v.g.*, Lc. 8:8; 14:35).

El subjetivismo no solamente produce error y distorsión sino que también engendra arrogancia. Creer lo que creo simplemente porque lo creo o discutir que mi opinión es la correcta meramente por ser mi opinión es el epítome de la

arrogancia. Si mis puntos de vista no pueden pasar la prueba del análisis objetivo y de la verificación, la humildad me exige que los abandone. Pero el subjetivista tiene la arrogancia de mantener su posición sin base ni corroboración objetiva. El decirle a alguien: "Si te gusta creer lo que quieres creer, está bien; yo creeré lo que quiera creer", aparenta ser humilde sólo en la superficie.

Los puntos de vista privados deben ser evaluados a la luz de la evidencia y la opinión externa, porque llegamos a la Biblia con exceso de equipaje. Nadie sobre la faz de esta tierra tiene un entendimiento puro de la Escritura. Todos tenemos algunos puntos de vista y mantenemos algunas ideas que no son de Dios. Tal vez si supiéramos exactamente cuáles de nuestros puntos de vista son contrarios a las ideas de Dios, los abandonaríamos. Pero el seleccionarlos es muy difícil. Por tanto, nuestros puntos de vista necesitan la tabla de armonía y el acero templado de la investigación y la experiencia de otras personas.

El papel del maestro

En las iglesias reformadas del siglo XVI se hizo una distinción entre dos clases de ancianos: ancianos que enseñaban y ancianos que gobernaban. Los ancianos que gobernaban eran llamados a administrar los asuntos de la congregación. Los maestros o pastores eran responsables primordialmente de la enseñanza y de equipar a los santos para el ministerio.

La última década ha sido una época extraordinaria de renovación de la iglesia en muchos lugares. Las organizaciones paraministeriales, tales como la Fe en Acción, han hecho mucho por restaurar el significado del laicado para la iglesia local. Las conferencias para la renovación de los laicos son ya comunes. El énfasis ya no recae tanto sobre los grandes predicadores sino en los grandes programas para y por laicos. Esta es la era no del gran predicador sino de la gran congregación.

Uno de los efectos más significativos del movimiento de renovación de laicos ha sido la práctica de grupos de estudio de la Biblia en los hogares. Aquí, en una atmósfera de convivio e informalidad, la gente que de otra manera no estaría interesada en la Biblia ha dado grandes pasos en su aprendizaje. La clave de la dinámica del grupo reducido recae básicamente sobre el laico. Los laicos se enseñan unos a otros o combinan sus propias ideas en estos estudios bíblicos. Estos grupos han tenido un éxito considerable en renovar la iglesia. Y será aun más así a medida que las personas adquieran más y más habilidad en el entendimiento e interpretación de la Biblia. Es formidable que las personas empiecen a abrir la Biblia y a estudiarla juntas. Pero también es algo excesivamente peligroso. El aunar los conocimientos edifica la iglesia; el aunar la ignorancia es destructivo y puede manifestar el problema del tuerto guiando a los ciegos.

Aunque los grupos reducidos y los estudios bíblicos en los hogares pueden resultar muy efectivos para promover la renovación de la iglesia y la transformación de la sociedad, tarde o temprano las personas deberán recibir una enseñanza educada. Estoy convencido de que ahora, al igual que siempre, la iglesia necesita un clero culto. El estudio privado y la interpretación deben estar en equilibrio a través de la sabiduría colectiva de los maestros. Por favor no me interpreten mal. No estoy diciendo que la iglesia deba regresar a la situación de la pre-Reforma, cuando el clero tenía la Biblia en cautiverio. Me regocijo de que las personas estén empezando a estudiar la Biblia por sí mismas y de que la sangre de los mártires protestantes no se haya derramado en vano. A lo que me refiero es a que es sabio que los laicos involucrados en el estudio de la Biblia lo hagan bajo la autoridad de sus pastores o profesores. Es Cristo mismo quien se lo ha ordenado a su iglesia para así dar a algunos el don de la enseñanza. Ese don y ese puesto deben ser respetados si Cristo va a ser honrado por los siglos.

Es importante que los maestros tengan una preparación adecuada. Es cierto que ocasionalmente aparecen algunos maestros que, aunque sin instrucción ni entrenamiento, poseen no obstante una extraña visión intuitiva acerca de la Escritura. Pero estos se encuentran muy de tarde en tarde. Más bien, el problema es de individuos que se autodenominan maestros y que simplemente no están calificados para enseñar. Un buen maestro debe tener una base de conocimiento y la preparación necesaria para desentrañar porciones difíciles de la Escritura. En esto la necesidad del dominio del lenguaje, la historia, y teología es de importancia crítica.

Si examinamos la historia del pueblo judío en el Antiguo Testamento, vemos que una de las amenazas más severas y constantes a Israel era la del falso profeta o falso maestro. Con más frecuencia que a manos de los filisteos o asirios, Israel cayó en el poder seductivo del maestro mentiroso.

El Nuevo Testamento da nota del mismo problema en la iglesia primitiva. El falso profeta era como el pastor mercenario que estaba más interesado en sus propios intereses que en el bienestar de sus ovejas. No le importaba engañar a la gente y conducirla al error o a la maldad. No todos los falsos profetas hablan falsedad con fines malévolos; muchos lo hacen por ignorancia. Debemos huir tanto de los maliciosos como de los ignorantes.

Por otra parte, una de las mayores bendiciones para Israel vino cuando Dios mandó profetas y maestros que les enseñaran su propia forma de pensar. Oíd la solemne advertencia que Dios le da a Jeremías:

> *Yo he oído lo que aquellos profetas dijeron, profetizando mentira en mi nombre, diciendo: soñé, soñé, ¿hasta cuándo estará esto en el corazón de los profetas que profetizan mentira, y que profetizan el engaño de su corazón ? ¿No piensan cómo hacen que mi pueblo se olvide de mi nombre con sus sueños que cada uno cuenta a su compañero, al modo que sus padres se*

olvidaron de mi nombre por Baal? El profeta que tuviere un sueño, cuente el sueño; y aquel a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? Dice Jehová ¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra? Por tanto, he aquí que yo estoy contra los profetas que endulzan sus lenguas y dicen: él ha dicho. He aquí, dice Jehová, yo estoy contra los que profetizan sueños mentirosos, y los cuentan, y hacen errar a mi pueblo con sus mentiras y con sus lisonjas, y yo no los envié ni les mandé; y ningún provecho hicieron a este pueblo ", dice Jehová. (Je. 23:25-32)

Con palabras de juicio como estas no es sorprendente que el Nuevo Testamento advierta: "No os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación" (Sg. 3:1). Necesitamos maestros que tengan un conocimiento sólido y corazones que no estén contra la Palabra de Dios.

El estudio privado de la Biblia es un medio importante de gracia para el cristiano. Es un privilegio y un deber para todos nosotros. En su gracia y su bondad hacia nosotros, Dios nos ha provisto no solamente de maestros dotados en su iglesia para asistirnos sino que su propio Espíritu Santo ilumina su Palabra y nos ayuda a encontrar su aplicación a nuestras vidas. A la enseñanza sólida y al estudio diligente, Dios añade bendición.

4

Reglas prácticas para la interpretación bíblica

En este capítulo intentaremos exponer las reglas prácticas necesarias que considero más fundamentales para la interpretación de la Biblia. Estas reglas se apoyan en los principios expuestos en el capítulo anterior.

Regla 1: La Biblia debe leerse como cualquier otro libro

Esta regla es tan importante que encabeza la lista. Es fácil interpretar mal esta regla. Cuando digo que debemos leer la Biblia como leeríamos cualquier otro libro no quiero decir que la Biblia sea como cualquier otro libro en todo sentido. Yo creo que la Biblia es singularmente inspirada e infalible, y esto la coloca en una categoría especial por sí misma. Pero para asuntos de interpretación la Biblia no se reviste de alguna magia especial que cambie sus patrones literarios básicos de interpretación. Esta regla simplemente es la aplicación del principio del *sensus literalis*. En la Biblia un verbo es un verbo y un nombre común es un nombre común, igual que en cualquier otro libro.

Pero si la Biblia ha de ser interpretada como cualquier otro libro, ¿qué decir de la oración? ¿No deberíamos buscar la ayuda de Dios Espíritu Santo para interpretar el Libro?

¿No es prometida la iluminación divina a este libro en una forma que difiere de otros libros?

Cuando formulamos preguntas acerca de la oración y la iluminación divina, entramos a un terreno en el cual la Biblia es definitivamente diferente de otros libros. Para el beneficio espiritual de aplicar las palabras de la Escritura a nuestras vidas, la oración es enormemente útil. Para iluminar el significado espiritual de un texto el Espíritu Santo es esencialmente importante. Pero para discernir la diferencia entre la narración histórica y la metáfora, la oración no es de gran ayuda a no ser que implique una intensa súplica a Dios para que nos dé mentes claras y corazones puros para vencer nuestros prejuicios. La santificación del corazón es vital para que nuestras mentes sean libres a fin de oír lo que la Palabra nos está diciendo. También debemos orar pidiéndole a Dios que nos ayude a vencer nuestra inclinación a la pereza y que nos haga estudiantes diligentes de la Escritura. Pero las llamaradas místicas no suelen ser de mucha ayuda en el trabajo básico de la exégesis. Peor aun es el llamado método espiritual de la "picada de azar".

La "picada de azar" se refiere al método de estudio bíblico por el cual una persona ora pidiendo la guía divina y después hace que su Biblia se abra donde sea. Entonces, con sus ojos cerrados, la persona "pica" con su dedo en la página y recibe la respuesta de Dios donde sea que el dedo apunte. Recuerdo a una muchacha cristiana que vino a mí en un estado de éxtasis durante su último año en la universidad. Ella experimentaba las angustias del "pánico del último año", según se acercaba su graduación sin ninguna perspectiva de matrimonio. Ella había estado pidiéndole a Dios diligentemente un marido y al final recurrió a la picada de azar para encontrar una respuesta de Dios. Con este método su dedo se posó en Zacarías 9:9:

> Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey viene a ti, justo y salvador,

humilde y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna.

Con esta palabra directa de Dios, la muchacha estaba segura de que iba en dirección al altar y que su príncipe venía en camino. Quizás no venía sobre un gran caballo, pero un burro era lo suficientemente parecido.

Esta no es una forma sabia de usar la Biblia. No creo que ni Zacarías ni el Espíritu Santo hayan tenido esto en mente cuando fueron escritas las palabras. Sin embargo, ¡me avergüenzo de decir que aproximadamente una semana después nuestra jovencita empezó a salir con un muchacho con quien se casó pocos meses después! Pienso que esto tenía que ver más con su nueva confianza en sí misma al tratar a los jóvenes, la cual adquirió más por un medio impropio que por la providencia de Dios confirmándole una promesa divina.

Regla 2: Lea la Biblia existencialmente

Menciono esta regla en un espíritu de temor y temblor. Esta regla podría ser muy malentendida, y resultar en más dificultad que ayuda. Antes de definir lo que trato de decir, permítaseme definir claramente lo que no intento decir.

No trato de decir que deberíamos utilizar el método "existencial" moderno de interpretar la Escritura, en el cual las palabras de la Escritura son extraídas de su propio contexto histórico para darles un significado subjetivo. Rudolph Bultmann, por ejemplo, apoya un tipo de hermenéutica existencial por medio de la cual busca lo que denomina la revelación "puntillosa". Aquí la revelación acontece no en el plano de la historia sino en el momento de mi propia decisión personal. Dios me habla en el "*hic et nunc*" (el aquí y ahora). En este acercamiento, lo que realmente sucedió en la historia no es de primordial importancia. Lo que importa es una "teología sin limitación de tiempo". Con frecuencia oímos a eruditos de esta escuela decirnos que realmente ni siquiera importa si Jesús vivió o

no en la historia. Lo que nos importa ahora es el mensaje. Jesús puede "significar" no una persona en la historia sino un símbolo de "liberación".

El problema con este punto de vista es que realmente sí nos importa si Jesús vivió, murió, y resucitó en la historia o no. Como discute Pablo en I Corintios 15, si Cristo no hubiera resucitado, "vana es nuestra fe". Sin una verdadera resurrección histórica, quedamos con un salvador muerto y un evangelio sin poder. Las buenas nuevas terminarían con la muerte y no con la vida. De ninguna manera, pues, estoy apoyando el método moderno relativista, subjetivista, y antihistórico de interpretación de los existencialistas. Estoy usando el término existencial en un sentido diferente.

Lo que trato de decir es que según leemos la Biblia deberíamos encontrarnos pasional y personalmente envueltos en lo que leemos. Propongo esto no solamente con el propósito de la aplicación personal del texto sino para entendimiento también. Lo que estoy pidiendo es un tipo de comprensión por medio de la cual tratamos de "introducirnos en la piel" de los personajes acerca de los cuales estamos leyendo.

Mucha de la historia bíblica nos llega por medio de declaraciones exageradamente modestas y de asombrosa brevedad. Considérese la siguiente narración:

> *Nadab y Abiu, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová. Entonces dice Moisés a Aarón: Esto es lo que habló Jehová, diciendo: En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado. Y Aarón calló.* (Lv. 10:1-3)

¿Qué está sucediendo aquí? En tres cortos versículos se da cuenta del drama del pecado y la ejecución subsiguiente de los hijos de Aarón. Se dice poco acerca de la reacción de

Aarón. Todo lo que leemos es que Moisés interpretó las razones del juicio de Dios y que Aarón, por lo tanto, guardó silencio. ¿Qué estaba pensando Aarón cuando vio a sus hijos aniquilados? ¿Podemos leer un poco entre líneas? Si él fuese como yo, él estaría pensando: "¿Qué está pasando? Vamos, Dios, te he servido durante tanto tiempo, sacrificando mi vida por ti y eliminas a mis hijos por una travesura infantil. No es justo". Esa sería mi reacción. Pero si reaccionara de tal forma y el Dios santo de Israel me recordara severamente la santidad del altar y la seriedad de la tarea sacerdotal, diciendo: "En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado", yo también me quedaría callado.

Si tratamos de ponernos en la situación de los personajes de la Escritura, podemos llegar a un mejor entendimiento de lo que estamos leyendo. Esta es la práctica de la comprensión: sentir las emociones de los personajes que estamos estudiando. Esta lectura entre líneas podrá no ser considerada como parte de la Escritura misma pero nos ayudará a entender el sabor de lo que está sucediendo.

En el libro *Temor y temblor*, Sören Kierkegaard especula sobre la narración del sacrificio por Abraham de su hijo Isaac. Se pregunta a sí mismo: ¿Por qué se levantó Abraham temprano en la mañana para sacrificar a su hijo? A esta pregunta él da una serie de posibles respuestas basadas en el texto. Cuando ha terminado, el lector siente que ha estado en el monte Moriah y de vuelta con Abraham. Aquí se capta el drama de la narración. Vale decir que tal especulación no añade nada a la interpretación autoritativa de lo que el texto realmente dice, pero nos da un instrumento para entenderlo. He aquí por qué el "leer entre líneas" es una empresa legítima en la predicación.

El tratamiento dramático que Kierkegaard le da a Abraham fue estimulado por la pregunta, ¿Por qué hizo Abraham lo que hizo? Leyendo la Escritura frecuentemente nos confundimos e incluso nos enfadamos por lo que leemos, particularmente cuando leemos algún ejemplo del juicio

severo de Dios. Parece ser que de tiempo en tiempo Dios manda castigos crueles y poco usuales a sus hijos. Muchos de estos problemas pueden aclararse si simplemente nos detenemos y preguntamos calmadamente: ¿Por qué Dios hace esto? o ¿Por qué dice esto la Escritura? Cuando hacemos esto, nos ayudamos a eliminar el prejuicio que por naturaleza tenemos contra Dios.

Cuando me molesto con alguien generalmente me resulta difícil oír lo que está diciendo o entender lo que hace. Cuando estoy enojado tiendo a ver a la persona que es objeto de mi enojo en el peor aspecto posible. Obsérvese cuán frecuentemente hacemos eso con la Escritura. Cada vez que hago una disertación acerca de la elección divina, invariablemente alguien me dice: "¿Quiere usted decir que Dios arbitrariamente nos trata como marionetas?" Me siento ofendido de que alguien pueda llegar a la conclusión de que yo tuviera tal idea de Dios. Yo no lo había dicho, ni mis palabras tenían la intención de implicarlo; sin embargo, la noción de cualquier tipo de soberanía divina parece serle tan repugnante a la gente que la somete al peor juicio posible.

Estamos en presencia de una tendencia humana muy común de la cual todos somos culpables. Tendemos a enfocar las acciones y palabras de otros que nos desagradan a la peor luz posible y a ver nuestros propios defectos desde el mejor ángulo posible. Cuando alguien peca contra mí, respondo como si él fuese todo malicia; cuando yo peco contra él, yo "cometo un error de juicio". Si estamos por naturaleza en enemistad con Dios, tenemos que cuidarnos de esta inclinación cuando nos acercamos a su Palabra.

A la luz de la controversia actual en cuanto al papel de la mujer en la iglesia, el apóstol Pablo se ha llevado una buena paliza. He leído literatura describiendo a Pablo como un chauvinista, un misógino, y un antifeminista. Algunas personas sienten tanta hostilidad hacia Pablo sobre este asunto que salen gotas de veneno de sus plumas y no pueden oír ni una palabra suya. Usando este método existencial de la

comprensión podremos obtener un mejor entendimiento de Pablo el hombre, pero más importante aun, de lo que realmente está diciendo.

Adela Rogers St. John escribe acerca de un personaje ficticio que quería leer las epístolas del Nuevo Testamento por primera vez. Con el fin de experimentar una reacción "virgen" de ellas, quiso que su secretaria mecanografiara cada una de las epístolas, se la dirigieran a él, y se la mandara por correo a su casa. Entonces él leería cada epístola como si hubiese sido escrita para él. Tal es el método de la comprensión.

Regla 3: Las narraciones históricas deben ser interpretadas por el método didáctico

Ya hemos examinado las características básicas de la narración histórica. Antes de poder entender esta regla, debemos dar una definición de la forma didáctica. El término *didáctico* viene de la palabra griega que significa enseñar o instruir. La literatura didáctica es aquella que enseña o explica. Muchos de los escritos de Pablo presentan características didácticas. La relación entre el evangelio y las epístolas ha sido definida con frecuencia simplemente diciendo que los evangelios registran lo que Jesús hizo y las epístolas interpretan su significado. Tal definición es demasiado simplista, toda vez que los evangelios en muchas porciones enseñan e interpretan a la vez que narran. Pero es cierto que el énfasis de los evangelios está en la crónica de eventos, mientras que las epístolas están más interesadas en interpretar el significado de esos eventos en términos de doctrina, exhortación, y aplicación.

Como que las epístolas son ampliamente interpretativas y vienen después de los evangelios en orden de organización, los reformadores mantenían el principio de que las epístolas deberían interpretar a los evangelios y no los evangelios a las epístolas. Esta regla no es absoluta aunque tiene aplicación práctica. Como norma de interpretación resulta confusa para muchos, ya que los

evangelios registran no sólo los actos de Jesús sino también sus enseñanzas. ¿Significa esto que las palabras y enseñanzas de Jesús tienen menos autoridad que las de los apóstoles? Con toda seguridad esa no es la intención del principio. Ni las epístolas ni los evangelios fueron considerados unos con más autoridad que los otros por los reformadores. Más bien de igual autoridad, aunque pueda haber diferencia en materia de interpretación.

A partir de la erosión de confianza en la autoridad bíblica en nuestro día, ha estado de moda poner la autoridad de Jesús contra la autoridad de las epístolas, particularmente las epístolas de Pablo. La gente no parece darse cuenta de que no están enfrentando a Jesús contra Pablo sino a un apóstol, como Mateo o Juan, contra otro. Debemos recordar que Jesús no escribió ninguna parte del Nuevo Testamento, y dependemos del testimonio apostólico para nuestro conocimiento de lo que él hizo y dijo.

No hace mucho tiempo me reuní con un buen amigo de mis días en la universidad. No nos habíamos visto desde hacía casi veinte años, y charlamos para ponernos al corriente. En el curso de nuestra conversación me dijo cómo había cambiado su mentalidad en muchos aspectos. En particular mencionó cómo había cambiado su opinión en cuanto a la naturaleza y autoridad de la Escritura. Dijo que ya no creía que la Biblia fuese inspirada, y citó como razón algunas enseñanzas que se encuentran en ella, especialmente algunas de las enseñanzas de Pablo.

Le pregunté acerca de lo que seguía creyendo y que no había cambiado.

El respondió: "Todavía creo que Jesús es mi Señor y Salvador".

"¿Cómo ejerce Jesús el señorío sobre tu vida?" le pregunté mansamente. Él no entendía bien a lo que yo trataba de llegar hasta que le refiné un poco la pregunta. Le pregunté cómo era que Jesús le transmitía la información que sería parte del contenido de su regla. Le dije: "Jesús dijo, ¡Si me amas, guarda mis mandamientos!" Yo veo que aún lo

amas y quieres serle obediente, pero ¿dónde encuentras sus mandatos? Si Pablo no comunica la voluntad de Cristo con exactitud y si los otros apóstoles están igualmente equivocados, ¿cómo descubres la voluntad de tu Señor?"

Él titubeó un momento y después contestó: "En las decisiones de la iglesia cuando se reúnen en concilio".

No me molesté en preguntarle cuál iglesia y cuál concilio, ya que muchas no están de acuerdo. Meramente le señalé que probablemente ya era hora de hacerle otra visita a la Dieta de Worms. Muchos protestantes se han olvidado de qué protestan y han llegado nuevamente al punto de elevar sus decisiones presentes a la iglesia más que a la autoridad de los apóstoles. Cuando esto sucede, tenemos una cristiandad de cabeza. Si podemos confiar en los escritores del evangelio, probablemente podremos confiar en su exactitud cuando consignan que Jesús llamó a los profetas y a los apóstoles los cimientos de la iglesia. En la mente de mis amigos aquellos cimientos han sido destruidos y se han colocado cimientos nuevos en su lugar: las opiniones contemporáneas de los laicos.

Si Pablo y Pedro y los demás autores del NuevoTestamento recibieron su autoridad como apóstoles del mismo Jesús, ¿cómo podemos criticarlos en su enseñanza y todavía afirmar que seguimos a Cristo? Esta es la misma cuestión que Jesús discutió con los fariseos. Ellos afirmaban orar a Dios mientras que rechazaban al Dios enviado y atestiguado. Afirmaban ser hijos de Abraham mientras que se lamentaban de aquel que causó regocijo a Abraham. Apelaban a la autoridad de Moisés mientras que rechazaban a aquel de quien Moisés escribió.

Ireneo introdujo la cuestión contra los gnósticos de la primera iglesia, quienes atacaron la autoridad de los apóstoles. Él dijo, si no obedecéis a los apóstoles no podéis ser obedientes a Dios, porque, si rechazáis a los apóstoles, rechazáis a aquel que los envió (Jesús); y, si rechazáis a aquel que envió a los apóstoles, rechazáis a aquel que lo envió (Dios Padre). Aquí, contra los gnósticos, Ireneo

meramente llevó el argumento de Jesús con los fariseos un paso más allá.

Así pues, el principio de la interpretación de la narración por el método didáctico no está concebido para poner a un apóstol contra otro o a un apóstol contra Cristo. Es meramente para reconocer una de las tareas principales del apóstol: enseñar e interpretar la mente de Cristo para su rebaño.

Una de las principales razones por las que esta regla es importante es la de evitar el derivar demasiadas inferencias de los relatos acerca de lo que la gente hace. Por ejemplo: ¿Podemos realmente componer un manual de comportamiento cristiano puramente a base del análisis de cómo Jesús actuó? Con frecuencia cuando un cristiano se enfrenta a una situación problemática, se le dice que se pregunte a sí mismo: " ¿Qué haría Jesús en esta situación?" Esta no es siempre una pregunta sabia. Una pregunta mejor sería: "¿Qué querría Jesús que yo hiciera en esta situación?"

¿Por qué es peligroso simplemente tratar de modelar nuestras vidas de acuerdo con lo que Jesús hizo? Si tratamos de modelar nuestras vidas precisamente de acuerdo con el ejemplo de Jesús, podremos tener varias clases de problemas. En primer lugar nuestros deberes como hijos de Dios obedientes no son exactamente los mismos que la misión de Jesús. Yo no fui enviado al mundo para salvar a los hombres de sus pecados. Jamás podré hablar con una absoluta autoridad de cualquier tema como lo hizo Jesús. No puedo ir a la iglesia con un látigo y echar a los laicos corruptos. No soy el Señor de la iglesia.

Segundo, y quizás no tan obvio, Jesús vivió bajo un período diferente de la historia redentora del que vivo yo. A Él se le exigió el cumplir todas las leyes del Antiguo Pacto incluyendo las leyes de dieta y ceremonia. Jesús estaba siendo perfectamente obediente al Padre cuando fue circuncidado como un rito religioso. Si yo fuese circuncidado, no por razones de salud e higiene sino como un rito formal religioso, estaría con ese rito, repudiando la

obra final de Cristo y retrocediendo a la maldición de la Ley del Antiguo Testamento. En otras palabras, podríamos ser culpables de un serio pecado si tratáramos de imitar exactamente a Jesús. He aquí donde las epístolas son tan importantes. Nos llaman, cierto, a imitar a Cristo en muchos aspectos; pero nos ayudan a determinar cuáles son esos puntos y cuáles no.

Un tercer problema con imitar la vida de Jesús se presenta al hacer el cambio sutil de lo que es permitido a lo que es obligatorio. Por ejemplo, conozco personas que sostienen que es deber del cristiano efectuar visitas de misericordia en el día de descanso. El razonamiento es que Jesús lo hizo en el día sabático, y por lo tanto nosotros también debemos hacerlo así.

La sutilidad aquí está en lo siguiente: que Jesús hiciera estas cosas en el día del Sabath revela que tales actividades no violan el día de descanso y son buenas. Pero Jesús en ningún momento nos restringe a hacerlas en el día de descanso exclusivamente. Su ejemplo nos enseña que se puede hacer, pero no necesariamente que tienen que hacerse en ese día. Nos manda visitar a los enfermos, pero en ningún lugar estipula cuándo deben efectuarse esas visitas. El hecho de que Jesús no contrajo matrimonio demuestra que el celibato es bueno; pero su celibato no nos exige repudiar el matrimonio, como dejaron bien sentado las epístolas.

Hay otro problema serio al tratar de derivar demasiadas inferencias de las narraciones. La Biblia registra no solamente las virtudes de los santos sino también sus vicios. Los retratos de los santos se pintan con verrugas y todo. Deberemos tener cuidado de no imitar las "verrugosidades". En verdad, cuando leemos acerca de las actividades de David o Pablo podemos aprender mucho ya que estas son actividades de hombres que han alcanzado un alto grado de santificación. Pero ¿deberíamos imitar el adulterio de David o la desonestidad de Jacob? ¡Dios no lo permita!

Aparte de conjeturar en materia de carácter y ética en las narraciones, existe también el problema de extraer doctrina.

Por ejemplo, en la narración de Abraham ofreciendo a Isaac sobre el monte Moriah, Abraham es detenido en el último instante por el ángel de Dios, quien le dice: "¡Abraham, Abraham! No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada, porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehúsas tu hijo, tu único" (Gn. 22:11-12). Nótense las palabras: "ya conozco". ¿No sabía Dios de antemano lo que Abraham haría? ¿Se sentó en el cielo en un estado de ansiedad divina esperando el resultado del juicio de Abraham? ¿Caminó de un lado para otro por las moradas celestiales pidiendo boletines a sus ángeles en cuanto al progreso del drama? Por supuesto que no. Las porciones didácticas de la Escritura evitan estas inferencias. Pero, si establecemos nuestra doctrina de Dios puramente de narraciones tales como esta, tendríamos que concluir que nuestro Dios está siempre aprendiendo y nunca llegando a un conocimiento de la verdad.

El construir doctrina de narraciones solamente es un asunto peligroso. Me entristece decir que parece existir una fuerte tendencia hacia ello en la teología popular evangélica de nuestro día. Todos debemos ser cuidadosos y resistir esta tendencia

El problema del lenguaje fenomenológico en la narración histórica. La Biblia está escrita en el lenguaje humano. Es el único tipo de lenguaje que podemos entender porque somos humanos. Las limitaciones del lenguaje humano se aplican a la Biblia. De hecho, mucho ha sido escrito en años recientes acerca de este problema. El escepticismo en ocasiones ha llegado al punto de declarar que todo lenguaje humano es inadecuado para expresar la verdad de Dios. Tal escepticismo no se justifica en el mejor de los casos y resulta cínico en el peor. Nuestro lenguaje podrá no ser perfecto, pero es adecuado.

No obstante, estas limitaciones se vuelven aparentes cuando tratamos con lenguaje fenomenológico, especialmente en las narraciones históricas. El lenguaje fenomenológico es aquel que describe las cosas tal y como

aparecen a simple vista. Cuando los escritores de la Biblia describen el universo a su alrededor, lo hacen en términos de apariencias externas y no con miras a la precisión científica y tecnológica.

¿Cuántas acaloradas controversias ha habido sobre si la Biblia enseña o no que la Tierra y no el Sol es el centro del sistema solar? Recuerden a Galileo, quien fue excomulgado porque enseñó la heliocentricidad (el sistema solar centrado en el Sol) contra la geocentricidad (el sistema solar centrado en la Tierra), que la iglesia había aprobado. Esto dio origen a una gran crisis con respecto a la credibilidad de la Escritura. Aun así, en ningún pasaje encontramos una porción didáctica de la Escritura que nos enseñe que la Tierra es el centro del sistema solar. Cierto, en algunas narraciones el Sol se describe como moviéndose a través de los cielos. Este es el efecto que les causaba a las personas en la antigüedad, y este es el aspecto que tiene hoy.

En cierto modo me divierte la mixtura de jerigonza técnica y lenguaje fenomenológico que se utiliza en nuestro mundo moderno de la ciencia. Considérese el informe de cada noche acerca del tiempo. En nuestra ciudad ya no es un informe del tiempo sino un estudio meteorológico. En este estudio me quedo deslumbrado por las gráficas y los mapas y la nomenclatura tecnológica utilizada por el locutor. Oigo hablar de los centros de alta presión y las perturbaciones aeronáuticas. Aprendí en cuanto a la velocidad del viento y la presión barométrica. La predicción para el día siguiente se da en términos de cocientes de probabilidad de precipitación. Entonces, al final del estudio, el hombre dice: "Mañana saldrá el sol a las 6:45 A.M." Me quedo maravillado. ¿Debería yo llamar por teléfono a la estación y protestar contra esta evidente conspiración por reconstruir la geocentricidad?

¿Protestaré contra el fraude y los errores del informe porque el locutor habla acerca de la salida a del sol? ¿Qué está sucediendo aquí? Cuando todavía hablamos del sol que se pone y el sol que sale, estamos hablando de apariencias y

nadie nos llama mentirosos. ¿Puede usted imaginarse leyendo porciones de la narración de II Crónicas que contienen descripciones del mundo exterior en términos de presión barométrica y porcentajes de probabilidad de precipitación? Si leemos las narraciones de la Biblia como si se tratase de libros de texto científicos, estamos en un grave problema.

Esto no es afirmar que no hay porciones didácticas de la Escritura que lleguen a bordear abundantemente con lo científico. Ciertamente las hay, y en las mismas nos vemos a menudo en verdaderos conflictos en materias de psicología y teorías biológicas de la naturaleza y el origen del hombre. Pero muchos otros conflictos jamás surgirían si reconociéramos el carácter y el lenguaje fenomenológico de las narraciones.

Regla 4: Lo implícito ha de interpretarse por lo explícito

En materia de lenguaje distinguimos entre lo implícito y lo explícito. Con frecuencia la diferencia es cuestión de grado y la distinción se hace imprecisa. Pero generalmente podemos determinar la diferencia entre lo que realmente se dice y lo que queda sin decirse, aunque implícito. Estoy convencido de que si esta particular regla se siguiera concienzudamente por las comunidades cristianas, la vasta mayoría de las diferencias doctrinales que nos dividen se resolvería. Es en este punto de confusión entre lo implícito y lo explícito que es fácil caer en el descuido.

He leído numerosas referencias en cuanto a que los seres angelicales carecen de sexo. ¿En qué parte de la Biblia dice que los ángeles no tienen sexo? El pasaje que siempre se utiliza para apoyar esta contención es Marcos 12:25. Aquí Jesús dice que en el cielo ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que seremos como los ángeles. Esto implica que los ángeles no se casan, pero ¿implica también que no tienen sexo? ¿Significa esto que careceremos de sexo en el cielo? Pudiera ser como cuestión de hecho que los ángeles no tienen sexo y que esa sea la razón por la que no se

casan; pero la Biblia no lo dice. ¿No sería posible creer que los ángeles no se casan por otros motivos que no sean el de no tener sexo? La deducción de la sexualidad angelical es una posible inferencia del texto, pero no es una inferencia necesaria. Hay mucho en la enseñanza bíblica de la naturaleza del hombre como masculina y femenina que sugiere enfáticamente que nuestra sexualidad será redimida pero no aniquilada.

Otro ejemplo del tratamiento descuidado de las implicaciones se puede observar en la naturaleza del cuerpo de resurrección de Jesús. Aquí también he visto yo descripciones del cuerpo glorificado de Jesús como la de ser un cuerpo con la capacidad de pasar sin impedimento a través de objetos sólidos. El fundamento bíblico de esta aseveración se encuentra en Juan 20:19: "Cuando llegó la noche de aquel mismo *día*, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por medio de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: "Paz a vosotros". Lea cuidadosamente las palabras del texto. ¿Dice que Jesús "perdió su forma material" y flotó a través de la puerta? No; dice que las puertas estaban cerradas y que Jesús entró y se puso en medio de ellos. ¿Por qué menciona el autor que las puertas estaban cerradas? Posiblemente para indicar la forma sorprendente en que Jesús apareció. O, quizás meramente para acentuar lo que realmente dice, que los discípulos tenían miedo de los judíos. ¿Es posible que Jesús haya venido a sus atemorizados discípulos, quienes se encontraban amontonados tras las puertas cerradas, abriera la puerta, entrara, y empezara a hablarles? En esto también, quizás Jesús de hecho penetró a través de la puerta, pero el texto no dice eso. El construir una visión del cuerpo resucitado de Jesús sobre la base de este texto involucra una especulación sin fundamento y una exégesis descuidada.

Es obvio que se pueden implicar muchas cosas basadas en una lectura. Esto es tan fácil de hacer que el erudito más cuidadoso puede caer en ello. Una de las declaraciones

confesionales más precisas que se hayan escrito es la Confesión de Fe de Westminster. El cuidado y la cautela desplegados por los clérigos de Westminster en el bosquejo del documento fueron extraordinarios. No obstante, en el documento original hay un ejemplo notorio de extender demasiado una implicación. La Confesión dice que no debemos orar por personas que hayan cometido pecado de muerte, y cita I Juan 5:16. El texto dice: "Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida".

En este texto Juan exhorta a los lectores a orar por los hermanos cuyos pecados no sean de muerte. No prohibe orar por aquellos que hayan cometido pecado de muerte. El dice: "... por el cual yo no digo que se pida". Esto no es lo mismo que decir: "Por el cual yo digo que no se pida". La afirmación anterior es meramente la ausencia del mandato; la posterior es una prohibición positiva. Por tanto, si eruditos entrenados reunidos en solemne asamblea en un esfuerzo conjunto de exégesis pueden pasar por alto un punto sutil como este, ¿cuánto más cuidadosos no deberemos ser nosotros cuando tratemos con el texto a solas?

No solamente tenemos problemas cuando extraemos demasiadas implicaciones de un texto, sino que también nos enfrentamos al problema de cuadrar las implicaciones con lo que explícitamente se enseña. Cuando se deriva una implicación que se contradice con lo que está explícitamente afirmado, tal implicación deberá ser rechazada.

En el debate perenne entre calvinistas y arminianos las cuestiones van y vienen entre unos y otros. Sin tratar de enfrascarnos en una discusión completa acerca de estos temas, permítaseme ilustrar el punto de lo explícito y lo implícito con un problema recurrente. Con respecto a la cuestión de la habilidad moral del hombre caído para

volverse a Cristo sin la ayuda del poder del Espíritu Santo, muchos alegan que está dentro del poder natural del hombre el inclinarse hacia Cristo. Innumerables pasajes, tales como "para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna" (Juan 3: 15), se mencionan en el debate. Si la Biblia dice: "todo aquel que cree", ¿no implica esto que cual quiera puede creer y responder a Cristo por sí mismo? ¿No implica "todo aquel" una habilidad moral universal?

Tales pasajes pueden sugerir una implicación de aptitud universal, pero tales implicaciones deben ser rechazadas si están en conflicto con una enseñanza explícita.

Comencemos nuestro análisis de estos pasajes a lo que en realidad se dice explícitamente: "... todo aquel que en él cree, tiene vida eterna". Este versículo nos enseña explícitamente que todos los que se hallan en la categoría de creyentes (A) estarán en la categoría de los que tienen vida eterna (B). Todos los que son A serán B. Pero ¿qué dice acerca de los que creerán, que estarán en la categoría A? No dice absolutamente nada. Nada se menciona acerca de lo que se requiere para creer o acerca de quién creerá y quién no creerá. En otra parte de la Escritura leemos: "Ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre" (Juan 6:65). Este pasaje no dice nada explícito acerca de la habilidad del hombre para venir a Cristo. La frase es una afirmación universalmente negativa con una cláusula exceptiva agregada. Es decir, el pasaje sencillamente afirma que nadie puede (es capaz) de venir a Cristo; la cláusula exceptiva dice, si no le fuere dado del Padre. Este versículo enseña explícitamente que se debe tener lugar un prerrequisito necesario antes de que una persona pueda venir a Cristo. El prerrequisito es que le debe ser "dado del Padre". En verdad, el punto no es el de resolver la controversia entre los calvinistas y los arminianos sino el de demostrar que sobre esta cuestión lo que parece implicaciones no se puede utilizar para cancelar la enseñanza explícita.

También son problemáticas las deducciones extraídas de afirmaciones comparativas. Veamos un pasaje famoso de

I Corintios que ha causado mucho tropiezo. Pablo dice con respecto a las virtudes del celibato y el matrimonio: "De manera que el que da a su *hija* virgen en casamiento hace bien, y el que no la da en casamiento hace mejor" (7:38). ¿Cuántas veces no ha oído usted decir que Pablo se oponía al matrimonio o que él dijo que el matrimonio era malo? ¿Es eso en realidad lo que dice? Claro que no. Él hace una comparación entre lo bueno y lo mejor, no entre lo bueno y lo malo. Si una cosa se dice que es mejor que otra, eso no implica que una sea buena y la otra mala. Hay niveles comparativos de virtud.

El mismo problema de valores comparativos se presentó respecto a la cuestión de hablar en lenguas en los años 1960. Pablo dice: "Él que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica, pero el que profetiza, edifica a la iglesia. Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero *más* que profetizaseis; porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que las interprete para que la iglesia reciba edificación" (I Co. 14:4-5). He oído a ambas partes en un debate sobre este tema torcer el sentido de este pasaje. Los que se oponen a las lenguas han escuchado a Pablo decir aquí que la profecía es buena y las lenguas malas. No entendieron la comparación entre lo bueno y lo mejor. He oído a aquellos a favor de hablar en lenguas expresarse como si esto fuese más importante que la profecía.

Fuertemente relacionada con la regla de interpretar lo implícito y lo explícito está la regla correlativa de interpretar lo oscuro a la luz de lo claro. Si interpretamos lo claro a la luz de lo oscuro, nos desviamos a un tipo de interpretación esotérica inevitablemente sectaria. La regla básica es la regla del cuidado: la lectura cuidadosa de lo que realmente está diciendo el texto nos salvará de mucha confusión y distorsión. No se necesitan grandes conocimientos de lógica, simplemente la sencilla aplicación de sentido común. A veces el acaloramiento de la controversia lleva a la pérdida del sentido común.

Regla 5: Determine cuidadosamente el significado de las Palabras

Sea lo que fuere, la Biblia es un libro que comunica información verbal. Esto significa que está llena de palabras. Los pensamientos se expresan a través de la relación entre estas palabras. Cada palabra en particular contribuye algo a la totalidad del contenido expresado. Cuanto mejor entendamos las palabras utilizadas individualmente en las declaraciones bíblicas, tanto mejor seremos capaces de comprender el mensaje total de la Escritura.

La comunicación exacta y el entendimiento claro son difíciles cuando las palabras se utilizan de manera imprecisa o ambigua. El mal uso de las palabras y los malentendidos van de la mano. Todos hemos experimentado la frustración de tratar de comunicarle algo a alguien y no haber sido capaces de encontrar la combinación correcta de palabras para darnos a entender. También todos hemos experimentado la frustración de ser malentendidos cuando hemos usado las palabras correctamente, pero nuestros oyentes no las han entendido.

Los laicos con frecuencia se quejan de que los teólogos utilizan demasiadas palabras elevadas. El lenguaje técnico resulta a menudo irritante y confuso. Los términos técnicos pueden utilizarse para obtener una comunicación más exacta, pero también con la pretensión de darle importancia a lo que decimos y para impresionar a los demás con nuestra vasta inteligencia. Los eruditos, en cambio, tienden a desarrollar un lenguaje técnico dentro de su esfera con el fin de lograr precisión y no confusión. Nuestro lenguaje diario se usa en una forma tan amplia que nuestras palabras adquieren significados demasiado elásticos para ser útiles en una comunicación precisa.

Podemos ver la ventaja del lenguaje técnico en el campo médico, a pesar de que a veces nos sentimos incómodos con ello. Si me enfermo y le digo al doctor: "No me siento bien",

inmediatamente me pedirá que sea un poco más explícito. Si me hace un examen físico completo y me dice: "Su problema es un trastorno estomacal", voy a querer que *él* sea más específico. Hay todo tipo de trastornos estomacales que van desde una ligera indigestión hasta un cáncer incurable. En la medicina, el ser específico y técnico es lo que salva vidas.

Si queremos ser entendidos, debemos aprender a decir a lo que nos referimos y referirnos a lo que decimos. En una ocasión escuché a un teólogo dar una conferencia acerca de la teología reformada. A la mitad de su charla un estudiante alzó su mano y le dijo: "Señor, ¿Debemos suponer según lo escuchamos hablar que es usted calvinista?" El erudito respondió: "Sí, por supuesto que lo soy" y prosiguió con la conferencia. Unos momentos después se detuvo a la mitad de una frase con una repentina mirada de entendimiento en sus ojos y enfocó su atención en el estudiante que le había formulado la pregunta. Dijo: "¿Qué piensas tú que es un calvinista?" El estudiante contestó: "Un calvinista es alguien que cree que Dios trae a su reino a algunas personas pataleando y gritando contra su voluntad, a la vez que otras quieren entrar desesperadamente". A esto la boca del conferencista cayó abierta por la sorpresa y dijo: "Pues en ese caso, por favor no me consideres calvinista". Si el profesor no le hubiera preguntado al estudiante lo que él entendía con aquel término, el hombre hubiera comunicado algo radicalmente diferente a lo que era su intención debido al gran malentendido del estudiante por las palabras que empleó. Cosas como esta pueden suceder, y de hecho suceden cuando estudiamos la Biblia.

Probablemente el más grande avance en el conocimiento bíblico que hemos visto en el siglo XX ha sido en el área de la lexicografía. O sea, que hemos incrementado notoriamente nuestro entendimiento del significado de las palabras contenidas en la Biblia. Yo considero que el instrumento exegético más valioso que tenemos en el presente es el *Diccionario teológico del Nuevo Testamento* por Kittel. Esta serie de estudios de palabras comprende

gruesos volúmenes, cada uno con un costo aproximado de US$25, y como obra de referencia bien vale la pena. Comprende una serie de cuidadosos estudios del significado de las palabras clave encontradas en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, una palabra como *justificar* puede ser examinada en un volumen en particular. La palabra se somete a un análisis exhaustivo en cada texto conocido en que aparece. Su significado se sigue a través del período de Homero y la Grecia clásica, su uso correspondiente en la traducción griega del Antiguo Testamento (la Septuaginta), su uso en los evangelios, en las epístolas, y en la historia de la primera iglesia. Ahora un estudiante de la Biblia, en lugar de buscar una palabra en un diccionario normal donde pudiera encontrar una frase de definición con sus sinónimos correspondientes, puede recurrir al diccionario de Kittel y encontrar cuarenta o cincuenta páginas de explicación y delineación detallada de todos los usos y matices sutiles de la palabra. Podemos averiguar cómo Platón, Eurípides, Lucas, y Pablo usaban una palabra en particular. Esto agudiza grandemente nuestro entendimiento del lenguaje bíblico y también facilita la exactitud de las traducciones modernas de la Biblia.

Normalmente hay dos métodos básicos por medio de los cuales se definen las palabras: por etimología y por uso habitual. Vemos una palabra como *hipopótamo* y nos preguntamos lo que significa. Si supiéramos griego sabríamos que la palabra *hipos* significa "caballo" y la palabra *potamos* significa "río". Por tanto, tenemos *hipopótamo*, o "caballo de río". El estudio de las raíces y los significados originales de las palabras puede ser muy útil para sacarle jugo a un término. Por ejemplo, la palabra hebrea para *gloria* originalmente significaba "pesado" o "de mucho peso". Así, la gloria de Dios tiene que ver con su "ponderosidad" o "significado". No lo tomamos a la "ligera". Pero el definir palabras meramente en términos de su significado original nos puede meter en todo tipo de problemas.

Además de los orígenes y las derivaciones, es extremadamente importante para nosotros estudiar el lenguaje en el contexto de su uso. Esto es necesario porque las palabras sufren cambios en su significado dependiendo de cómo se usen.

Palabras con múltiples significados. Hay gran cantidad de palabras en la Biblia que tienen múltiples significados. Solamente el contexto puede determinar el significado particular en que allí se usa. Por ejemplo, la Biblia habla frecuentemente acerca de la voluntad de Dios. Hay cuando menos seis diferentes formas en que esta palabra es utilizada. En algunas ocasiones la palabra *voluntad* se refiere a los preceptos que Dios ha revelado a sus hijos. O sea, su voluntad es su "mandato del deber prescrito a sus hijos". El término *voluntad* se utiliza para describir "la acción soberana de Dios por medio de la cual Dios permite que acontezca lo que sea su voluntad que suceda". A esto llamamos la voluntad eficaz de Dios porque afecta a lo que él quiere. Luego, hay un sentido de *voluntad* como "aquello que es agradable a Dios, en lo cual él se deleita".

Veamos cómo un pasaje de la Escritura puede ser interpretado a la luz de estos tres diferentes significados de *voluntad*: está Dios "no queriendo que ninguno perezca" (II P. 3:9, VRV). Esto podría significar: (1) Dios ha creado un precepto de que a nadie se le permite perecer; es contra la ley de Dios que nosotros perezcamos; (2) Dios ha decretado soberanamente, y ciertamente mantiene en vigor, que nadie perecerá; o (3) Dios no está complacido ni se deleita en que las personas perezcan. ¿Cuál de estas tres declaraciones cree usted que es la correcta? ¿Por qué? Si examinamos el contexto en que aparecen y seguimos la analogía de la fe tomando en consideración el contexto más largo de toda la Escritura, solamente uno de estos significados tiene sentido, es decir, el tercero.

Mi ejemplo favorito de palabras con múltiples sentidos es la palabra *justificar*. En Romanos 3:28 Pablo dice: "Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin

las obras de la ley". En Santiago 2:24 leemos: "Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe". Si la palabra *justificar* significa lo mismo en ambos casos, tenemos una contradicción irreconciliable entre los dos escritores bíblicos sobre un asunto que concierne a nuestros destinos eternos. Lutero se refirió a la "justificación por la fe" como el tema sobre el cual la iglesia se mantiene firme o cae. El significado de la justificación y la pregunta de cómo se lleva a cabo no es una mera insignificancia. Sin embargo, Pablo dice que es por fe aparte de obras, y Santiago dice que es por obras y no por fe sola. Para complicar más el asunto, Pablo insiste en Romanos 4 en que Abraham es justificado cuando cree en la promesa de Dios antes de ser circuncidado. Tiene a Abraham justificado en Génesis 15. Santiago dice: "¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?" (Sg. 2:21). Santiago no ve a Abraham justificado hasta Génesis 22.

Esta cuestión de la justificación se resuelve fácilmente si examinamos los posibles significados del término *justificar* y los aplicamos a los contextos de los pasajes respectivos. El término *justificar* puede significar (1) restaurar a un estado de reconciliación con Dios a aquellos que se hallan bajo el juicio de su Ley o, (2) demostrar o vindicar.

Jesús dice, por ejemplo: "La sabiduría es justificada por todos sus hijos" (Lc. 7:35 VRV). ¿Qué trata de decir? ¿Trata de decir que la sabiduría restaura la comunión con Dios y salva de su ira? Obviamente no. El significado sencillo de sus palabras es que un acto sabio produce buen fruto. La reclamación de sabiduría es vindicada por el resultado. Una decisión demuestra ser sabia por sus resultados. Jesús habla en términos prácticos, no teológicos, cuando usa la palabra *justificado* de esta manera.

¿Cómo utiliza Pablo la palabra en Romanos 3? Aquí, no hay disputa. Pablo habla claramente acerca de la justificación en el máximo sentido teológico.

¿Y qué de Santiago? Si examinamos el contexto de Santiago podremos ver que está versando con una cuestión diferente a la de Pablo. Santiago dice en el 2:14: "Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?" Santiago pregunta qué clase de fe es necesaria para salvación. Está diciendo que la fe viva lleva consigo obras. Él dice que una fe sin obras es una fe muerta, una fe sin vitalidad. El punto en cuestión es que la gente puede decir que tiene fe viva cuando en realidad no la tiene. La declaración es vindicada o justificada cuando se manifiesta por el fruto de la fe, o sea, las obras. Abraham es justificado o vindicado a nuestros ojos por sus frutos. En cierto modo, nuestra declaración de justificación de Abraham es justificada por sus obras. Los reformadores lo comprendieron así cuando afirmaron que "la justificación es por fe sola, pero la fe no va sola".

Palabras cuyos significados se convierten en conceptos doctrinales. Hay una categoría de palabras que nos puede ocasionar delirios de interpretación. Es el grupo de palabras que ha venido a ser usado para conceptos doctrinales. Por ejemplo, hay la palabra *salvo* y el término correspondiente *salvación*. En el mundo bíblico una persona era "salva" si había experimentado un rescate de alguna clase de peligro o calamidad. Las personas rescatadas de una derrota militar, de una lesión en el cuerpo o enfermedad, de una difamación a la persona o calumnia, han experimentado lo que la Biblia llama "salvación". Sin embargo, la salvación fundamental llega cuando somos rescatados del poder del pecado y la muerte y escapamos a la ira de Dios. Partiendo de esta clase específica de "salvación" hemos desarrollado una doctrina de la salvación. El problema se presenta cuando regresamos al Nuevo Testamento del cual hemos extrapolado una doctrina de salvación y hemos leído en cuanto al sentido máximo de la salvación en su totalidad en cada texto que utiliza el término salvación. Por ejemplo, Pablo dice en una ocasión que las mujeres se "salvarán engendrando hijos" (I Tm. 2:15 VRV). ¿Significa esto que hay dos formas de

obtener la salvación? ¿Necesitan los hombres ser salvados a través de Cristo, pero las mujeres pueden llegar al reino del cielo meramente teniendo hijos? Obviamente, Pablo se refiere a un nivel diferente de salvación cuando utiliza el término con respecto al engendramiento de los hijos.

De nuevo, leemos en I Corintios 7:14: "Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos". Si tomamos en cuenta este pasaje desde la perspectiva de la santificación, ¿a qué conclusión llegaremos? Si la santificación llega tras la justificación y Pablo dice que el cónyuge es santificado, eso sólo puede significar que los cónyuges incrédulos también son justificados. Esto nos llevaría a la teoría por la que se aprovecha el éxito de otra persona para beneficio propio: si no crees en Cristo o no quieres seguirlo pero te preocupa ser excluido del reino si acaso Jesús es el Hijo de Dios, podría protegerte el casarte con un cristiano y tener lo mejor de ambos mundos. Esto significaría que probablemente hay tres caminos hacia la justificación: uno es por medio de la fe en Cristo, otro engendrando hijos, y otro a través del matrimonio con un creyente.

Esta clase de confusión teológica sucedería si interpretáramos la palabra *santificar* bajo su significado doctrinal completo. Pero la Biblia utiliza el término en otras formas. Primordialmente, *santificar* significa simplemente "apartar" o ser "consagrado". Si dos paganos contraen matrimonio y uno se vuelve cristiano, el no creyente asume una relación especial con el cuerpo de Cristo por el bien de los hijos. Eso no significa que son redimidos.

Estos ejemplos deberían bastar para demostrar la importancia de adquirir un conocimiento cuidadoso de las palabras empleadas en la Escritura. Se ha producido un sinnúmero de controversias y han nacido herejías simplemente por no haber advertido la multitud de significados que con frecuencia tienen las palabras.

Regla 6: Note la presencia de paralelismos en la Biblia

Una de las características más fascinantes de la literatura hebrea es su uso de los paralelismos. El paralelismo en las lenguas antiguas del cercano oriente es común y relativamente fácil de reconocer. La habilidad para reconocerlo cuando ocurre ayudará mucho al lector a entender el texto.

La poesía hebrea, como otras formas de poesía, con frecuencia se construye en un compás particular. Sin embargo, con frecuencia el compás se pierde en la traducción. Los paralelismos no se pierden tan fácilmente en la traducción porque involucran, no tanto ritmo, palabras, y vocales como pensamientos. El paralelismo puede definirse como una relación entre dos frases o cláusulas que se corresponden en similitud o se relacionan. Hay tres tipos básicos de paralelismo: sinónimo, antitético y sintético.

El paralelismo sinónimo ocurre cuando diferentes partes de un pasaje presentan el mismo pensamiento en una forma de expresión ligeramente alterada. Por ejemplo:

El testigo falso no quedará sin castigo,
y el que habla mentiras no escapará (Pv. 19:5)

Venid, adoremos y postrémonos;
Arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor. (Sl. 95:6)

El paralelismo antitético ocurre cuando las dos partes se encuentran en contraste la una con la otra. Pueden decir lo mismo pero en forma negativa:

El hijo sabio recibe el consejo del padre;
mas el burlador no escucha las reprensibles. (Pv. 13:1)

0:

La mano negligente empobrece;
mas la mano de los diligentes enriquece. (Pv. 10:4)

El paralelismo sintético es un poco más complejo que

las otras formas. Aquí la primera parte del pasaje crea un sentido de expectación, el cual se completa con la segunda parte. También puede avanzar en un movimiento progresivo "en escalinata", hasta alcanzar una conclusión en la tercera línea:

Porque he aquí tus enemigos, oh Jehová,
porque he aquí perecerán tus enemigos;
serán esparcidos todos los que hacen maldad. (Sl. 92:9)

Aunque Jesús no hablaba en poesía, la influencia de la forma de paralelismo se encuentra en sus palabras.

Al que te pida, dale; y al que
quiera tomar de ti prestado, no se lo
rehuses. (Mt. 5:42)

O:

Pedir, y se os dará;
buscad, y hallaréis;
llamad, y se os abrirá. (Mt. 7:7)

La habilidad para reconocer los paralelismos con frecuencia puede aclarar aparentes dificultades en el entendimiento de un texto. También puede enriquecer grandemente nuestra percepción de fondo de varios pasajes. En la versión de Reina Valera de la Biblia hay un pasaje que ha causado tropiezo a muchos. Isaías 45:6-7 dice:

Yo Jehová, y ninguno más que yo,
que formo la luz y creo las tinieblas,
que hago la paz y creo la adversidad.
Yo Jehová soy el que hago todo esto.

Se me ha preguntado acerca de este versículo en muchas ocasiones. ¿No nos enseña claramente que Dios crea el mal? ¿No convierte esto a Dios en el autor del pecado? La resolución a este pasaje problemático es sencilla si reconocemos la presencia obvia de un paralelismo antitético en Él. En la primera parte

encontramos la luz en contraste con la oscuridad. En la segunda parte, la paz se encuentra en contraste con el mal. ¿Qué es lo opuesto a la paz? La clase de "mal" es aquel mal que se opone, no a la bondad sino a la "paz". En una reciente traducción inglesa, dice: "Causando el bien y creando calamidad". Esta es una versión más exacta de este pensamiento expresado por paralelismo antitético. Lo importante de este pasaje es que finalmente Dios trae la bendición de bienestar y paz a los píos, pero les visita con calamidad cuando actúa con juicio. Esto dista mucho de ser originalmente el creador del mal.

Otro pasaje problemático que exhibe una forma de paralelismo se encuentra en la oración del Señor. Jesús instruye a sus discípulos a orar. "No nos metas en tentación" (Mt. 6:13) Santiago nos advierte: "Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios" (Sg. 1:13). ¿No nos sugiere la oración de Jesús que Dios puede tentarnos, o cuando menos meternos en tentación? ¿Nos está diciendo Jesús que le pidamos a Dios que no nos seduzca ni nos atrape en el pecado? En absoluto.

El problema desaparece rápidamente si examinamos las otras partes del paralelismo. El pasaje dice: "No nos metas en tentación, mas líbranos del mal". Este es un ejemplo del paralelismo sinónimo. Las dos partes dicen virtualmente la misma cosa. El ser metidos en tentación equivale a estar expuestos al ataque furioso del maligno. La "tentación" no es del tipo de la que habla Santiago, la cual comienza con las inclinaciones internas de nuestra propia codicia pero con una ocasión externa de "prueba". Dios sí pone a sus hijos a prueba como lo hizo con Abraham y Jesús en el desierto.

Otro problema con este texto es la traducción de la palabra mal. Este sustantivo está en el género masculino en el griego y su traducción más exacta sería la de "el maligno". Simplemente "mal en general" quedaría en el género neutro. Jesús está diciendo: "Oh Padre, pon un muro a nuestro alrededor, protégenos de Satanás. No permitas que nos atrape. No nos dirijas hacia donde él nos pueda destruir".

Una vez más, la clave inicial para resolver el pasaje se encuentra en el paralelismo.

La apariencia de paralelismo también puede enriquecer nuestro conocimiento de los conceptos bíblicos. Por ejemplo, ¿cómo entendía la mente hebrea la noción de la bienaventuranza? Escuche las palabras clásicas de la bendición hebrea y trate de avistar su intención:

Jehová te bendiga y te guarde;
Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti,
y tenga de ti misericordia;
Jehová alce sobre ti su rostro,
y ponga en ti paz. (Nm. 6: 24-26)

Si examinamos la estructura paralela de la bendición somos enriquecidos no sólo por un conocimiento más profundo de la bienaventuranza sino también por lo que tiene en mente un judío con la medida total de "paz". Nótese que los términos paz, gracia y guardar se utilizan en forma sinónima. *Paz* significa más que la ausencia de guerra. Significa experimentar la gracia de Dios siendo protegido por Él. ¿Qué significa ser *guardado* a personas que viven una vida de carácter peregrino? La historia de los judíos es la historia del exiliado que constantemente se enfrenta a la inestabilidad de la vida. Ser bendecido por la gracia de Dios y experimentar paz se relacionan entre sí.

¿Pero qué es la bienaventuranza? Note que en las dos últimas partes de la bendición la bienaventuranza es por imágenes de contemplación del rostro de Dios: "El Señor haga resplandecer su rostro... [o] alce sobre ti su rostro". Para el judío el grado máximo de bienaventuranza viene de estar tan cerca de Dios como para ver su rostro. Lo que se le prohibió al hombre en el Antiguo Testamento fue contemplar el rostro de Dios. Podía acercarse; Moisés pudo contemplar las espaldas de Dios; podía tener comunicación con Dios; pero su rostro no podía ser visto. Pero la esperanza de Israel -la bendición máxima y final- era la de ver a Dios cara a cara.

Para el cristiano nuestro máximo sentido de gloria se expresa en términos de la visión beatífica, la visión de Dios cara a cara. A la inversa, en las categorías hebreas, la noción de la maldición de Dios se expresa en el lenguaje figurado de Dios dando la espalda; apartando la vista. La cercanía a Dios es bendición; la ausencia de Dios es maldición.

Regla 7: Note la diferencia entre el proverbio y la ley

Un error muy común en la interpretación bíblica y la aplicación es darle a un proverbio el peso y la fuerza de un absoluto moral. Los proverbios son pequeños pareados capciosos diseñados para expresar truísmos prácticos. Reflejan principios de sabiduría para una vida devota No reflejan leyes morales que deban aplicarse a absolutamente toda situación concebible.

Para demostrar el problema de hacerlos absolutos, primeramente permítaseme ilustrarlo con proverbios ingleses. ¿Recuerda aquel famoso dicho, "Mira antes de saltar"? Este dicho está diseñado para enseñarnos algo acerca de la sabiduría de considerar las consecuencias de nuestras acciones. No deberíamos ser impetuosos, lanzándonos antes de saber lo que estamos haciendo. ¿Y qué del dicho, "Quien duda está perdido"? ¿Qué sucedería si estableciéramos que ambos dichos son absolutos? Por otra parte, si vacilamos estamos perdidos. Pero si debemos mirar antes de saltar, deberemos vacilar. La conclusión es: "¡Aquel que vacila en mirar antes de saltar está perdido!"

Lo mismo puede suceder con los proverbios bíblicos. Incluso puede suceder con algunos de los dichos sabios de Jesús. Jesús dice: "El que no es conmigo contra mí es" (Mt. 12: 30). Pero Jesús también dijo: "El que no es contra nosotros, por nosotros es" (Lc. 9:50). ¿Cómo pueden ambos ser ciertos? Todos sabemos que en algunas circunstancias el silencio otorga, y en otras indica hostilidad. En algunos casos la falta de oposición demuestra apoyo, en otros casos la falta de apoyo indica oposición.

En Proverbios 26:4-5 se ilustra claramente cómo los proverbios pueden contradecirse si se toman como absolutos sin ninguna excepción. El versículo 4 dice: "Nunca respondas al necio de acuerdo con su necedad, no seas tú también como él". El versículo 5 dice: "Responde al necio como merece su necedad, para que no se estime sabio en su propia opinión". Por lo tanto, hay veces en que es imprudente responderle a un necio de acuerdo con su insensatez, y hay ocasiones en que es sabio contestarle a un necio con necedad.

Según vamos distinguiendo entre el proverbio y la ley, también debemos distinguir entre los diferentes tipos de leyes. Los dos tipos básicos de ley que encontramos en la Biblia son la ley apodíptica y la ley casuística. La ley apodíctica expresa absolutos y va seguida de una forma directa personal tales como "harás" o "no harás". Encontramos con claridad esta forma de ley en los Diez Mandamientos.

La ley casuística se expresa en la forma "si... entonces" de declaración condicional. Este es el fundamento de la llamada jurisprudencia. La forma casuística nos da una serie de "ejemplos" que actúan como pautas para hacer justicia. Esta forma es similar a nuestro uso y concepto del precedente en el sistema legal americano. Por ejemplo, Éxodo 23:4 instruye: "Si encontrares el buey de tu enemigo o su asno extraviado, vuelve a llevárselo". Nótese que la primera cláusula es casuística y la segunda apodíctica. Aquí se dan instrucciones explícitas en cuanto a devolverle al enemigo su buey o su asno. Pero si me encuentro con la vaca o el camello de mi enemigo descarriándose, ¿tengo que devolverlo? La ley no lo dice. La ley casuística nos da el principio con un ejemplo. Se incluye implícitamente a las vacas, camellos, gallinas, y caballos. Si la Biblia diese una regla explícita para cada eventualidad concebible, necesitaríamos bibliotecas inmensas para contener todos los volúmenes legales necesarios. La jurisprudencia proporciona la ilustración del principio, pero el principio tiene una gama de aplicabilidad obviamente más amplia.

Regla 8: Observe la diferencia entre el espíritu y la letra de la ley

Todos conocemos la reputación de los fariseos en el Nuevo Testamento. Eran muy escrupulosos respecto a guardar la ley en forma literal mientras que burlaban su espíritu constantemente. Existen historias de israelitas que estiraban la regla de no poder viajar grandes distancias en el día sabático, astutamente alargando sus propios "viajes sabatinos". Los rabinos establecieron que el viaje sabatino se limitaría a una distancia determinada midiendo a partir del lugar de residencia de cada uno. Por lo tanto, si un "legalista" quería viajar una distancia mayor a la establecida para el día sabático, durante la semana él o algún amigo viajero depositaría su cepillo de dientes o algún otro artículo personal bajo una roca a diferentes intervalos espaciados. De esta manera los legalistas tenían una residencia técnicamente establecida en cada lugar. Para viajar en el día sabático, todo lo que deberían hacer sería ir de una "residencia" a otra recogiendo sus objetos personales según avanzaban. Así, la letra de la ley era obedecida literalmente, pero el espíritu de la ley era quebrantado.

Había una gran variedad de legalistas en los tiempos del Nuevo Testamento. El primer y más famoso tipo es el que legislaba reglas y órdenes más allá de las que Dios había ordenado. Jesús reprendió a los fariseos por concederle a la tradición de los rabinos la misma autoridad que la Ley de Moisés. El atribuirle autoridad divina a las leyes humanas es el tipo máximo de legalismo que existe. Pero no solamente existe este tipo. El incidente del viaje en el día sabático ilustra el otro tipo de ley más frecuentemente encontrado. El obedecer la letra al mismo tiempo que se viola el espíritu lo convierte a uno técnicamente en justo pero realmente corrupto.

Otra manera en que se tuerce el sentido de la ley es obedeciendo el espíritu de la ley pero desconociendo la letra. La letra y el espíritu se encuentran inseparablemente

ligados. Los legalistas destruyen el espíritu y el antinomiano destruye la letra.

La discusión de Jesús con respecto a la Ley mosaica en el Sermón del Monte ha sido lamentablemente abusada por los intérpretes. Por ejemplo, recientemente leí un artículo en el periódico, escrito por un prominente siquiatra, en el cual criticaba severamente las enseñanzas éticas de Jesús. El siquiatra decía que no podía entender por qué se le tenía en tanta estima a Jesús como un maestro ético siendo que su ética era tan cándida, refiriéndose en particular a las enseñanzas de Jesús en cuanto al crimen y el adulterio. El siquiatra interpretaba los comentarios de Jesús como igualando la severidad del crimen con la del enojo y el adulterio con la lascivia.

Cualquier maestro que piense que la ira es tan mala como el crimen o un pensamiento de lujuria tan malo como el adulterio, tiene un sentido de ética deformado. Prosiguió a demostrar cuánto más devastadores son los efectos del crimen y el adulterio que los de la ira y la lujuria. Si una persona está enfadada con otra, podría resultar perjudicial. Pero si el enojo lleva al crimen, las implicaciones son mucho mayores. La ira no le quita la vida a una persona ni deja a la esposa viuda y a los hijos huérfanos. El crimen sí. Si tengo un pensamiento de lujuria, puedo perjudicar la pureza de mi propia mente, pero no he comprometido a la mujer en un acto de infidelidad hacia su esposo que podría destruir el matrimonio y su hogar. Así el siquiatra prosiguió con su análisis diciendo que tales enseñanzas éticas eran un perjuicio hacia una vida responsable.

A un nivel de pensamiento más popular aparece el mismo malentendido del Sermón del Monte. Hay gente que alega: "Bueno, ya codicié a esa mujer (o a ese hombre). Más me vale seguir adelante y cometer adulterio ya que soy culpable del delito a los ojos de Dios". Esta no es solamente una gran distorsión de lo que Jesús dijo, sino que combina la felonía de la lujuria con la medida total del pecado de adulterio.

Vea lo que Jesús dice al respecto y compruebe si es tan cándido como afirman sus críticos:

> *Oísteis que fue dicho a los antiguos: no matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que le diga: Necio a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego.* (Mt. 5:27-28)

También nótese:

> Oísteis que fue dicho: no cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. (Mt. 5:27-28)

En ninguna parte de estos pasajes dice Jesús que la ira sea tan mala como el crimen o que la lujuria sea tan mala como el adulterio. Lo que sí dice es que si una persona se reprime de matar pero odia a su hermano o le insulta, no ha cumplido con el significado de la ley contra el crimen. El crimen es un pecado, pero también lo son el odio y la calumnia.

La clave de la enseñanza de Jesús es que la Ley tiene una aplicación más amplia que su letra. Si se mata a alguien se viola la letra de la ley; si se odia a alguien se viola el espíritu. Él dice: "Cualquiera que matare será culpable de juicio". Es decir, que lo que Jesús dice es que tanto la ira como el crimen son pecado. No que sean iguales en cuanto a sus resultados perjudiciales ni que sean igualmente horrendos. Ni siquiera dice, como muchos han implicado, que el castigo para ambos sea igual. En verdad, él dice que si se calumnia a una persona llamándole necia, se es lo suficientemente culpable como para ir al infierno. Sin embargo, esto no conlleva la implicación de que todo castigo en el infierno sea igual. Lo que dice es que la calumnia es una ofensa lo suficientemente grande, siendo destructiva para la vida de otra persona, para

merecer el infierno. Jesús subraya la gravedad de todo pecado. Pero ¿es igual el castigo en el infierno para todo pecado? Jesús no nos enseña esto. El Nuevo Testamento nos advierte contra "atesorar para sí mismo ira para el día de la ira" (Ro. 2 5). ¿Cómo puede "atesorarse ira" si el castigo de los pecadores en el infierno es equitativo? Jesús dice que Dios juzgará a los hombres de acuerdo con sus obras. Algunos recibirán pocos azotes y otros muchos (Lc. 12:47-48). El asunto es que todo pecado será castigado, no que todo castigo será el mismo. El principio bíblico de la justicia no establece diferencia entre grados de maldad y grados de castigo.

Con respecto al adulterio, Jesús dice que cuando hay lujuria, una persona ha cometido adulterio en su "corazón". Lo importante es que, aunque la letra de la ley se haya guardado, el espíritu de la ley ha sido quebrantado; el pecado es más que un acto externo. Dios está interesado en nuestro corazón, así como en el acto. Los fariseos se jactaban de su rectitud engañándose a sí mismos al creer que guardaban toda la ley porque guardaban la letra.

Toda la idea de los comentarios de Jesús en cuanto a la Ley se introduce con esta declaración:

> *No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, este será llamado grande en el reino de los cielos.* (Mt. 5:17-19)

Este pasaje nos enseña claramente que a Jesús le interesa que guardemos la letra de la ley. No es importante meramente la letra, sino que la más " pequeña letra" o "trazo" debe ser guardado y obedecido. Pero Jesús va más

allá de la letra y se interesa por el espíritu. Él no pone al espíritu en contra de la letra o sustituye al espíritu por la letra, sino que añade el espíritu a la letra. Aquí está la clave: "Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 5:20). Los fariseos se percataron de la letra; los cristianos deben percatarse de la letra y del espíritu. Jesús pone este prerrequisito para la entrada a su reino. Sus comentarios en cuanto al crimen y el adulterio siguen este precepto y aclaran su principio.

Regla 9: Tenga cuidado con las parábolas

De todas las formas literarias que encontramos en la Escritura, la parábola con frecuencia se considera la más fácil de entender e interpretar. La gente suele disfrutar los sermones basados en parábolas. Como que las parábolas son historias concretas basadas en situaciones normales, parecen más fáciles de tratar que los conceptos abstractos. Sin embargo, desde el punto de vista del erudito del Nuevo Testamento, las parábolas presentan dificultades únicas de interpretación.

¿Qué es tan difícil acerca de las parábolas? ¿Por qué no pueden simplemente ser presentadas e interpretadas? Hay varias respuestas a estas preguntas. Primero, existe el problema de la intención original de la parábola. Es obvio que Jesús era afecto a usar la parábola como medio de enseñanza. Sin embargo, la pregunta enigmática es si utilizaba las parábolas para elucidar sus enseñanzas o para oscurecerlas. El debate se enfoca en las palabras misteriosas de Jesús encontradas en Marcos 4:10-12:

> *Cuando estuvo solo, los que estaban cerca de él con los doce le preguntaron sobre la parábola. Y les dijo: a vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; más a los que están fuera, por parábolas todas las cosas; para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan, y les sean perdonados los pecados.*

Jesús procede a dar una explicación detallada de la parábola del sembrador a sus discípulos. ¿Qué trata de decir con que las parábolas no serán percibidas por aquellos a quienes no les haya sido dado el secreto del reino de Dios? Algunos traductores se han sentido tan ofendidos por este dicho que efectivamente han cambiado las palabras del texto para evitar el problema. Tal manipulación textual no tiene ninguna justificación literaria. Otros ven en estas palabras una alusión al juicio de Dios sobre los corazones endurecidos de Israel y son un eco de la comisión de Dios al profeta Isaías. En la famosa visión de Isaías en el templo (Is. 6:8-13) Dios le dice: "¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?" Isaías se ofreció voluntario diciendo: "¡Heme aquí, envíame a mí!" Dios respondió a las palabras de Isaías diciendo:

Anda, y di a este pueblo:
oíd bien, y no entendáis;
ved por cierto, mas no comprendáis.
Engruesa el corazón de este pueblo,
y agrava sus oídos,
y ciega sus ojos,
para que no vea con sus ojos,
ni oiga con sus oídos,
ni su corazón entienda,
ni se convierta, y haya para él sanidad.

Aquí, el juicio de Dios involucra el darles a las personas "corazones gordos" como un juicio por su pecado. Es un castigo equitativo. La gente no quería escuchar a Dios, así que les quitó su capacidad para oírle.

Jesús frecuentemente utiliza las palabras: "Quien tenga oídos para oír, oiga". La forma en que Jesús utiliza esta frase, enfáticamente sugiere que no todo aquel que "oye" sus palabras está oyéndolas en el sentido especial que Él quiere.

Si Jesús ha de ser tomado en serio con respecto a estas parábolas, debemos reconocer un elemento de

encubrimiento en ellas. Pero esto no significa que el único propósito de una parábola sea el de oscurecer u ocultar el misterio del reino a los impenitentes. Una parábola no es una adivinanza. Fue compuesta para ser entendida, al menos por aquellos que estaban abiertos a su sentido. Asimismo, debe considerarse que los enemigos de Jesús sí tenían algún entendimiento de las parábolas. Por lo menos el suficiente para enfurecerse por ellas.

Al tratar el aspecto del "encubrimiento" de las parábolas, hay que tener en mente un factor muy importante. Las parábolas fueron dadas a personas que vivieron antes de la cruz y la resurrección. En aquel tiempo la gente no tenía el beneficio del Nuevo Testamento completo como fundamento que les ayudara en la interpretación de las parábolas. Gran parte del material parabólico se relaciona con el reino de Dios. Cuando las parábolas fueron dadas había muchas ideas falsas populares en cuanto al significado del reino en las mentes de los que escuchaban a Jesús. Por tanto, las parábolas no siempre eran fáciles de entender. Incluso los discípulos tenían que pedirle a Jesús una interpretación más detallada.

Otro problema con la interpretación de las parábolas se halla en la pregunta acerca de la relación entre la parábola y la alegoría. Cuando Jesús interpreta la parábola del sembrador lo hace en forma alegórica. Esto nos podría llevar a la conclusión de que todas las parábolas tienen un significado alegórico y que cada detalle tiene un significado "espiritual" específico. Si nos acercamos a las parábolas en esta forma, nos estaremos metiendo en problemas. Si tratamos a todas las parábolas como alegorías, en breve descubriremos que las enseñanzas de Jesús se convierten en una masa de confusión. Muchas de las parábolas simplemente no se prestan a una interpretación alegórica. Podrá ser divertido, especialmente en las predicaciones, permitir que nuestra imaginación vague libremente buscando el significado alegórico de los detalles de las parábolas, pero no será muy edificante.

La forma más segura y probablemente la más exacta de tratar las parábolas es la de hallar un punto central básico. Como método práctico, evito la alegoría de las parábolas a excepción de los lugares del Nuevo Testamento donde claramente se indica un significado alegórico. Algunas parábolas tales como el hijo pródigo obviamente tienen más de una intención. Algunas son símiles extensos; otras son historias comparativas; otras tienen una aplicación moral obvia. Inclusive mi regla empírica de "un significado central" no puede ser aplicada rígidamente. Una vez más, la regla básica es la de tener cuidado al tratar con las parábolas. Aquí es donde la consulta de varios comentarios será extremadamente útil y con frecuencia necesaria.

Regla 10: Tenga cuidado con la profecía vatídica

El trato de la profecía vatídica (que predice) tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento es una de las formas de interpretación bíblica que más ha sufrido el abuso. Las interpretaciones abarcan desde el método escéptico naturalista, el cual virtualmente elimina la profecía vatídica, al desorbitado método de ver en cada evento contemporáneo un cumplimiento "claro" de una profecía bíblica.

Los métodos de alta crítica funcionan a veces basados en la suposición de que todo cuanto sugiere predicción del futuro y cumplimiento de las profecías indica una interpolación posterior en el texto. La suposición implícita es que la predicción del futuro con resultados exactos es imposible. Por tanto, cualquier suceso relacionado debe indicar que la predicción fue inscrita o insertada en una fecha posterior a la del "cumplimiento". Esto implica fraude teológico y no debe ser tomado en serio. El problema es el "prejuicio" en el sentido clásico del término; el texto ha sido "prejuzgado" partiendo de suposiciones injustificadas.

Por otra parte, algunos pensadores tradicionalistas insisten en que cada detalle de la profecía bíblica debe llevarse a cabo sin dejar lugar a predicciones simbólicas o que tengan una gama más amplia de significado.

Si examinamos la forma en que el Nuevo Testamento trata la profecía del Antiguo Testamento, descubriremos que en algunos casos se apela al cumplimiento de la letra (tal como el nacimiento del Mesías en Belén) y el cumplimiento de una gama más amplia (como el cumplimiento de la profecía de Malaquías en cuanto al regreso de Elías).

Examinemos la profecía de Malaquías y la forma en que es tratada en el Nuevo Testamento para vislumbrar la complejidad del problema de la profecía. En el último capítulo del Antiguo Testamento leemos lo siguiente:

> *He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición* (Ml. 4: 5-6).

Con esta profecía del regreso de Elías termina el Antiguo Testamento. Después, durante cuatrocientos años no se escucha voz de profecía en la tierra de Israel. Entonces, de repente, Juan el Bautista aparece en escena. La especulación corre imperiosa en cuanto a la identidad. En el Evangelio de Juan leemos que los judíos enviaron una delegación de sacerdotes levitas de Jerusalén para inquirir acerca de la identidad de Juan (Jn. 1:19-28). Primero le preguntaron: "¿Eres tú el Mesías?" Y Juan respondió negativamente. La siguiente pregunta que se le formuló fue: "¿Eres Elías?" La respuesta de Juan fue inequívocamente: "No soy". El problema de la relación de Juan el Bautista con Elías se combina en las palabras de Jesús acerca del asunto en Marcos 9:12,13:

> *Elías a la verdad vendrá primero, y restaurará todas las cosas; ¿y cómo está escrito del Hijo del Hombre, que padezca mucho y sea tenido en nada? Pero os digo que Elías ya vino, y le hicieron todo lo que quisieron, como está escrito en él.*

Una vez más Jesús dice en Mateo 11:13-15: "Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan. Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir".

Por tanto, tenemos a Juan el Bautista diciendo sencillamente que él no es Elías y a Jesús diciendo que sí lo es. Pero nótese cómo Jesús hace la declaración. La limitó precediendo sus palabras con "si queréis recibirlo". Es evidente que Jesús tenía algo un tanto misterioso en mente. Acaso la respuesta a este enigma se encuentre en la anunciación del nacimiento de Juan por el ángel Gabriel: "E irá *delante* de él con el espíritu y el poder de Elías" (Lc. 1: 17).

El enigma puede resolverse señalando que Juan no era realmente la reencarnación ni la reaparición de Elías. Pero en cierto sentido era Elías; vino en el espíritu y poder de Elías. Esto podría explicar el misterioso prólogo de Jesús, así como la negativa de Juan. Sin embargo, el punto significativo es la forma en que Jesús trató la profecía del Antiguo Testamento. Al menos en este caso, Jesús dio libertad para el cumplimiento y no insistió en cuanto a la verdadera identidad de Elías y Juan el Bautista.

De todos los tipos de profecía la apocalíptica es la más difícil de tratar. La literatura apocalíptica se caracteriza por un alto grado de imágenes simbólicas que en ocasiones nos son interpretadas y otras veces quedan sin interpretar. Los tres libros más prominentes que encajan dentro de esta categoría son los de Daniel, Ezequiel y Apocalipsis. Es muy fácil confundirse con los símbolos de Daniel y el drama del Apocalipsis del Nuevo Testamento. Una clave importante para la interpretación de estas imágenes es la de buscar el significado general de tales conceptos en la Biblia misma. Por ejemplo, la mayoría de las imágenes en el libro del Apocalipsis se encuentran en otras partes de la Biblia, particularmente en el Antiguo Testamento.

La interpretación de la profecía puede resultar tan compleja que el proporcionar cualquier fórmula detallada para ese fin traspasa las barreras de este libro. El estudiante de la Escritura haría bien en realizar un estudio especial

acerca de la categoría de esta literatura bíblica. Una vez más, el énfasis general está en ser cuidadoso. Debemos acercarnos a la profecía cuidadosamente, con una actitud sobria. Si lo hacemos, los resultados del estudio de los libros proféticos serán de gran provecho.

Estas reglas prácticas de interpretación no cubren cada problema técnico que encontramos en la Escritura. Son ayudas y guías para nuestro estudio. No ofrecen ninguna forma mágica para el éxito perfecto en el entendimiento de cada texto de la Biblia. Pero sí ofrecen ayuda no solamente para reconocer problemas especiales en la Biblia sino también para resolverlos.

5

La cultura y la Biblia

Cuando Herman Melville escribió su novela *Redburn*, contó la historia de un joven que salió al mar por primera vez. Cuando salió con rumbo a Inglaterra, el padre de Redburn le dio un viejo mapa de la ciudad de Liverpool. Tras el largo viaje Redburn entró en Liverpool confiado en que el mapa de su padre le guiaría a través de la ciudad. Pero el mapa le falló. Se habían efectuado demasiados cambios desde que aquel mapa había sido hecho. Las viejas señales habían desaparecido, las calles habían cambiado de nombre y las viejas residencias ya no existían.

Algunos ven en la historia de Redburn la protesta privada de Melville en cuanto a la deficiencia de las antiguas Escrituras para guiarle a través de la vida. Aquel mismo sentido de protesta que nace de la frustración se halla en muchas personas hoy día.

El condicionamiento cultural y la Biblia

Un tema candente en el mundo cristiano se halla en relación con el sentido y grado en que la Biblia está condicionada por la cultura. ¿Fue escrita la Biblia solamente para los cristianos del primer siglo? ¿O fue escrita para gentes de toda época? Podríamos responder rápidamente en acuerdo con lo segundo, pero ¿podemos decirlo sin reserva?

¿Hay alguna parte de la Escritura que se encuentre limitada a su medio cultural y por ende limitada en su aplicación a su propio medio cultural?

A no ser que afirmemos que la Biblia cayó del cielo en un paracaídas, grabada por una pluma celestial en un lenguaje divino peculiar, singularmente adaptada como un vehículo para la revelación divina, o que la Biblia fue dictada directa e inmediatamente por Dios sin referencia a ninguna costumbre local, estilo, o perspectiva, tendremos que enfrentarnos a la zanja cultural. Es decir, la Biblia refleja la cultura de su época. Entonces la pregunta es: ¿Cómo puede tener autoridad sobre nosotros en esta época?

Una controversia eclesiástica de los años 1960 ilustra el problema de la cultura. En 1967 la Iglesia Presbiteriana Unida en los Estados Unidos adoptó una nueva confesión con la siguiente declaración con respecto a la Biblia:

> *Las Escrituras, dadas bajo la guía del Espíritu Santo, son no obstante palabras de hombre, condicionadas por el hombre, formas de pensamiento, y estilos literarios de los lugares y tiempos en que fueron escritas. Reflejan puntos de vista en cuanto a la vida, historia, y el cosmos que eran entonces actuales. Por tanto, la iglesia tiene la obligación de acercarles a las Escrituras con un entendimiento literario e histórico. Así como Dios ha dado su palabra en diversas situaciones culturales, la iglesia está confiada en que continuará hablando a través de las Escrituras en un mundo cambiante y en toda forma de cultura humana.*

Estas palabras de la Confesión de 1967 engendraron mucho diálogo, debate, y controversia durante la década de los sesenta. El debate estaba centrado no tanto en lo que la Confesión decía como en lo que no decía. Desgraciadamente la Confesión no detallaba lo que implicaba dicha declaración. Quedó mucho campo para extraer implicaciones y deducciones. Tomando en cuenta la declaración meramente en términos de lo que las palabras

dicen explícitamente, ni el ortodoxo B. B. Warfield ni el existencialista Rudolf Bultmann podrían aprobarla. La autoridad que sería vista en la Escritura dependería grandemente de cómo se entendiera la palabra *condicionado* en el credo. Al tiempo del debate muchos conservadores manifestaron gran aflicción al pensar que la Biblia estuviera "condicionada" en cualquier sentido por la cultura antigua. Muchos liberales argüían que la Escritura no era solamente "condicionada" por la cultura sino que estaba "sujeta" a ella.

Además de la cuestión del sentido y grado de "condicionamiento" de la cultura en la Biblia se halla la cuestión del sentido y grado por el cual las Escrituras "reflejan los puntos de vista de la vida, historia, y cosmos" de la antigüedad. ¿Significa *reflejar* que la Biblia enseña como ciertos puntos de vista pasados de moda e incorrectos acerca de la vida, historia, y cosmos? ¿Es esta perspectiva cultural parte de la esencia del mensaje de la Escritura? ¿O significa *reflejar* que podemos leer entre líneas la Escritura notando cosas tales como el lenguaje fenomenal y ver un ambiente cultural en el que se da un mensaje que trasciende las formas de cultura? La manera en que contestemos estas preguntas revela mucho en cuanto a nuestro punto de vista general de la Escritura. Insistiendo la naturaleza de la Escritura nos afecta en su interpretación. Lo principal aquí es esto: ¿Hasta qué punto se encuentra limitada su aplicabilidad y autoridad por el cambio de las estructuras y perspectivas humanas en el texto bíblico?

Como ya hemos visto, para poder producir una exégesis exacta de un texto bíblico y entender lo que fue dicho y lo que se quiso decir, un estudiante debe tratar con cuestiones de lenguaje (griego, hebreo, arameo), estilo, sintaxis, contexto histórico y geográfico, autor, destino, y género literario. Este tipo de análisis es necesario para interpretar cualquier tipo de literatura, incluso la literatura contemporánea.

En pocas palabras, cuanto mejor entienda yo la cultura palestina del primer siglo, tanto más fácil me resultará obtener un entendimiento exacto de lo que se está diciendo. Pero la Biblia fue escrita hace mucho tiempo y en un ambiente cultural bastante diferente al nuestro, y no resulta siempre fácil unir el ancho abismo del tiempo entre el siglo primero y el siglo XX.

El condicionamiento cultural y el lector

El problema se vuelve más agudo cuando me doy cuenta de que no solamente la Biblia está condicionada a su ambiente cultural sino que yo también lo estoy. Con frecuencia me resulta difícil oír y entender lo que dice la Biblia porque le añado muchas suposiciones extrabíblicas. Este probablemente sea el problema más grande de "condicionamiento cultural" al que nos enfrentamos. Ninguno de nosotros escapa totalmente a ser una criatura de nuestra era. Estoy seguro de que sostengo y enseño puntos de vista que nada tienen que ver con el pensamiento cristiano pero son intrusiones en mi mente de mi propio fondo cultural. Si yo supiera cuáles de mis ideas no armonizan con la Escritura trataría de cambiarlas. Pero el seleccionar mis propios puntos de vista no resulta siempre fácil. Todos nosotros somos susceptibles de cometer los mismos errores vez tras vez. Nuestros puntos ciegos se llaman así debido a que no estamos conscientes de ellos.

El problema con los puntos ciegos subjetivos me llegó con un incidente que tuve relacionado con un proyecto para armar un aparato estereofónico. Compré el equipo y le pedí a un amigo, experto en electrónica, que me ayudara a armarlo. A la vez que yo leía las instrucciones, él unía componentes siguiendo más de doscientos pasos. Cuando terminamos, procedimos a conectarlo y nos sentamos a disfrutar de la música. Lo que oíamos parecía de otro mundo. ¡De hecho sonaba más como música de Venus que algo terrenal! La rara discordancia de sonidos era evidencia de que habíamos cometido un error.

Cuidadosamente, volvimos sobre cada paso. Repasamos la gráfica y la lista de verificación con las instrucciones un total de ocho veces. No encontramos ningún error. Al fin, desesperados, decidimos cambiar nuestras funciones. En esta ocasión mi amigo leyó las instrucciones y yo (todo un novato) verifiqué los alambres. Aproximadamente a la altura del paso número 134 encontré el error. Un alambre había quedado soldado a la terminal equivocada. ¿Qué sucedió? Mi amigo el experto cometió un error la primera vez. Cometió el mismo error ocho veces más. Lo más probable es que su perspectiva equivocada le cegó al error una y otra vez.

Esta es la forma en que con frecuencia nos acercamos a la Escritura. Esta es una razón por la cual debemos mitigar nuestro ardor al criticar la Escritura, permitiendo que la Escritura nos critique a nosotros: necesitamos darnos cuenta de que la perspectiva que le damos a la Palabra bien podría ser una distorsión de la verdad.

Estoy convencido de que el problema de la influencia de la mentalidad secular del siglo XX es un obstáculo mucho más tremendo para la interpretación bíblica exacta que el problema del condicionamiento de la cultura antigua. Esta es una de las razones básicas por la cual los reformadores trataban de acercarse a la exégesis en términos del ideal de la *tabula rasa*. Se esperaba que el intérprete se esforzara lo más posible por leer objetivamente el texto a través del método gramático-histórico. A pesar de que las influencias subjetivas siempre presentan un peligro de distorsión, se esperaba que el estudiante de la Biblia utilizara toda salvaguarda posible en la búsqueda del ideal, escuchando el mensaje de la Escritura sin mezclar sus propios prejuicios.

En años recientes nuevas formas de interpretación bíblica compiten por ser reconocidas. Uno de los enfoques más significativos es el "método existencial". El método existencial se ha separado abruptamente del método clásico por medio de una nueva hermenéutica. Bultmann, por ejemplo, no sólo afirma que el planteamiento de la *tabula*

rasa es inalcanzable sino que insiste en que es indeseable. Debido a que la Biblia fue escrita en una era precientífica y es sustancialmente el resultado de una influencia formativa de la situación en que se encontraba la comunidad cristiana primitiva, debe ser modernizada antes de que nos afecte. Bultmann demanda un "entendimiento previo" necesario antes de llegar al texto. Si el hombre moderno espera obtener respuestas válidas a sus preguntas acerca de la Biblia, primeramente deberá venir a la Biblia con las preguntas adecuadas. Esas preguntas solamente pueden venir a través de un entendimiento filosófico adecuado de la existencia humana. Sin embargo, tal entendimiento no debe ser extraído de la Escritura, sino que debe ser formulado antes de acercarse a ella.

Aquí la mentalidad del siglo XX flagrantemente condiciona y constriñe los textos del primer siglo (Bultmann encuentra su propio entendimiento anterior, dentro del mismo sistema de filosofía existencial o fenomenológico de Martín Heidegger.) El resultado neto es un método que avanza inexorablemente hacia una Biblia subjetiva apartada de su propia historia. Aquí el mensaje del primer siglo es tragado y absorbido por la mentalidad del siglo XX.

Aunque los intérpretes de la Biblia pudiesen llegar a un método de exégesis e incluso pudiesen estar de acuerdo con la exégesis misma, aún nos quedan las preguntas en cuanto a la aplicabilidad y la obligación impuesta por el texto. Si estamos de acuerdo en que la Biblia es inspirada por Dios y no meramente el producto de autores precientíficos, aun debemos afrontar las preguntas de su aplicación. ¿Puede aplicarse a nosotros hoy lo que la Biblia le ordena a los cristianos del primer siglo? ¿En qué sentido las Escrituras hoy en día tienen autoridad sobre nuestra conciencia?

El principio y la costumbre

En muchos círculos hoy en día el tema de discusión es el principio y la costumbre. A no ser que concluyamos que toda la Escritura es principio y por tanto obliga a personas de

cualquier edad, o que toda la Escritura es costumbre local sin más aplicación que su contexto histórico inmediato nos veremos forzados a establecer alguna categoría y guías para discernir la diferencia.

Para ilustrar el problema veamos lo que sucede cuando afirmamos que toda la Escritura es principio y nada es un mero reflejo de la costumbre local. Si este es el caso, entonces deberán llevarse a cabo algunos cambios radicales en el evangelismo si vamos a ser obedientes a la Escritura. Jesús dice: "No llevéis bolsa. ni alforja, ni calzado; y a nadie saludéis por el camino" (Lc. 10:4). Si convertimos este texto en un principio transcultural, ¡entonces es hora de que Billy Graham empiece a predicar descalzo! Obviamente, lo principal de este texto no es el establecer un requisito perenne de evangelizar con los pies desnudos.

Sin embargo, otros asuntos no son tan obvios. Por ejemplo, los cristianos siguen divididos con respecto al rito del lavamiento de los pies. ¿Es este un mandato perpetuo para la iglesia de todos los tiempos o una costumbre local que ilustra un principio de servilismo humilde? ¿Permanece el principio y se desvanece la costumbre en una cultura calzada? ¿O permanece la costumbre con el principio sin tomar en cuenta el calzado?

Para ver la complejidad del dilema, examinemos el famoso pasaje de I Corintios 11 en cuanto a cubrirse la cabeza. Una versión en inglés traduce que a la mujer se le exige cubrirse la cabeza con un velo cuando profetiza. Al aplicar este mandato a nuestra cultura nos enfrentamos a cuatro opciones distintas:

1. *Es enteramente costumbre*. Todo el pasaje refleja una costumbre cultural que no tiene aplicabilidad hoy en día. El velo es una costumbre local; la cabeza descubierta refleja un signo de prostitución. El símbolo de la mujer subordinada al hombre es una costumbre judía que está pasada de moda a la luz de la enseñanza general del Nuevo Testamento. Ya que vivimos en una cultura diferente, deja de ser necesario para la mujer el cubrirse la cabeza con un velo; ya no es necesario

que la mujer se cubra la cabeza con ninguna cosa; ya no es necesario que la mujer se someta a un hombre.

2. *Es totalmente principio.* En este caso todo el pasaje se considera como principio culturalmente trascendente. Esto significaría en la práctica que (a) la mujer debe ser sumisa al hombre durante la oración; (b) la mujer debe demostrar siempre esa sumisión cubriéndose la cabeza; (c) la mujer debe cubrirse la cabeza con un velo como el único símbolo apropiado.

3. *Es parcialmente principio / parcialmente costumbre (opción A).* En este acercamiento, una parte del pasaje se considera principio y por lo tanto obliga a todas las generaciones y, otra parte es vista como costumbre que ya no obliga. El principio de la sumisión femenina es transcultural, pero los medios para expresarlo (cubriéndose la cabeza con un velo) es costumbre y puede ser cambiada.

4. *Es parcialmente principio (opción B).* En esta última opción el principio de la sumisión femenina y el acto simbólico de cubrirse la cabeza deben ser perpetuos. El objeto para cubrirse puede variar de una cultura a otra. El velo puede ser reemplazado por una pañoleta o sombrero.

¿Cuál de estas alternativas agradaría más a Dios? Realmente desconozco la respuesta decisiva a esta pregunta. Preguntas como esta suelen ser exageradamente complejas y no se prestan a soluciones simplistas. No obstante, una cosa está clara. Necesitamos alguna clase de guías prácticas que nos ayuden a desenredar estos problemas. Estas preguntas frecuentemente requieren algún tipo de decisión activa y no pueden dejarse a un lado esperando que las futuras generaciones las resuelvan. Las siguientes guías prácticas podrán ayudarnos.

Guías prácticas

1. *Examine la Biblia misma buscando aparentes áreas de costumbre.* Escudriñando cuidadosamente las Escrituras podremos ver que muestran cierta latitud de costumbre. Por ejemplo, los principios divinos de la cultura del Antiguo

Testamento son expuestos en forma modificada en el Nuevo Testamento, vemos que el núcleo común del principio supera la costumbre, cultura y convenio social. Al mismo tiempo, vemos algunos principios del Antiguo Testamento (tales como las leyes dietéticas del Pentateuco) revocados en el Nuevo Testamento. Esto no significa que las leyes dietéticas del Antiguo Testamento eran meramente asuntos de costumbre judía. Pero observamos una diferencia en la situación histórico-redentora en la cual Cristo abroga la ley antigua. Lo que debemos tener cuidado en observar es que ni la idea de traspasar todos los principios del Antiguo al Nuevo Testamento ni la de no guardar ninguno de ellos pueden ser justificadas por la Biblia misma.

¿Qué tipo de costumbres son capaces de adaptación cultural? El lenguaje es un factor obvio de fluidez cultural. Las leyes del Antiguo Testamento pudieron ser traducidas del hebreo al griego. Este asunto nos da cuando menos una pista de la naturaleza variable de la comunicación. Es decir, el lenguaje es un aspecto cultural abierto al cambio; no que el contenido de la Biblia pueda ser alterado lingüísticamente, sino que el evangelio puede ser predicado tanto en español como en griego.

Segundo, vemos que las modas en el vestir en el Antiguo Testamento no quedan perpetuamente fijadas para los hijos de Dios. Los principios de la modestia prevalecen, pero los estilos locales en cuanto a la ropa pueden cambiar. El Antiguo Testamento no establece un uniforme devoto que deba ser usado por los creyentes de todas las épocas. Otras diferencias culturales normales, tales como los sistemas monetarios, están claramente abiertos al cambio. Los cristianos no están obligados a utilizar denarios en vez del dólar u otra moneda.

Estos análisis en cuanto a estilos culturales de expresión pueden ser sencillos con respecto a la moda y el dinero, pero los asuntos de instituciones culturales resultan más difíciles. Por ejemplo, la esclavitud ha sido introducida con frecuencia en las controversias modernas con respecto a la

obediencia civil, así como en debates relacionados con las estructuras de autoridad marital. En el mismo contexto en que Pablo pide a las mujeres que sean sumisas a sus maridos, les pide a los esclavos que sean sumisos a sus patronos. Algunos han alegado que ya que las semillas de la abolición de la esclavitud están sembradas en el Nuevo Testamento, asimismo lo están las semillas de la abolición de la subordinación femenina. De acuerdo con esta línea de razonamiento, ambas representan estructuras institucionales que están culturalmente condicionadas.

Aquí debemos tener cuidado de distinguir entre instituciones que la Biblia meramente reconoce como existentes, tales como "las autoridades que hay" (Ro. 13:1, VRV), y aquellas que la Biblia instituye positivamente, respalda, y ordena. El principio de la sumisión a las estructuras autoritarias existentes (tales como el gobierno romano) no conllevan una implicación necesaria de que Dios apruebe esas estructuras sino que meramente hace un llamado a la humildad y a la obediencia civil. Dios, en su máxima providencia secreta, puede ordenar que haya un César Augusto sin apoyar al César como un modelo de virtud cristiana. Aun así, la institución de las estructuras y los patrones de autoridad del matrimonio se dan en el contexto de institución positiva y respaldo en ambos Testamentos. El situar las estructuras bíblicas del hogar al mismo nivel de la cuestión de la esclavitud es oscurecer las muchas diferencias que existen entre ambos. Es decir, las Escrituras proporcionan una base para el comportamiento cristiano en medio de situaciones opresivas o perversas, así como las estructuras ordenadas que reflejan los buenos designios de la creación.

2. *Considere las distinciones cristianas del primer siglo.* Una cosa es buscar un entendimiento más lúcido del contenido bíblico investigando la situación cultural del primer siglo; otra es interpretar el Nuevo Testamento como si se tratara meramente de un eco de la cultura del primer siglo. Hacer esto sería no dar razón del serio conflicto que

experimentó la iglesia cuando se enfrentó al mundo del primer siglo. Los cristianos no fueron arrojados a los leones por su inclinación a la conformidad.

Algunas formas muy sutiles de relativizar el texto ocurren cuando leemos en él consideraciones culturales que no deberían estar allí. Por ejemplo, con respecto al asunto de cubrirse la cabeza en Corinto, numerosos comentaristas de la epístola señalan que un símbolo local de la prostituta en Corinto era el descubrirse la cabeza. Por tanto, el argumento postula la razón por la que Pablo quería que las mujeres se cubriesen la cabeza: era para evitar una apariencia escandalosa en la mujer cristiana con una semejanza externa a la de las prostitutas.

¿Qué sucede con este tipo de especulación? Aquí el problema básico es que nuestro conocimiento reconstruido en cuanto al Corinto del primer siglo nos ha llevado a suministrarle a Pablo una razón fundamental ajena a la que él da. En otras palabras, no solamente estamos poniendo palabras en la boca del apóstol sino además ignorando las palabras que estaban allí. Si Pablo simplemente les dijo a las mujeres de Corinto que se cubriesen la cabeza sin darles una razón por la que ordenaba esto, nos veríamos fuertemente inclinados a proporcionarla con nuestro conocimiento cultural. Sin embargo, en este caso Pablo proporciona un motivo, el cual se basa en una apelación a la creación, no a la costumbre de las rameras corintias. Debemos tener cuidado y no permitir que nuestro celo por el conocimiento de la cultura oscurezca lo que realmente fue dicho. El sujetar la razón declarada por Pablo bajo nuestra razón concebida especulativamente es calumniar al apóstol y convertir la exégesis en eiségesis.

3. *Las ordenanzas de la creación son indicadores del principio transcultural.* Si hay principios bíblicos que traspasan los límites de la costumbre local, son las apelaciones derivadas de la creación. Las apelaciones a las ordenanzas de la creación reflejan estipulaciones, un pacto que Dios hace con el hombre como hombre. Las leyes de la

creación no le son dadas al hombre como hebreo o como cristiano o como corintio sino que están arraigadas en la responsabilidad humana básica hacia Dios. El relegar los principios de la creación a costumbres locales es la peor clase de relativización y deshistorización del contenido bíblico. Pero es precisamente en este punto en el que muchos eruditos han relativizado los principios de la Escritura. Aquí vemos el método existencial operando de la manera más abierta.

Para ilustrar la importancia de las ordenanzas de la creación podemos examinar el trato que Jesús le da al divorcio. Cuando los fariseos tentaron a Jesús preguntándole si el divorcio era legal bajo alguna circunstancia, Jesús respondió citando la ordenanza de la creación del matrimonio: "¿No habéis leído que el que los hizo al principio, *varón y hembra los hizo*, y dijo: *Por esto el hombre dejará..?* Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre" (Mt. 19:4-6).

Si reconstruimos la situación de esta narración es fácil ver que la prueba de los fariseos era hacer que Jesús diera su opinión sobre un tema que dividía rigurosamente las escuelas rabínicas de Shammai e Hillel. En lugar de ponerse completamente de parte de uno, Jesús retrollevó el asunto a la creación para poner en perspectiva las normas del matrimonio. Es cierto que reconoció la modificación mosaica de la ley de la creación, pero rehusó debilitar más la norma cediendo a la presión del público o a las opiniones culturales de sus contemporáneos. La conclusión es que las ordenanzas de la creación son normativas a no ser que hayan sido modificadas explícitamente por revelación bíblica posterior.

4. *En áreas de incertidumbre utilice el principio de la humildad.* ¿Qué sucede si, tras una consideración cuidadosa de un mandato bíblico, seguimos dudando de su carácter como principio o costumbre? Si debemos decidirnos a tratarlo en una forma u otra pero no tenemos medios conclusivos para tomar la decisión, ¿qué podemos hacer?

Aquí el principio bíblico de la humildad puede ser útil. El asunto es sencillo. ¿Sería mejor tratar una posible costumbre como un principio y pecar de ser excesivamente escrupulosos en nuestro propósito de obedecer a Dios? ¿O sería mejor tratar un posible principio como una costumbre y ser culpables de tener pocos escrúpulos degradando un requisito de Dios trascendente al nivel de un mero convenio humano? Espero que la respuesta sea obvia.

Si el principio de la humildad se aísla de otras guías mencionadas podría ser fácilmente interpretado como pretexto para el legalismo. No tenemos derecho a legislar las conciencias de los cristianos cuando Dios las ha dejado libres. No puede ser aplicado en forma absoluta donde la Escritura guarda silencio. El principio se aplica donde tenemos mandatos bíblicos cuya naturaleza queda incierta (como con las costumbres y los principios) cuando ya toda la ardua labor de la exégesis ha sido agotada.

Tomar un atajo en este asunto por medio de una escrupulosidad general oscurecería la diferencia entre la costumbre y el principio. Esta es una guía que se utiliza como último recurso y sería destructiva si se aplicara de entrada.

El problema del condicionamiento cultural es un problema real. Las barreras de tiempo, lugar, y lenguaje con frecuencia dificultan la comunicación. Con todo, las barreras de la cultura no son tan severas que nos conduzcan al escepticismo o la desesperanza de entender la Palabra de Dios. Es reconfortante saber que este libro realmente manifiesta una facultad peculiar para hablar a nuestras más profundas necesidades y comunicar el evangelio en forma efectiva a personas de todas las épocas, lugares, y costumbres. El obstáculo de la cultura no puede anular el poder de esta Palabra.

6

Pasos a seguir en el estudio bíblico

Usualmente se reconoce que la *observación*, la *interpretación* y la *aplicación* representan tres pasos básicos en el estudio de la Biblia. La observación tiene que ver con notar las características de un libro de la Biblia, una sección, un párafo o un versículo. Los maestros comunmente dicen que la observación responde a la pregunta ¿Qué es lo que veo? Es decir, en este paso se esfuerza uno por examinar el texto bíblico detenida y comprensivamente a fin de reunir la información que ha de ser interpretada. De la misma manera, los que enseñan la Biblia reconocen que el próximo paso, la interpretación responde a la pregunta ¿qué significa? Para llegar a entender el sentido del texto bíblico uno hace preguntas interpretativas que ayudan a reconocer el significado de lo que hemos visto en el primer paso. Por fin cuando hemos interpretado el texto bíblico con precisión nos queda la tarea de aplicar los principios bíblicos que se hallan allí. La aplicación representa la meta del estudio de la Biblia y responde a la pregunta ¿qué debo hacer? Dios desea que hagamos lo que dice Su Palabra y no sólo que la entendamos.

Cada paso en el proceso edifica sobre el anterior. Para obedecer las Escrituras debemos comprenderlas. Y resulta imposible comprender sin primero reconocer la información que debemos entender. La buena interpretación se basa en observaciones precisas y resulta en y la aplicación edificativa de los principios bíblicos. Interesantemente estos pasos se usan en otras áreas de la vida. Por ejemplo, los doctores los utilizan cuando tratan con un paciente. ¿Qué pensaría de un médico que le recete medicinas sin primero hacerle un examen para determinar de que sufre usted? El doctor bueno primero examina cuidadosamente al paciente notando los síntomas y la condición del paciente. También hace varias pruebas. Esto corresponde al paso de observación. Después de reunir toda la información el médico la interpreta cuidadosamente hasta llegar a una conclusión. El paso de comprender lo que se ha observado representa la interpretación. Es sólo después de estos dos pasos que él entonces receta la medicina u ordena el tratamiento necesario. El comenzar con el último paso pudiera resultar en consecuencias graves. De la misma manera debemos realizar el estudio de la Biblia siguiendo los pasos en su órden debido y cuidadosamente. Así podremos facilitar la interpretación sana de las Escrituras.

La importancia de leer un libro por completo

El paso de la interpretación debe comenzar con la lectura de un libro completo de la Biblia sin interrupción. A primera vista parece ser un requisito difícil. Sin embargo es absolutamente esencial si vamos a comprender la Palabra de Dios. Además resultará ser una experiencia agradable (aunque requiere esfuerzo) ya que tal vez por primera vez usted comprenderá la Biblia como nunca antes. Qué tal si tres amigos suyos le envían a usted una carta cada uno. Piense que ocurriría si usted habre la primera carta y sólo lee las primeras cuatro líneas. Entonces toma la segunda carta y decide unicamente leer la conclusión de la misma. Al fin, habre la tercera carta y lee la porción en el medio sin

considerar ni el principio ni el final. ¿Qué carta va a comprender? La respuesta debe ser obvia. ¡Ninguna de las tres! Sin embargo la mayoría de nosotros leemos la Biblia de la misma manera. Leemos unas pocos versículos por aquí y un capítulo o dos por allá. No nos debe sorprender que no entendamos las Escrituras. De la misma manera si deseamos ver alguna película cristiana o escuchar algún predicador favorito a todos nos gusta llegar al principio y escuchar o mirar sin interrupción hasta el final. Es la única manera de no perder el hilo. No hay otra opción.

Hay un sinnúmero de interpretaciones equivocadas que existen sencillamente por no tomar este paso esencial en la observación. Como ejemplo una vez escuché a un pastor predicar sobre el primer capítulo del libro del profeta Jonás en el Antiguo Testamento. Dios había ordenado a Jonás a ir a Nínive, ciudad de los asirios, enemigos de Israel reconocidos por su crueldad e idolatría. El predicador explicó que Jonás huyó a Tarsis, otro sitio al que Dios no le había enviado porque temía morir en Níneve a mano de los ninivitas feroces. Pero el pastor se equivocó. Cuando leemos el libro por completo aprendemos que Jonás no temía la muerte. Al contrario deseaba morir. No descubrimos hasta el último capítulo del libro la razón por la cual Jonás no quería ir a Nínive: él sabía que Dios en Su misericordia iba a salvar a los ninivitas. Sin embargo, Jonás quería que Dios los juzgara. Resultó estar tan molesto con las acciones misericordiosas del Señor que aun pide que Dios le quite su vida. Más bién que temer la muerte, Jonás prefería morir al ver que Dios le mostrara a los ninivitas Su misericordia. Si el pastor hubiera llegado hasta el último capítulo del libro de Jonás hubiera comprendido correctamente el primero. Nosotros podemos equivocarnos al igual que él.

Para poder cumplir con este paso debemos comenzar con un libro relativamente pequeño o uno que usted pueda completar sin interrupción. Se ha dicho que muchos libros de la Biblia caben la primera página de un diario o un

período cualquiera. Rut, Ester, Jonás y Malaquías son libros relativamente cortos en el Antiguo Testamento y Tito, Santiago, Efesios, y Filemón del Nuevo Testamento se pueden leer facilmente. Vaya a algún sitio donde no tenga interrupciones de teléfonos o amigos que vengan a visitar. ¡Usted tal vez se maraville de las distracciones que surgen cuando tratamos de acercarnos al Señor por medio de Su Palabra! Por fin, ore y comienze con el primer versículo del primer capítulo hasta llegar a la última línea del libro. Si usted tiene una Biblia de estudio con notas explicativas no interrumpa su lectura para leerlas. Mantenga su atención sobre el texto de la Biblia y reconozca que no todo lo que los eruditos escriben es confiable ni representa necesariamente la interpretación correcta de un pasaje. También debe llevar consigo un cuaderno para escribir observaciones que descubre o ideas que se le ocurran, pero no deje de leer. Siga adelante hasta lograr terminar el libro. Al final verá que bien se sentirá y cuanto más ha comprendido de la Biblia. Hay estudiantes de la Biblia que se leen los libros de la Biblia por completo varias veces antes de comenzar a estudiar de manera más detallada. Esto también lo recomendamos. Sin embargo lo mínimo que debe hacer es leerlo por completo una vez. Cuando haya completado este paso puede pasar al próximo paso en el proceso de la observación.

La ayuda que prestan las preguntas

Por años se ha reconocido que las preguntas representan algunos de nuestros mejores amigos en la tarea del aprendizaje. Hay ocho preguntas en particular que nos ayudan a examinar el texto bíblico que estamos estudiando y que a la vez dirigen el proceso de la observación. Por medio de dichas preguntas podemos ver detalles en el texto que de otra manera tal vez no notaríamos. Las ocho preguntas son: ¿Quién?, ¿Cómo?, ¿Qué?, ¿Cuándo?, ¿Hasta qué medida?, ¿Dónde?, ¿Por qué?, y ¿Cuánto? Después que practiquemos la interpretación de la Biblia por un tiempo estas preguntas llegarán a formar parte del proceso natural de nuestra

investigación del texto bíblico. Sin embargo, al principio es buena idea tener una lista de ellas a mano a fin de que puedan guiarnos en nuestra observación de los libros que estamos estudiando. También debemos recordar que en este paso estamos tratando de examinar la Biblia sin prejuicios e ideas preconcebidas. La meta de la observación es descubrir lo que el texto dice en realidad antes de tratar de interpretarlo. Es decir nos acercamos a las Escrituras con una mente abierta y un corazón dispuesto a descubrir lo que la Biblia dice.

Para ver cómo estas preguntas nos ayudan en la interpretación miremos al siguiente texto a la luz de las mismas: *Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en Aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia* (Romanos 4:4-5)

¿Quién?: El texto habla de aquel que obra, de aquel que no obra sino cree, de Aquel que justifica, y del impío.

¿Cómo?: La justificación no viene por obras, sino por fe a quien cree. El salario llega no como regalo, sino como deuda al que obra. La justificación llega como regalo al pecador que cree en Aquel que justifica al impío.

¿Qué?: El texto habla de un salario, del obrar, de la justificación del impío, y de la fe.

¿Cuándo?: Cuando "el que no obra" cree, en ese momento su fe **es** contada por justicia. Cuando el que obra trabaja, debe recibir su salario.

¿Hasta que medida?: La justicia es perfecta ya que Dios es quien la otorga. Por lo tanto, dicha justicia que Dios da es completa. La persona que cree es justificada por completo al creer. Este punto se acerca más a la interpretación que a la observación. Sin embargo, el texto aclara que Dios otorga la justicia por medio de la fe, sin mirar las obras. Estas tienen que incluir obras hechas ya sea antes, durante, o después de la fe. Si la justicia llegará a base de obras hechas antes de creer, entonces Dios no pudiera contar la fe por justicia. Tendría que contar o las obras o una

mezcla de estas con la fe a fin de poder justificar al impío. Sin embargo, el texto hace un contraste definido entre el salario merecido por obras y la gracia inmerecida sin obras. Las palabras no permiten una mezcla de fe y obras. De la misma manera, si fuera a base de obras que ocurren simultáneas con la fe, esto también niega la afirmación del versículo cuatro. Al igual, si Dios justifica al impío a base de las obras subsiguientes a la fe, tampoco pudiera Dios contar sólo la fe del impío por justicia. La justicia de nuevo estaría basada en una mezcla de fe y obras. En cualquiera de los tres casos, la fe no sería suficiente para la justificación del impío. Pero el texto dice "su fe le es contada por justicia".

¿Dónde?: Estos versículos no responden directamente a esta pregunta. Sin embargo la implicación es que donde quiera que alguien trabaja su salario no es un regalo sino algo merecido por el cual obró. De la misma manera el texto implica que en cualquier lugar en el cual el impío cree en Aquel que lo justifica, recibirá la justicia. Sin embargo, el texto no habla de un lugar en sí. Más bién habla de verdades aplicables universalmente.

¿Por qué?: La respuesta a esta pregunta se encuentra en parte en el versículo dos del mismo capítulo donde dice: "Porque si Abrahám fue justificado por las obras, tiene de que gloriarse, pero no para con Dios" Es decir, la respuesta incluye la realidad que la justicia por fe remueve cualquier motivo para gloriarse delante de Dios. Ya que la justicia es inmerecida, no hay ocasión para la jactancia de parte de la persona justificada. Dios merece toda la gloria.

¿Cuánto?: Todo el salario del que obra se le cuenta como deuda. De la misma manera, nada de la justificación del impío llega a base de las obras. Toda su justicia es a base de la fe. (En otra porción de la epístola a los Romanos [capítulo tres] aprendemos qué Dios nos puede ofrecer la justificación gratuitamente a base de la obra sacrificial de Jesucristo en la cruz. Alguien tuvo que pagar el precio por nuestra salvación. La Biblia claramente expresa que dicho

pago lo hizo Jesús una vez para siempre en el cruz del Calvario. Cualquier intención de agregarle a ese sacrificio perfecto es implicar que tenemos que suplementar Su obra con las nuestras y que lo que Jesucristo hizo no fue suficiente para salvarnos.)

Por lo tanto podemos ver cómo es que estas ocho preguntas nos ayudan a poder interpretar la Biblia. Sin embargo, estas observaciones no nos dan la interpretación completa del pasaje. Aunque ya hemos interpretado un poco, ahora comenzamos a interpretar en serio. Para realizar este paso procedemos con preguntas adicionales. Dichas preguntas no intentan descubrir lo que contiene un pasaje sino más bien determinar el significado de la información contenida allí. Por lo tanto son preguntas interpretativas que enfatizan más el por qué de la información que vemos en los textos bíblicos más que dicha información en sí. Estas preguntas surgen a medida que examinamos el texto. Por esto es bueno tener un cuaderno a mano en el cual anotamos tanto nuestras observaciones como también estas preguntas que nos ayudarán a enfocar más en la interpretación.

El papel de las preguntas interpretativas

El buen estudiante de la Biblia, al igual que el detective eficaz sabe hacer preguntas, y hace bastantes. Estas preguntas le ayudan a determinar qué recursos adicionales necesita saber o qué información adicional necesita adquirir a fin de descubrir la interpretación correcta de un pasaje. Si tomamos el mismo pasaje que examinamos anteriormente (junto con el contexto más amplio de la epístola de Pablo a los Romanos) pudieramos hacer las siguientes preguntas:

¿Quién es "Aquel que justifica al impío"?
¿Qué significa ser justificado?
¿Cómo es posible que la fe sea contada por justicia sin tener que hacer obras?
¿Qué tiene que ver este pasaje con los trabajos y los salarios?

Y así pudieramos hacer muchas preguntas. La calidad y cantidad de nuestras observaciones nos ayudarán a responder a ellas. Las respuestas a estas preguntas merecen que reflexionemos antes de contestarlas. Para poder alcanzar las respuestas debemos leer la epístola completa (preferiblemente varias veces) y usar todos los recursos posibles con la excepción de uno. En este paso del proceso no debemos utilizar comentarios acerca de la Biblia o pedirle ayuda al pastor. Recuerde que es deseable llegar al texto bíblico con la mente abierta. Si comenzamos desde el principio a buscar opiniones de otros esto arruina el proceso del estudio personal. Después de haber llegado a algunas conclusiones e interpretaciones, sí debemos consultar los comentarios bíblicos siempre tomando en cuenta que no son inerrantes en sus respuestas. Es muy posible que usted tenga una interpretación mejor que algún erudito. De cualquier modo usted ya ha trabajado con el texto biblico de manera directa, y así estará en mejor posición para evaluar lo que otros piensan. Por tanto debemos hacer la mayor cantidad de trabajo en el estudio personal y dejar los comentarios hasta los últimos pasos en la interpretación de un pasaje. Ahora, aunque los comentarios acerca de la Biblia se utilizan al final del proceso interpretativo hay otros recursos que sí debemos usar antes que nos ayudan con la observación y la interpretación.

Recursos adicionales para el estudio de la Biblia

Los recursos más sencillos en el estudio de las Sagradas Escrituras son un cuaderno, un lapiz o bolígrafo, una Biblia (preferiblemente sin notas), un corazón y una mente abiertos al Señor y Su Palabra y el tiempo necesario para estudiar. No debemos utilizar una Biblia que sea un paráfrasis (como la Biblia al día) o alguna versión popularizada (como Dios habla hoy). La razón es que estas versiones son más interpretativas que otras y nosotros queremos ejercer el privilegio y la responsabilidad de la interpretación privada de la cual se habla en el capítulo 2. Por lo tanto la versión

Reina Valera 1960 o 1995, la Antigua versión, y La Biblia de las Américas representan las mejores opciones para el estudio personal de la Biblia. También se puede utilizar la Nueva versión internacional aunque esta Biblia es más interpretativa que las otras y por lo tanto es menos preferible. Ya que tengamos nuestra Biblia, nuestro cuaderno, bolígrafo o lápiz, y el corazón y la mente preparados con la oración debemos tener suficiente tiempo para estudiar y reflexionar sobre el texto bíblico. A medida que hagamos esto nos vamos a dar cuenta que hay tres recursos más que necesitamos a fin de sacar el mayor provecho de nuestros estudios: una concordancia, un atlas bíblico, y un diccionario de la Biblia.

La concordancia es una herramienta que nos ayuda a encontrar palabras o frases específicas en la Biblia. Una concordancia exhaustiva contiene todas las palabras que aparecen en dada versión de la Biblia. Es decir, una concordancia de la versión Reina Valera por ejemplo, sirve para ayudarnos con dicha traducción pero no necesariamente nos ayuda con La Biblia de las Américas ya que son diferentes. La concordancia nos ayuda a comprender cómo un autor utiliza algún vocabulario específico en la Biblia. Es importante reconocer que la misma palabra puede tener un significado diferente en diferentes libros de la Biblia. Es igual en nuestro idioma popular. Si un chileno utiliza la palabra guagua es probable que está haciendo referencia a un bebé. Sin embargo, cuando un cubano dice guagua está hablando de un autobús. Si un chileno la habla a un cubano acerca de cambiarle los pañales a una guagua deben clarificar de qué se trata la conversación. Lo mismo ocurre en la Biblia. Cómo aprendimos en el capítulo cuatro la palabra salvación no solo significa el ser rescatado del infierno sino que puede señalar el ser librado de otros peligros. Por lo tanto debemos leer un libro por completo y considerar el contexto con cuidado para determinar el significado preciso en dado contexto. La epístola de Pablo a los Filipenses usa la palabra

salvación en tres sentidos diferentes. Tengamos cuidado de no equivocarnos por confundir un sentido con otro aunque sea la misma palabra.

Por otro lado a veces los traductores traducen palabras que son diferentes en los idiomas originales de las Escrituras con la misma palabra en castellano. Como ejemplo hay dos palabras griegas diferentes que se traducen con el verbo "dormir". Sin embargo, la palabra dormir se utiliza en tres maneras diferentes en las Escrituras: hace referencia al sueño físico, a la muerte de un cristiano, y al estar "dormido" moralmente. Esto es significativo porque en 1 Tesalonicenses por ejemplo, la palabra dormir se utiliza en dos de estos sentidos. En el 4:14 Pablo dice "Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él". Aquí Pablo hace referencia a cristianos que han muerto y el contexto aclara el significado cuando dice "y los muertos en Cristo resucitarán primero" (4:16). Sin embargo, en el capítulo cinco Pablo usa una palabra diferente que también se traduce dormir. Allí Pablo escribe: "Por lo tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo. Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien murió por nosotros para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él" (5:6-10). Queda en claro cuando consideramos el contexto que cuando Pablo dice "no durmamos como los demás" no está diciendo "no muramos como los demás". La advertencia tiene que ver con el lapso moral y no con la muerte física. Esto se hace aun más aparente cuando observamos que Jesús "murió por nosotros para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él". El contraste no es entre vivir y morir sino entre velar, es decir vivir en obediencia y dormir,

estar en desobediencia. Una buena concordancia muestra cual de las palabras que se traducen dormir se ha usado en dado contexto. Para asegurar que nuestro estudio resulte bien debemos seguir los siguientes pasos: En primer lugar debemos determinar la palabra precisa que deseamos estudiar, examinarla en su contexto inmediato, y hallarla en la concordancia (asegurándonos de buscar el término que representa la palabra en su idioma original. Esto garantiza que estamos estudiando la misma palabra y no diferentes palabras que son traducidas por el mismo término en castellano. En segundo lugar buscamos la misma palabra en el mismo libro de la Biblia que estamos estudiando. Esto es necesario porque a veces una palabra tiene un sentido técnico en un libro y otro diferente en otra parte de la Biblia. También se debe hacer porque a veces la misma palabra también se utiliza en diferentes sentidos en el mismo libro. Si queremos hacer un estudio más profundo entonces averiguamos cómo el mismo autor utiliza la palabra en otros de sus libros. Por ejemplo es interesante hacer un estudio de cómo Pablo usa la palabra "ira" en sus escritos. Además, averiguamos cómo otros autores bíblicos utilizan la misma palabra en otro de sus libros. Si hacemos bien el estudio descubriremos el significado de la palabra en su contexto inmediato (el uso más determinativo), la manera en la cual el autor la utiliza en su libro, la forma en qué la usa en todos sus escritos, y la manera en la cuál difiere de cómo otros escritores bíblicos la utilizan. La concordancia nos facilita en hacer estas tareas.

Otras ayudas necesarias son el atlas, los diccionarios bíblicos y los comentarios. Los diccionarios nos ayudan con información histórica, agrícola, política y del mundo de la naturaleza. Por ejemplo, si queremos saber en qué clase de casa o habitación vivían las personas en los tiempos de Jesús un buen diccionario bíblico nos daría esa información. Si queremos averiguar para qué se utilizaba el aposento alto en un hogar también pudieramos descubrir algo acerca de esto.

Por otro lado si deseamos saber dónde queda Capernaúm y dónde está Jerusalén necesitamos tener un atlas bíblico que nos dé esta información. También necesitamos ayuda para determinar cómo cambiaron los territorios en la Tierra Santa en los tiempos de Abraham por ejemplo comparados con la época de Pablo y la iglesia primitiva. Es interesante por ejemplo buscar a Nínive en un mapa de las tierras bíblicas a fin de saber dónde pudiera haber sido que el pez echó a Jonás de nuevo a tierra. Los diccionarios y los atlases bíblicos nos dan mucha información que nos ayuda en los pasos de observación e interpretación. Pero como ya hemos mencionado, los comentarios se utilizan después de que usted haya hecho la mayor cantidad de estudio usando los recursos descritos arriba. Es bueno considerar a los comentarios como compañeros con los cuales discutimos nuestras conclusiones después de haber nosotros hecho nuestros propios estudios en un libro de la Biblia. Consultamos los comentarios para comparar nuestros descubrimientos con aquellos de otros estudiantes. En el uso de los comentarios debemos evitar tres errores. Por un lado tenemos el error de depender tanto de los comentarios que no hacemos nuestro propio estudio personal. Por otro lado está el error de pensar que ya que tenemos la Biblia y el Espíritu Santo no necesitamos ni maestros ni comentarios. Debemos reconocer que Dios ha dotado a algunos en la iglesia con dones de enseñanza. El no prestar atención a los buenos maestros es una manera de despreciar los recursos que el Espíritu Santo ha provisto para nuestra edificación. Muchos buenos maestros han escrito sus conocimientos en los comentarios y por tanto debemos usar estos recursos. El tercer error está en pensar que todo lo que está escrito en un comentario bíblico está preciso y libre de error. Dios sólo inspiró los manuscritos originales de la Biblia. Por lo tanto los comentarios no son inerrantes. Sin embargo, pueden ser de gran ayuda si los usamos sabiamente dependiendo sobre todo en el Señor.

Conclusión

Es cierto que tenemos el privilegio y la responsabilidad de la interpretación privada. Para ayudarnos a sacar el mayor provecho de este gran privilegio debemos ser intérpretes sabios. Hay sabiduría en utilizar los principios de interpretación que han sido detallados en los capítulos anteriores. Recordemos que antes de interpretar debemos observar el texto a fin de reunir la información necesaria para la interpretación. También podemos adquirir información adicional en los diccionarios y atlases bíblicos. Además hay ocho preguntas que nos ayudan en el proceso de la observación y estas nos dirigen a preguntas interpretativas acerca de la información que destapamos. Las reglas de la interpretación, la reflexión, y la oración nos ayudan en el proceso de interpretación que le sigue a la observación. Después de haber determinado una interpretación a base de nuestro propio estudio es sabio comparar nuestras conclusiones con la de maestros sabios de la Biblia. Por fin, debemos realizar la meta del estudio de la Biblia: la aplicación o la obediencia a los principios que descubrimos en la Biblia. De esta manera seremos cada vez más como nuestro Señor Jesucristo.

Conclusión

Es cierto que tenemos el privilegio y la responsabilidad de la interpretación privada. Para ayudarnos a sacar el mayor provecho de este gran privilegio debemos ser intérpretes sabios. Hay sabiduría en utilizar los principios de interpretación que han sido detallados en los capítulos anteriores. Recordemos que antes de interpretar debemos observar el texto a fin de reunir la información necesaria para la interpretación. También podemos adquirir información adicional en los diccionarios y atlases bíblicos. Además hay ocho preguntas que nos ayudan en el proceso de la observación y estas nos dirigen a preguntas interpretativas acerca de la información que destapamos. Las reglas de la interpretación, la reflexión, y la oración nos ayudan en el proceso de interpretación que le sigue a la observación. Después de haber determinado una interpretación a base de nuestro propio estudio es sabio comparar nuestras conclusiones con la de maestros sabios de la Biblia. Por fin, debemos realizar la meta del estudio de la Biblia: la aplicación o la obediencia a los principios que descubrimos en la Biblia. De esta manera seremos cada vez más como nuestro Señor Jesucristo.

UN LIBRO EXTRAORDINARIO QUE EXAMINA LOS PRINCIPIOS Y RUDIMENTOS DE LA INTERPRETACIÓN BÍBLICA

Muchas personas se reúnen para discutir, debatir y comentar las Escrituras. Con frecuencia caen en diferencias acerca de lo que ella quiere decir o en cuanto a cómo debe interpretarse.

Para otros, la Biblia es un enigma susceptible de diversas interpretaciones. Algunos, incluso, se desesperan sintiendo impotencia por no encontrarle sentido. Otros consideran que la Biblia tiene una faz de cera capaz de amoldarse a los intereses particulares del que la usa. Con demasiada frecuencia, la conclusión parece ser que se puede citar la Biblia para probar lo que sea.

Esta obra proporciona las reglas de interpretación clásicas para evitar interpretaciones erróneas de la Biblia o según preferencias personales. Además, le brinda al estudiante las llaves que abren las puertas al libro divino para contemplar los grandes tesoros contenidos de tapa a tapa.

EL AUTOR

El Dr. R.C. Sproul es reconocido como uno de los más brillantes y capaces teólogos del mundo evangélico. Es presidente de Ligonier Ministries con sede en Orlando, Florida, y profesor de Teología Sagrada en los seminarios Reformed Theological Seminary y John Knox Seminary, ambos en Florida, Estados Unidos.

EDITORIAL UNILIT

Producto: 491044
Categoría: Referencia
/ Ayudas pastorales

ISBN 0-7899-0252-4
9 780789 902528
Revisión 2004